



HISTERIAS FICTICIAS

NICHOLAS AVEDON

Lectulandia

Los libros de relatos nunca me han gustado. Los cuentos siempre me parecieron uno más de los vicios típicos de los escritores. Leerlos casi me parecía pornografía literaria. Es imposible evitar ciertos vicios, y con el tiempo yo también me he visto rodeado de historias bastardas. A veces una idea prende y se consume rápido, pero si la idea es buena, da pena ahogarla en un texto sin título. Cuando por fin tiene nombre, da vida a la historia, aunque sea breve. A veces el retazo de una historia reta más a la imaginación que su versión larga, cuando el que la lee hace que germine en su cabeza. Se puede invocar magia con pocas palabras. De esto tratan mis relatos.

Esta modesta recopilación la componen veinte relatos, quiero pensar que son algunos de mis mejores relatos. Recogen mis obsesiones particulares acerca del significado del ser humano, y el coste que pagamos por serlo: Gótico, fantástico, drama y ciencia ficción es lo que encontrarás, con más o menos orden.

Lectulandia

Nicholas Avedon

Histerias ficticias

ePub r1.0

Titivillus 24.04.17

Título original: *Histerias ficticias*
Nicholas Avedon, 2016
Diseño de cubierta: Patrick Tomasso

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

*A los escritores incómodos
maleducados y antisociales
con pocos amigos y ningún padrino
De mal aliento y peor carácter*

Gracias por enseñarme el camino.

*A todas las amantes de mis letras.
Sin ellas la vida sería más solitaria y triste.
Y no digo nombres por que son celosas*

VUELTA A CASA

1

Un blues seco y viejo fluía como humo a través de la radio del coche. De Sacramento a Virginia había un buen trecho, pero para Frank era una excusa perfecta para no pasar ni un segundo más de lo necesario en el apartamento desordenado y vacío donde se acumulaban las horas muertas. Le gustaba viajar adormilado por la rutina de ver pasar las cosas al otro lado del cristal, anestesiado por la serpenteante línea blanca sobre el asfalto gris. A Frank le gustaba el blues: lo transportaba fuera de su mundo, a un lugar donde nada importaba, donde nada le recordaba lo que había dejado atrás. Era un mundo de perdedores como él, que intentaban vivir disfrutando de sus propios restos.

El trabajo era una excusa tan buena como cualquier otra. La historia del empresario gordo que buscaba a su hijo era tan absurda e imposible que representaba buenas noticias para él: veinte pavos por día más gastos, dinero fácil. Un viaje a la Costa Este para buscar a un mocoso malcriado que había seguido una pista falsa sobre un escritorcillo: cementerios y leyendas. No sabía qué era más triste, si tener una fábrica de salchichas en mitad la nada o tener un hijo que quería ser poeta y se gastaba el dinero de su padre en buscar pistas de un escritor de tercera en un poblacho de Virginia. Pegó otro trago a la botella de whisky. Sintió que los ojos se le cerraban y pensó que sería una buena idea parar a descansar. Había atravesado todo el desierto norte de Nevada pegado a la botella de whisky y pensando en dónde sería mejor hacer noche. Wells era un sitio tan bueno como cualquiera. Quizás algo pequeño, pero le gustaba Nevada, podría encontrar un bar abierto y no se sentiría un trozo de mierda.

Paró su Chevy Delray gris del 58 en el primer motel que divisó, justo a la entrada del pueblo. La mitad de las bombillas del cartel estaban fundidas, pero daba igual. Era un sitio como tantos otros. Se sentía como en casa. Apenas había luz en la calle. Ya era bien entrada la noche, y las farolas del pueblo estaban igual de dormidas que la mayoría de los vecinos. Entró en la recepción —desierta— y llamó al timbre. Al cabo de unos minutos, un hombre de mediana edad y con pinta de haber estado bebiendo apareció tras el umbral de una puerta.

—Buenas noches —dijo Frank.

—¿Una habitación? —preguntó el tipo.

—Sí. Solo para esta noche.

—Cuatro dólares.

Le pareció caro para un motel lleno de polvo en medio de ninguna parte. Pero tenía el culo acartonado tras pasarse el día en la carretera y le quedaban al menos seis

días de viaje más. Tendría que buscar un sitio mejor la próxima noche.

—¿Hay algo abierto a esta hora? —preguntó al tipo del mostrador. Sabía que no necesitaba explicar a qué se refería.

—Sí. Baje por la calle principal y verá las luces, aunque hoy no habrá demasiada gente.

—Gracias.

Pagó por adelantado y metió su bolsa en la habitación. Dos camas, una mesilla y una televisión con la antena doblada y retorcida apoyada en la pared. Las cortinas, opacas y acartonadas, evitaban que se filtrara la luz de la carretera en la habitación, aunque algunas quemaduras de cigarro hacían que las luces bailaran por las paredes cuando pasaba algún coche. La habitación olía a viejo y a tubería mal sellada. Dio un trago y dejó la botella abierta en la mesilla, confiando en que sirviera como ambientador. Se guardó la llave en el bolsillo y se metió en el coche para recorrer las cuatro manzanas que lo separaban del único lugar vivo de Wells, Nevada.

Contra todo pronóstico, el bar estaba bastante animado. Había un mulato tocando la armónica en una esquina, haciendo compañía a la radio que de vez en cuando sonaba, lejana. Dos viejos derrumbados sobre la barra todavía se las apañaban para sujetar sus vasos medio vacíos. Una pareja de cacatúas se daban conversación mutuamente. Un tipo joven, el único que debía de bajar de los cincuenta, le clavó la mirada nada más entrar en el bar. Frank saludó al barman y echó un vistazo. No había mucho más que ver. Tenía hambre, pero optó por un vaso de whisky. De todas formas, el estómago no le admitía nada sólido pasadas las diez. Eva siempre había intentado que cenara pronto para que no se pusiera de mal humor si no comía nada. Evitó pensar en ella y lanzó una mirada casi con desesperación, deseando encontrar algo que le distrajera. El barman tenía colgado un viejo rifle sobre la barra. Un par de fotos del tipo, de uniforme, le dieron la pista que faltaba: un veterano de la Primera Guerra Mundial.

—¿Le gusta? —comentó el barman.

—Un Springfield 1903, ya no se ven muchos —contestó rápidamente Frank, en busca de conversación.

Su padre había sido un gran aficionado a las armas. Él las odiaba, aunque gracias a su padre podía hablar bastante sobre el tema. Era lo único bueno que había sacado de él, además de una oreja partida.

—Un whisky. Solo.

—¿Veterano? —preguntó el barman.

—Del 83 de infantería.

El barman mantuvo un silencio respetuoso y le dio un par de vueltas a lo que tenía en la cabeza.

—¿Estuviste en Omaha Beach? —preguntó.

—Pasé por ahí, pero no en el desembarco. De eso me libré —respondió Frank.

—Mi primo John estuvo ahí. Y ahí se quedó.

Frank asintió y luego miró al suelo en silencio, paladeando el whisky. Odiaba mentir, pero cualquier mentira era mejor que la vergonzosa verdad. Pasados unos instantes miró al barman sin decir nada; el otro asintió con la cabeza de manera casi imperceptible y lo dejó estar. Tuvo el detalle de dejarle la botella al lado.

El mulato tocaba bien la armónica, casi mejor que el acompañamiento de la radio. Frank siempre había querido ir a Nueva Orleans, pero quedaba demasiado al sur. Quizás podría pasar por St. Louis, no lo había mirado bien en el mapa. Ni siquiera había planificado el viaje. Daba igual llegar dos días antes o dos días después. Si Estados Unidos no terminara en el Atlántico, seguiría rodando por la carretera hasta llegar a Europa. ¿Por qué no? Nadie lo esperaba en el oeste. Ni en ninguna parte.

Se giró en el taburete con el vaso a medio apurar. Encendió un cigarro y, envuelto en el humo, lanzó una mirada a las dos mujeres que hablaban con susurros entrecortados detrás de él. Una de ellas no era tan mayor como había calculado al principio. Bajo el vestido azul se escondían unas bonitas piernas, aunque lo más llamativo eran sus labios: rojos y grandes que destacaban sobre todo lo demás. Estaban discutiendo sobre un tipo. La otra mujer, que le daba la espalda, parecía mucho mayor que la que ahora lo estaba empezando a mirar de forma bastante descarada. Frank ya sabía que tipo de mirada era esa. La que él buscaba. En Nevada o en Nuevo México, aquellas miradas significaban lo mismo. La mujer no estaba mal. Lo malo es que se parecía demasiado a Eva. Para Frank solo había dos mujeres: las que se parecían a Eva y las que no se parecían. Quiso estar seguro, no tenía prisa. Esperó con paciencia a que la acompañante se ausentara antes de invitarla a una copa. No tuvo que esperar mucho; en menos de cinco minutos, la mujer que le daba la espalda se giró sonriendo y le echó un vistazo breve pero descarnado. Se levantó y se fue con la excusa de ir al baño, aunque Frank lo dudaba. Se centró en la mujer que lo observaba, expectante.

—Hola guapa. ¿Te puedo invitar a una copa? —preguntó.

Un par de horas más tarde, el vestido azul colgaba del respaldo de la única silla de la habitación del motel. Frank se preguntó si Susan —así se llamaba la dueña del vestido— se dedicaba al sexo con desconocidos únicamente los fines de semana. No era una profesional, aunque ya no fuera una niña. A él le gustaban las profesionales, las que sabían fingir, las que sabían mantener las preguntas indiscretas fuera de la cama. Además de parecerse demasiado a Eva, también tenía una hija de la que necesitaba hablar. Casi estropeó el momento, pero debajo del vestido tenía un cuerpo muy diferente al que él esperaba. Aquello lo distrajo hasta que dejó de pensar y se abandonó a la carne. No fue rápido, pero duró menos de lo que necesitaba. Cuando follaba, sus pensamientos se deshacían en jirones y solo sentía, abrasado por

imágenes y sensaciones. Al acabar se desplomó a su lado, pero dejando una distancia. Los dos jadeaban. Ella tomó un cigarro de su bolso, al otro lado de la cama, y se incorporó con la espalda apoyada en el cabecero, que no paraba de crujir. Encendió el cigarro, y en la primera calada, echó una bocanada de humo que cayó sobre Frank. Este encendió otro cigarro a su vez.

—No pareces un soldado —dijo.

Frank sonrió, dejando que ella lo viera.

—Mi marido era soldado —continuó.

Frank odiaba esos momentos de conversación forzada. Aunque cuando no los tenía, los echaba de menos. Como si esperara que alguna vez ocurriera algo especial. Estuvo a punto de reírse de sus estúpidos pensamientos, pero pensó que no sería buena idea. No quería hacer daño a aquella mujer, la respetaba.

—Lo siento —dijo después de un rato.

—Tampoco eres un vendedor. ¿Qué haces en mitad de la nada?

—Cruzando hacia Virginia.

—¿Te molesta si te pregunto?

—Un poco.

—¿Qué te espera en Virginia? —continuó Susan.

A Frank le gustó aquel descaro sincero. Lo excitó un poco.

—Unionville; no creo que te suene.

—No.

—Tengo que buscar a un chaval. Es la única pista que tengo. Soy detective.

—Ya sabía que no eras poli, aunque lo pareces.

—¿Por?

—Demasiado guapo.

Frank sonrió. Le gustaban las putas cariñosas.

—¿Te vas mañana?

—Sí.

—Una pena.

Frank dio otra calada al cigarro y lo apagó en el cenicero, dudando si echar otro polvo o irse a dormir. Una mano que no era la suya empezó a serpentear por encima de las sábanas hasta encontrar lo que buscaba. La mujer conocía su oficio. Con la luz apagada y la mata de cabello rubio en sus manos, vista desde aquella postura, era casi igual que Eva. Entrecerró los ojos y volvió a ver aquellas imágenes de hace casi veinte años, cuando Eva y él eran dos estúpidos sin problemas, llenos de complejos y sueños. Eva. Eva. Sus ojos castaños llorosos. Su risa. Su olor. La misma colonia que llevaba aquella chica. Sus labios. Piernas largas y torpes tropezando con él.

—Ssst. No hables, solo muévete —le dijo a la chica cuando dejó de usar la lengua y se puso encima de él.

Hundidos en la penumbra, bajo el ruido lento del ventilador y los leves fognazos escurridizos de los faros de los coches que pasaban por la carretera, Frank pensó

durante unos momentos que tenía veinte años menos y que estaba haciendo el amor con su exmujer. Durante unos minutos estuvo cerca de ella. Cuando llegó al orgasmo, los gemidos de Susan rompieron el conjuro. Y los paralelismos se hicieron trizas a través de los dedos crispados que agarraban con fuerza la carne de las caderas de aquella mujer. Frank suspiró y se sentó al otro lado de la cama, encendió un cigarro y dio un trago a la botella.

—Lo siento —dijo ella.

—No lo sientas. Ha estado bien —respondió Frank.

—¿Te importa que me quede hasta por la mañana?

Frank lo pensó. Era muy tarde. No le gustaba la idea, pero no tenía valor para decírselo ni ganas de acercarla en coche a ninguna parte.

—Vale.

—Gracias. ¿Me das un trago?

Frank le pasó la botella sin mirarla a la cara. No quería ver su rostro diferente.

—¿Prefieres que no hable?

—Si no te importa. Voy a intentar dormir.

De cerca, con la noche cerrada solo interrumpida de vez en cuando por el paso de algún coche, el aroma de aquella mujer extraña le entraba por las fosas nasales. Al mismo tiempo ajeno y familiar. Sabía que era algo falso, que no era ella. Pero varias veces, casi a punto de quedarse dormido, tuvo que evitar el gesto de pasarle la mano por la cintura, acercarse a su cuerpo y sentir su calor. Cuando se dormía, mecido por la respiración de aquella Eva falsa, creyó oír llantos de una niña al otro lado de la pared. Cerró los párpados y dejó morir algunas lágrimas en sus ojos.

2

Ya en la carretera y a unos cuantos kilómetros de Wells, desayunando algo contundente para pasar el resto del día, Frank aprovechó para telefonar a su contacto en la policía de Sacramento, John Williams, un tipo que conoció en las oposiciones a policía. John lo logró, pero Frank se quedó por el camino. Desde entonces conservaban una peculiar amistad.

—No hay mucho, Frank. El tipo por el que me preguntaste, Arthur Moore, no tiene nada serio; alguna multa de tráfico, poco más. El hijo, ni eso.

—¿Y el pueblo?

—¿Unionville? Nada; debe ser el único pueblo de este país donde no han matado a nadie en los últimos veinte años. Ni siquiera soy capaz de localizarlo.

—Dame algo, John.

—No hay mucho donde rascar. Es una familia normal. El padre no ha salido en su vida de California excepto para ir a una convención a Las Vegas en mayo. Todos los años a la misma convención desde los últimos quince años, salvo el año que se murió su mujer.

—Vale, ¿qué más?

—Parece que la mujer se suicidó. Es una familia con dinero y lo quisieron tapar, pero hay varios suicidios con esa familia por medio. Es lo único que he oído de esta gente.

—Sigue, sigue —animó Frank.

—Hace ocho años hubo otro suceso que implicó a la familia: se suicidó la niñera que tenían por entonces. Aunque no hay nada escrito, hablé con un tipo que me dijo que había oído que el chaval se había acostado con la niñera y que eso no gustó nada a los padres. La chica se mató al año.

—Ya veo. Los ricos también sufren, ¿eh?

—Si sufren, lo hacen en silencio. Aparte de ese cotilleo, poco más te puedo decir; espero que te sirva.

—Gracias, John. Apúntalo en mi cuenta.

—Descuida, Frank. Suerte.

Frank colgó el teléfono, malhumorado. Esperaba encontrar líos de faldas, herencias, alguna razón para que el chico huyera a la otra punta del país. Ahora solo tenía piezas de más de un *puzzle* viejo y feo. La siguiente parada estaba en Price, ya en Utah, una pequeña ciudad pegada a la regional seis. No tenía intención de detenerse, pero a su cabeza no le bastaba con ceñirse a la línea de la autopista, tenía que pensar en su exmujer. Estaba pasando una mala época, hacía tiempo que pensaba que lo tenía superado. No recordaba el efecto que le producían los largos viajes en coche con toneladas de tiempo para pensar. Una casa vacía tenía sus historias

agazapadas bajo los marcos de las puertas, con olores y susurros al otro lado de las paredes. Un viaje largo, él y sus recuerdos encerrados durante horas. Con suerte, al terminar el día podría tener una botella de whisky y un descanso apropiado. Lo de la chica no volvería a ocurrir; siempre lo ponía de aquel humor, peligroso.

Pasó todo el día pegado al asiento, intentando pensar en el caso. Si es que había caso. ¿Qué hacía que un chico joven se fuera de casa? Una chica. Siempre era una chica. Era joven para cualquier otra razón. Si se hubiera ido a Canadá podría tener cierto sentido, pero ¿Virginia? Cuando no había más pistas, tenía que volver a la fuente. Decidió que esa noche hablaría con el padre del chico y le preguntaría por la niñera. Era la única pista que tenía. Pasó el día intentando evitar pensamientos, recuerdos o tentaciones. Las botellas vacías haciendo ruido en el asiento de atrás se lo pusieron más difícil. Salvando una breve parada para comer, no descansó en todo el día. Antes de que se pusiera el sol ya había llegado a Price. Encontró un motel que tenía buena pinta.

Después de acomodarse en la habitación, usó el teléfono del bar adosado al motel.

—¿Señor Moore?

—Sí, ¿quién es? —preguntó la voz sonora y poderosa de Arthur Moore, su cliente.

—Soy Frank Waterhouse.

Aunque sabía que Arthur Moore no necesitaba que le recordara quién era él. Era el tipo de hombre que vive de poner nombres y caras a las voces.

—¡Ah!, usted. ¿Ya tiene noticias?

Frank tuvo que reprimir una respuesta poco apropiada para un cliente. Al principio casi todos pensaban que con poner dinero encima de la mesa, todos los problemas, todas las dudas se resolvían y la magia aparecía. Arthur no se alejaba de la media: tipos con dinero que buscaban pruebas que destaparan algo sucio sobre sus mujeres para así ahorrarse dinero en el divorcio. Siempre parecían espléndidos por fuera y solían ser tacaños una vez que empezaban los tratos. Arthur no era diferente. Cuando se terminara el adelanto de una semana, Frank estaba seguro que el tipo intentaría renegociar. Y esta conversación se lo iba a poner aún peor.

—No; estoy de camino todavía. Pero tengo algunas preguntas para usted.

—Sí, claro. Usted dirá.

Se hizo un silencio.

—Necesito algo de información sobre la niñera.

Silencio.

—Ya sabe a que me refiero —agregó, suavizando el tono.

—No. No sé a qué se refiere —contestó una voz seca al otro lado.

Ocurría más o menos como Frank se lo había imaginado. Aquello no había sucedido.

—Necesito el nombre de la chica, sus parientes, algo que me pueda servir para contactar con ellos.

—Si eso es todo lo que necesita, es todo lo que tengo. Alice Arter.

—¿Eso es todo?

—Aquella zorra me levantó un dineral por cerrar el pico. Cuando se largó nos olvidamos del tema.

—Hasta...

—Hasta nada. No sé nada más de ella, ni quiero saberlo.

—¿No sabe que se suicidó?

—Ni lo sé, ni me interesa. ¿Qué tiene que ver con mi hijo?

—No lo sé. Todavía.

—Le pago para que encuentre a mi hijo, no para que me haga preguntas a mí.

—Lo sé, señor Moore, y créame que lamento hacerlas, pero creo que me ayudarán a entender mejor a su hijo.

—¿Algo más? —preguntó en tono malhumorado.

—No, señor Moore, gracias por su tiempo.

Sabía que no iba a ser fácil, pero al menos tenía algo. Buscó el número de su amigo John y llamó. No pudo encontrarlo en casa, así que le dejó un recado. Alice Arter era la única pista que tenía. Tendría que esperar para saber algo más de ella. Miró a su alrededor; se había olvidado que Utah era igual de aburrido que una sopa de ajo. También se olvidó de las promesas sin pronunciar de aquel largo día. Se sirvió un par de tragos y buscó con la mirada algún par de ojos que apuntase en su dirección. No esperaba encontrar nada. Dejó una propina y buscó la cena en otro local. La camarera apuntó la comanda sin prestarle atención. A Frank le gustaba llamar por su nombre a las camareras, especialmente cuando eran jóvenes y bonitas como aquella. Pero cuando leyó aquel nombre en la placa plateada del uniforme, se atragantó y no pudo abrir la boca más que para emitir monosílabos. No era un nombre demasiado común: Ginny. Un nombre que hacía que los ojos se le humedecieran sin siquiera pronunciarlo. Terminó la cena, dejó un par de dólares de propina y se largó del local sin despedirse, con el estómago encogido, agazapado debajo de los pulmones.

3

Frank durmió mal esa noche. Tuvo pesadillas, con gritos, llantos y pasillos de hospital mal iluminados. Pasó a veces frío y a veces calor, sin poderse aferrar a ningún cuerpo. Solo a una almohada dura y con olor a detergente. No quiso desayunar en aquel pueblo que tan mal lo había tratado. Aunque había un buen trecho, intentaría hacer noche en Denver. En cuanto cogiera la interestatal 70 iría recto. Sin paradas. Desayunó rápido en el siguiente local que encontró y planificó la ruta hacia Denver; eran poco más de cuatrocientas millas. Se imaginó una meta dorada, con bares de todo tipo y fulanas simpáticas. Puso todo su empeño en llegar lo antes posible, intentando que la línea que tenía frente al parabrisas fuera algo a lo que agarrarse, como una cuerda en la que solo podía trepar hacia arriba. Arriba, más arriba.

Quedaron atrás las luces de Denver, donde se sintió tentado a quedarse varios días, pero la ciudad era cara y en ella no apreciaban mucho su acento de California. Siguiendo la interestatal 70, hizo noche en Lawrence, Kansas, y al día siguiente, exhausto, paró en un motel cerca de Lexington, Kentucky. Lo primero que hizo al bajar del coche y pagar una habitación fue telefonear desde esta, descalzo.

—John. Espero que recibieras mi mensaje.

—Sí, Frank. La chica que se suicidó.

—Eso es. No se te escapa una.

—No te va a gustar: no tiene a nadie en Virginia.

—Vaya.

—Sus padres son de Nueva Jersey. Se suicidó después del parto.

—¿Se quedó embarazada?

—Hay rumores de que era del chico de tu cliente, pero solo son eso, rumores.

—Hablé con él hace unos días. Por lo visto le sacó un dinero antes de desaparecer.

—La chica se suicidó y la niña murió. Una historia fea. —John hizo una pausa—. Lo siento —añadió después, incómodo.

—...

—¿Frank? ¿Sigues ahí?

—Sí. ¿Nada que una a esa chica con Virginia, entonces?

—Nada. Sigo mirando, buscaré si hay algún familiar, pero no tiene buena pinta. No hay nada en los registros y los vecinos ya están un poco mosqueados con tanta pregunta, me temo que poco más voy a poder sacar.

—No pasa nada, John. Gracias de todas maneras. Te llamaré en dos días, cuando haya llegado a Unionville, por si acaso sale algo nuevo.

—Espero que encuentres al chico. Seguro que es un lío de faldas.

—Seguro —sentenció Frank con voz átona.

—Cuídate, Frank —dijo John al otro lado.

Frank colgó. Le había jodido el humor para el resto de la noche. Fue a buscar un par de botellas y se pasó la noche viendo la televisión, bebiendo y comiendo tumbado en la cama. Las horas fueron apagándose hasta que la única música que quedó como acompañamiento para el whisky y los cigarros fue el sonido producido por la niebla estática del televisor.

Cuando llamaron a la puerta, ni se enteró. Hasta que no se abrió y entró la luz del sol no fue consciente de la hora que era. Oyó una voz de mujer que pedía disculpas y la puerta al cerrarse de golpe. Miró a su alrededor. Había una botella vacía encima de la mesilla y otra tumbada en la alfombra gris, sobre unas manchas húmedas. Otras, secas desde hace mucho, eran parte ya de la historia de aquella habitación. El taburete del baño estaba en medio de la habitación, con el cinturón del pantalón encima. Le vinieron a la mente recuerdos confusos de la noche anterior; borracho, tardó varios minutos en entender que para ahorcarse con un cinturón hace falta algo a lo que sujetarlo, y el techo no tenía ni siquiera una lámpara. Luego desistió y se limitó a hojear la Biblia al azar buscando algo que aliviara aquello que tenía dentro, pero esa clase de culpa no tenía un nombre fácil de encontrar en un índice. Junto a la Biblia, despanzurrada, estaba su ropa. La recogió y encontró la cartera y las llaves del coche. Se duchó y durante un buen rato no quiso salir del abrazo del agua caliente. Sintió ganas de llorar, pero hacía tiempo que intentarlo era como intentar avanzar por una acera llena de hielo. Intentarlo lo llevaba a más recuerdos, a más imágenes imborrables. Se agarró a su trabajo, a su deber. A lo único real que quedaba.

Era la hora de comer. No tenía hambre, pero se obligó a hacerlo. Después de pagar la noche extra en el hotel, reemprendió el viaje deseando enfrentarse a la búsqueda del muchacho, Adam Moore. Necesitaba preguntarle qué había sentido al saber que su hija, de apenas unos meses, había muerto. Si era la mitad de imbécil que su padre, le daría igual; o peor aún, no lo sabría.

Pasó el día maquinando las preguntas que le haría a Adam cuando lo encontrara, aunque tenía el presentimiento de que nunca daría con él. Mal asunto para un detective que vive de localizar personas.

Tras un día entero centrado en la carretera y en la música repetitiva de la radio, llegó a Unionville: un punto insignificante en mitad de los campos interminables de Virginia. Verdes, marrones y grises, donde la luz del sol era atrapada en la humedad y el silencio de los prados y los bosques. La gente era amable, pero desconfiaba de su acento californiano. Lo miraban como a un pariente tonto que ha decidido volver de sus excursiones a ninguna parte. Aquel paternalismo le recordaba a la familia de su padre, de ascendencia alemana. Siempre agradables y siempre mirando por encima del hombro, dando consejos u opinando. Hacía muchos años de aquello y no lo echaba de menos. Sin embargo, cuando se sentía solo y triste tendía a recordar la época en que los demás le decían cómo debía vivir la vida.

Tiró la colilla por la ventana, deseando quemar algo. Unionville era un pueblo sin vida, sin historia y, casi seguro, sin bares. Pasó por delante de la oficina postal y algunas casas dispersas. Nada de interés, hasta que vio a lo lejos el restaurante. Era un edificio rojo de madera de finales del siglo pasado. Tenía los cercos de las ventanas blancos y los cristales con barrotillo del mismo color. Hermosas flores blancas brotaban de macetas color trigo. El conjunto combinado con el verde y el gris del paisaje de fondo era hermoso. Frank fingió no darse cuenta, pero las cosas bonitas y sencillas aún le importaban. Aparcó en el estacionamiento del restaurante y entró al local.

Era un lugar tranquilo. A la izquierda se extendía una barra de bar, donde dos hombres charlaban. No se giraron hacia él. Una camarera le echó el ojo y esbozó una sonrisa. Frank se acercó y pidió algo de beber. Todos sus buenos propósitos se esfumaron a la misma velocidad que trataba de adivinar la edad de la chica. Mientras, los tipos continuaron hablando, como si no se hubieran percatado de la existencia de Frank. Jugaban a no mirarlo, pero él sabía que su traje llamaba la atención. La chica, por el contrario, no le quitó la vista de encima. Hacía tiempo que no le pasaba algo así. Continuó observándola en silencio hasta que la mujer no pudo más.

—Vale, la próxima invita la casa —dijo ella, reprimiendo una sonrisita.

Frank alzó el vaso, le dirigió a la mujer un gesto de agradecimiento y apuró el contenido.

—Gracias. Me gusta este bar.

—¿De paso? —preguntó ella, mirando de reojo a la pareja que seguía charlando de fútbol.

Frank había decidido que sus pecas eran engañosas; pasaría bastante de los treinta, aunque aparentara menos. Tenía una fea cicatriz sobre el ojo izquierdo y los dientes delanteros muy separados. Algún tiempo atrás le habría parecido preciosa. En ese momento, solo sentía una molestia indefinida que hacía que no pudiera dejar de mirarla.

—Más o menos. ¿Algún sitio decente para pasar la noche?

—El hotel de Molly. Es pequeño pero trata bien a sus huéspedes.

—¿Está lejos?

—Aquí está todo cerca.

—Eso parece.

Frank no tenía muy claro cómo encontrar al muchacho, pero hacer preguntas nada más llegar a un pueblo tan pequeño como aquel era la peor idea posible. Odiaba los pueblos pequeños. Si se corría la voz de que andaba detrás de algo, la gente dejaría de hablar con él.

—Abrimos el restaurante a las seis.

Eran casi las cinco y media, recordó Frank.

—Huele bien.

Se produjo un silencio incómodo, aunque no para Frank. Los siguientes momentos se fueron en parpadeos y miradas desviadas por parte de la chica.

—¿No serás otro de esos pirados en busca del relato perdido de Poe? —soltó ella de golpe.

—No —respondió Frank; se echó a reír. Los hombres se giraron brevemente hacia él—. Si lo fuera, habría ido al cementerio en vez de a por un whisky, ¿no?

—Depende. ¿A cual de ellos?

—Vaya. ¿Tenéis dos cementerios?

—Es una larga historia.

—Cuéntame la versión corta —sugirió Frank.

Según avanzaba la conversación, Frank era más consciente de las pecas y las pestañas de la mujer. Cada vez que parpadeaba descubría un detalle nuevo: unos ojos verde claro que lo miraban ahora con una intensidad diferente, la lengua sonrosada agazapada detrás de los dientes. Los pliegues de la garganta y la clavícula se perdían en una blusa negra con todos los botones en su sitio, cerrando el acceso a paisajes ocultos. La falda terminaba en unas piernas largas hasta más allá de su vista. Frank volvió a elevar la mirada y se fijó por último en una cola de caballo negra que se movía enérgicamente al ritmo de las palabras de su dueña.

—El cementerio viejo, Oakwood, es más viejo que el pueblo. De la época de Thomas Reid, el amigo de Poe. Se rumorea que dejó enterrado en algún sitio un relato inédito. Dicen que talló en un árbol las instrucciones para encontrarlo.

—Hay que tener mucho amor por la literatura para buscar un árbol en estos bosques.

—Eso pienso yo, pero no dejan de intentarlo cada año.

—¿Vienen muchos?

—Todos los años al menos un par. Es gracioso.

—¿El qué?

—Siempre vienen por la misma época, cuando se acaba el verano.

Frank esperó a que siguiera hablando, no quería que pareciera que estaba interesado. Se distrajo contemplando el rostro de la mujer.

—Hablan poco, pero son simpáticos y hacen muchas preguntas. Siempre los mando al lago Orange.

—¿Y que pasa luego?

—Pasan un par de semanas por aquí hasta que se cansan y se vuelven a su casa.

—Ahora es cuando debería confesarte que soy uno de esos pirados —dejó caer Frank con una media sonrisa, esperando ver la reacción.

—Tarde, tú no eres de esos.

—Vaya, me has calado.

—Keira —dijo ella dándole la mano.

—Frank. No, no soy un pirado, pero aun así me tiraré por aquí unos días. ¿Algo interesante para hacer en este pueblo tan bonito?

—Bueno, tienes una bolera.

—Bien —dijo Frank.

—Y un cine.

—Bien.

—Bueno...

—¿Ya está?

—No tienes pinta de ir a la iglesia los domingos.

—Me tienes cazado del todo, Keira. Eres buena con la gente, deberías hacerte psicóloga... o policía. Bueno, ¿alguna biblioteca, por lo menos?

—Ahora me has cazado tú.

—¿Por qué? ¿No parece que me guste leer?

Keira calló, calibrando lo que podía decirle. Frank esperó en silencio. Llevaba minutos imaginando el cuerpo bajo la blusa; mientras ella movía los labios, oía una música en su cabeza. Quizá fuera por el regusto a madera del whisky o el cansancio del viaje, pero le pareció que aquella mujer tenía algo diferente.

—Deberías ir a ver a Molly, es una mujer mayor y le gusta tener las cosas atadas antes de cenar.

—Tienes razón —dijo Frank, sacudiéndose las ideas como quien escurre un trapo mojado. «Quien demonios es Molly», pensó mientras sacaba un billete de diez dólares de la cartera y se rebuscaba en los bolsillos.

—Cuidado, vaquero. Tendré que ponerte la botella entera si me enseñas billetes —dijo ella, jugando con él.

—Volveré. Guárdamela.

Reparó en que los tipos de al lado seguían con su conversación, pero llevaban observándolo un buen rato. Se imaginó que alguno de ellos era primo, hermano o cuñado de la camarera y su juego los estaba poniendo nerviosos. A él no le importaba, eso significaba que iba por buen camino.

Volvió al coche y siguió las indicaciones de Keira hasta dar con una casita

estrecha de tres plantas cercana a la oficina de correos. Al margen de unas tiendas y unas casas bien cuidadas no había mucho más digno de mención, era un pueblo muy pequeño. Apenas vio a un par de personas por la calle, aunque ya estaba anocheciendo, y la luz de las ventanas de las casas le recordó a Frank quién era y lo que había venido a hacer. No había nadie esperándolo para la cena, ni para compartir un lecho o unos juegos. Solo una vieja rolliza y mal teñida que no paraba de reír como si estuviera pesándolo con la mirada. El mal llamado hotel tenía cuatro habitaciones, pero solo había una disponible. Frank se preguntó qué diablos harían tres personas perdidas en aquel pueblo. Esperaba que una de ellas fuera Adam Moore, aunque, por alguna razón, esperaba no encontrarlo demasiado pronto. Le gustaba la quietud de aquel pueblo y le gustaban Keira y sus pecas.

La habitación era pequeña y acogedora. Tenía una cama de cuento, con cabecero de forja y un dosel, tan mullida que casi se hundía. Oía a limpio y a flores. A campo recién llovido. Las alfombras eran mullidas y suaves. Casi le apenó pisarlas con sus zapatos viejos y polvorientos. El baño, casi tan grande como la habitación, tenía una enorme bañera de latón blanca. Le encantaría meterse en ella durante horas y olvidarse de todo. Se alegraba de estar en aquel sitio, podrían ser casi unas vacaciones pagadas. Además era muy barato. Por unos momentos se imaginó su vida en aquel pueblo; sin sobresaltos, sin escenas ya vividas reflejadas en los cristales sucios de los escaparates. Pasó un rato contemplando por la ventana el suave movimiento de las copas de los árboles en la noche, iluminados por una farola de luz anaranjada. Al pie de un árbol, un gato negro parecía observarlo. A Frank le pareció que el gato estaba tuerto y que con el ojo sano lo miraba como una estatua de ébano.

Se lavó la cara y se cambió de camisa. Tendría que darle a Molly su ropa sucia. Hacía tiempo que no le lavaba la ropa una mujer. Lo echaba de menos. Eso y las sábanas limpias. El silencio. Había un silencio tal que parecía amortiguar sus pensamientos. No estaba cansado, pero se sentó en la cama y se dejó caer poco a poco, hasta que a punto de quedarse dormido se acordó de la cena y de Keira.

Para cuando bajó al coche era ya de noche cerrada. No había más luz que la de los escasos faroles; el cielo estaba encapotado y sin luna. La brisa susurraba, pero Frank no sentía frío sino una agradable sensación de ingravidez.

Ya en el local, Keira no estaba. En su lugar había una mujer mayor de pelo pajizo y verrugas en las cejas. Le faltaban algunos dientes, pero por su forma de sonreír no parecía que le importara. El bar apenas tenía más clientela que la primera vez que entró. Un par de parejas de granjeros que jugaban al billar y bebían cerveza. De fondo, la misma música que sonaba en el tocadiscos: una mezcla de *country* moderno que a Frank no le desagradaba del todo. Despachó la cena y sintió que era demasiado pronto para volver al hotel. Pensó en preguntar a la vieja, pero no le pareció buena idea; tendría que ser un poco más sutil si pensaba quedarse unos días ahí. Se acercó a los tipos que jugaban al billar.

—¿Puedo entrar en la partida? —preguntó, intentando disimular su acento

californiano lo mejor que pudo.

—¡Claro, hombre! —respondió el más mayor. Tenía un fuerte acento sureño. Parecía que no era el único que venía de lejos. Eso lo animó.

—¿Apostáis algo? —preguntó de nuevo, esperando que el tipo no fuera uno de esos fanáticos religiosos deseando ayudarlo a redimir sus pecados con o sin su consentimiento.

—Más divertido. ¿Un whisky?

—Vale —respondió.

A Frank se le daba bien el billar. No por que fuera buen jugador, pero sabía sacar partido de sus pocas habilidades y poner nervioso a los contrarios. Ganó la primera partida. Y también la segunda. Se ganó a sus compañeros de juego con un par de chistes verdes y luego todo empezó a fluir. El más mayor se llamaba Joe y era de Texas. El otro, Peter, era de la ciudad de Nueva York. No quiso preguntar que hacían tan lejos, perdidos en un pueblo. No parecía que estuvieran de viaje de negocios; es más, parecía que sus negocios ya habían terminado hacía tiempo. Ninguno llevaba anillo de casado y en sus ropas no había nada especial que le diera pistas. Sin embargo, tenían ganas de charlar con alguien de fuera. Frank también deseaba pasar un rato sin pensar y compartiendo chistes estúpidos con gente, sin más. Se dejó llevar, y siempre que lo hacía terminaba por reír. Reír de verdad.

Antes de empezar la tercera partida, cuando la vieja avisó de que era la hora de la última bebida, sacó el tema que había estado guardando.

—Caballeros, creo que va siendo hora de despedirse. Es una pena, me hubiera gustado seguir ganando pero...

—No se vaya hombre —dijo Peter, el amigo del sureño.

—Creo que va siendo hora de volver al hotel, aquí ya no puedo cobrarme más whiskies.

—Bueno... —empezó a decir Joe.

—¿Conocen algún otro lugar con billar y whisky? —No dejó morir la pregunta cuando hizo otra—: ¿Y al menos que tenga whisky?

—Está el bar de Julia.

—Esa vieja loca... —intervino la que debía ser la dueña del local.

—Si Julia todavía nos sirve un par de copas, les invito a una ronda.

—Sería una buena novedad. Hace tiempo que no vamos, ¿eh, Pete? —bromeó Joe.

—Mi Susie me mata si se entera. Ya me contarás, Joe; yo me planto aquí.

Joe miró a Frank, calibrando si ir con un desconocido a esas horas era buena idea. No lo pensó demasiado.

—Vamos. Hace mucho que no voy.

No tuvieron que coger el coche. El bar de Julie estaba dos manzanas detrás del restaurante de color rojo. Frank se rio al no recordar el nombre del único sitio que conocía de aquel pueblo. En la oscuridad de las calles estuvo a punto de tropezar con

un gato que se le cruzó en la acera. El gato lo esquivó y se quedó observándolo a unos metros. Era el mismo gato negro tuerto que había visto desde la habitación del hotel. Ahora estaba seguro de que aquel gato lo miraba a él.

Llegaron al local de Julia, que resultó ser una mezcla extraña de bar, almacén y museo de personajes raros. Entraron por un callejón que olía a comida a punto de pudrirse. Por las bolsas de basura, parecían los restos de una carnicería. Al otro lado de una puerta de metal, abollada y descascarillada, se oían unos sonidos apagados. Música. Risas.

Joe llamó a la puerta dos veces. Esta se entreabrió y unos ojos marrones observaron por la rendija a Frank durante un momento. Los ojos marrones se giraron a mirar a Joe, y asintieron en silencio. La puerta se abrió un poco más y Frank se dejó caer dentro. El humo de tabaco era denso y flotaba a su alrededor como el agua en una piscina. El calor húmedo y el olor a sudor le hicieron sentirse joven de nuevo. Se palpó las puntas de los dedos de su mano izquierda, esperando sentir aquella insensibilidad, aquel picor que producían las cuerdas de guitarra al clavarse en la piel. Ya no estaban ahí.

No había mucha gente. Un mulato tocaba una guitarra eléctrica y otro tipo al que no se le veía la cara martilleaba una sencilla batería. Una negra entrada en años y en carnes estaba cantando. Había un par de viejos, dos chicos y una chica joven sentados cerca del pequeño escenario. No había dos sillas iguales, ni mesas. Aquello era un almacén. Al fondo, en una esquina, entre una columna y la pared, una mujer morena no dejaba de mirar a Frank. Detrás de ella había botellas y vasos en unas baldas. Unas velas derretidas mil veces se sostenían haciendo equilibrios en la pared. La negra cantaba bien. Demasiado bien para ser verdad. Frank buscó alrededor un tocadiscos, pero no. La mujer cantaba con una voz profunda y llena de sentimiento. Se olvidó de Joe y se dejó llevar por la voz de aquella mujer rolliza sin rostro. Con aquella luz solo podía imaginarse lo que había más allá de ese corpachón. La guitarra acompañaba un blues triste y melancólico. Una canción que conocía bien. Cuando acabó, nadie aplaudió, pero el silencio tras la música duró unos instantes. Luego, la gente comenzó a hablar, en susurros primero y aumentando el volumen después.

—Vaya voz —dijo Frank, casi atragantándose.

—Esa es Julie —aclaró Joe.

Se había acercado a Frank de nuevo al terminar la canción.

—Pues me gusta esa Julie.

—Vamos a por ese trago.

Fueron juntos hasta la esquina, sorteando sillas y piernas. La chica morena era un poco bizca. Su cara tenía algo erróneo; no era que el ojo izquierdo mirara donde no debiera, es que había algo que estaba mal. Frank sintió pena por la chica; su sonrisa era la de una niña de diez años, aunque su cuerpo era el de una joven de poco más de veinte. Todo en ella era erróneo. Su voz por un lado era áspera y ronca y por otro dulce.

—¿Qué os pongo, chicos?

—Dos whiskies —pidió Frank, pagando con un billete de cinco.

Al coger el billete, la chica acarició levemente el dedo de Frank con su meñique. Fue sutil, pero Frank sintió algo eléctrico en la forma en que lo miraba después.

Joe no dijo nada. Frank pensó que era un buen bar. Un bar como Dios manda. Entraron dos tipos más al local y la cosa se animó bastante. Cuando Julie se puso a cantar de nuevo, él ya estaba sentado en una silla, deseando oír aquella voz de nuevo. La canción no lo sorprendió. De alguna manera, lo estaba esperando. El alcohol lo hacía más fácil, pero las lágrimas eran de verdad. Sus ojos se humedecieron con aquellos acordes. Se dejó llevar de nuevo y no volvió a ser consciente de donde estaba hasta que la canción acabó.

—Amigo te voy a tener que dejar. Mañana madrugo.

—Gracias, Joe; me alegro de haberte conocido.

—Gracias a ti por el whisky. Espero la revancha otro día.

—¡Seguro!

Se despidieron con un apretón de manos y Frank se quedó solo en aquel local ilegal, rodeado de desconocidos medio borrachos. Habría dado lo que fuera por que aquella noche no terminara nunca y que aquella negra inmensa siguiera cantando todas aquellas canciones que conocía tan bien y que eran peores que el alcohol para él. Cada canción era como una cuchillada a su maltrecho cuerpo, llena de imágenes, de rostros y de lugares. El sabor áspero de aquel whisky lo acompañaba en el viaje. Volvió a visitar a la chica, buscando más caricias con el dedo meñique. Más miradas perdidas con olor a whisky.

—Otro, por favor —rogó, alzando el vaso sobre la mesa.

Sintió que aquel rostro de niña no jugaba con él. Al menos no al juego habitual.

—Laura —dijo ella con la expresión más cándida que Frank había visto jamás en una mujer adulta.

—¿Me pones otro whisky, Laura? —susurró excitado, sin saber cómo había ocurrido.

La chica le sirvió otro trago. Se tomó su tiempo, tiempo que Frank utilizó para explorar con la mirada el cuello y las orejas bajo el pelo recogido. Tenía la piel suave y perfecta. Bajo la blusa, las curvas se apretaban contra la tela. Se encontró torpe. Ya no jugaba a esos juegos. Se había rendido hacía tiempo a situaciones más simples, de compra y venta por horas, por minutos. No sabía qué decir. Se sentía de nuevo como un joven músico atraído por las luces tenues y los sonidos amortiguados en viejos sofás de piel gastada. Hacía siglos de aquello, pero la sensación era la misma.

—Yo solía tocar la guitarra —dijo titubeando.

—¿Y que pasó? —dijo ella.

—Que la perdí.

Ella dudó un momento, mirándolo con cautela.

—¿La guitarra?

—La música —respondió, sorbiendo el whisky con la mirada perdida.

Los ojos desviados de la chica le hicieron sonreír. Sintió el estúpido deseo de besarla, de decirle algo bonito, pero lo reprimió. La chica esperó sin cambiar de expresión, suponiendo que Frank estaba borracho. Pero no lo estaba: necesitaba mucho más que cuatro vasos. A Frank se le atropellaban las palabras en la boca, cualquier cosa que dijera sería torpe. La chica parecía hecha a prueba de piropos. Se limitó a sonreírla. De veras pensaba que era bonita, aunque por fuera no lo pareciera.

—Dime una canción —preguntó la chica.

—«Vuelvo a casa», de Charly Patton —respondió Frank sin pensar.

La chica se levantó ágilmente del taburete y se acercó a Julie, que hacía una pausa entre canción y canción. Luego volvió a su sitio junto a Frank.

Para asombro de Frank, la mujer comenzó a cantar aquella vieja canción que poca gente conocía, una canción dedicada al perro muerto de Patton. Una canción que hablaba de la muerte y de la otra vida. Aún así, era una canción alegre. Frank no pudo evitar que los ojos se le llenaran de lágrimas. Finalmente, una escapó silenciosa y corrió mejilla abajo. La chica no se inmutó. Frank veía brillar las llamas de las velas en sus ojos torcidos.

Sin renunciar a la compañía de la chica, Frank dejó fluir el resto de la noche, cada vez más alejado de sí mismo. La cantante dejó el escenario justo cuando las primeras luces del alba se filtraron por los gruesos cristales sucios de las dos ventanas que daban al callejón. Se hizo el silencio y las pocas personas que quedaban allí empezaron a moverse.

—¿Vienes conmigo? —preguntó la chica.

—Sí.

Frank estaba agotado. Ni siquiera lo pensó. La siguió fuera del local y, temiendo perderla tras una esquina, le cogió la mano derecha con los dedos de su mano izquierda. Ella se giró para mirarlo y se le escapó una sonrisa de su rostro desigual. La chica vivía en una pequeña casa adosada a otra mucho más grande. Tenía su propia puerta y estaba oscura. Muy oscura. Cuando atravesó el umbral, Frank sintió unos labios húmedos y cálidos. Luego sintió una lengua y la oscuridad no le importó más.

No hicieron el amor. Se limitaron a dormir abrazados en la oscuridad mullida de una cama a ras de suelo. Frank durmió sin pesadillas aquella noche.

Cuando se despertó, solo, en un colchón extraño con olor a mujer, no le importó. La casa era pequeña y vieja, pero por los detalles, la decoración y los colores vivos de las paredes, alguien había puesto amor en todo aquello. Una pequeña biblioteca de libros de todos los tamaños y colores presidía el salón. A Frank no le gustaba leer, le ponían nervioso tantas palabras juntas y nunca había tenido paciencia para unir las en su cabeza, pero apreciaba a las personas que sí lo hacían. Encima de la chimenea había un arco y varias flechas. Era un arco indio, o eso parecía. No había fotos ni retratos, solo cuadros de animales. Perros verdes, gatos azules y patos blancos. Todos pintados por la misma persona. Fuera, en la calle, el cielo estaba gris y la niebla acechaba tras los árboles.

La chica había dejado una nota encima de la mesa; Frank la cogió y leyó con interés. Para haber trasnochado tanto, no le dolía la cabeza.

«Por favor, dale de comer al gato. He salido para ir a trabajar y no te quise despertar. Si quieres volver a verme, todas las noches estoy en el bar de Julie». Al final de la nota, su nombre, un trazo dulce y casi infantil. Laura. Por algún motivo, se estremeció. Se giró. Detrás de él, un enorme gato negro lo observaba; parecía bizco aunque no lo era, tenía un ojo azul y otro verde. No era el mismo gato que había visto desde la habitación del hotel, aunque se le parecía. Su ojo izquierdo era como un pozo de agua oscura, y el otro ojo, de color azul cielo, lo miraba con curiosidad.

Buscó en la cocina hasta dar con un saco de pienso. Rellenó con él el cuenco de cristal que vio al lado de la puerta, y al lado puso otro con agua. Nunca le habían gustado los gatos, pero aquel parecía casi un jarrón. Quieto, lo único que hacía era observarlo. Cuando le puso la comida se acercó despacio, con paso elegante y sin demostrar ansiedad. Luego hundió el hocico en el cuenco, y Frank se sintió más relajado.

Había café frío en la encimera. Se sirvió un poco en una taza limpia y trasegó algo de bizcocho seco. Era su mejor desayuno casero en años.

De vuelta al hotel, aprovechó para darse una ducha y afrontar su realidad profesional. No tenía ni idea de como encontrar al chico. Nunca la había tenido, aunque aquel pueblo había sido más agradecido con él de lo que esperaba en un principio. En el primer día ya conocía a tres personas. Pero un desliz pondría sobre aviso a todo el pueblo y no quería estropear aquello. Pensó que la mujer del primer bar, Keira, ya se habría enterado de que había dormido en casa de Laura aquella noche. Mal movimiento. Pero no se arrepentía. Sonrió al terminar de secarse el pelo con la toalla. Le gustaba aquel pueblo. Se afeitó con esmero, disfrutando del escozor

de la colonia. El aroma del agua caliente en aquel lugar era familiar, el tacto sedoso de la cerámica parecía invitarlo a no tener prisa. Era agradable.

El hotel tenía teléfono en la habitación, así que no perdió el tiempo y llamó a su amigo de la policía. Pero antes de oír la señal al otro lado, colgó. No quería quemarlo con más preguntas a la desesperada. Necesitaba un cabo nuevo del que tirar. Se acordó del cementerio.

Preguntó en recepción por el cementerio antiguo y la recepcionista no alteró el gesto al confirmar que se refería a aquel sitio lleno de leyendas por el que todos los turistas debían preguntar al segundo día de estancia. Frank esperaba un poco más de misterio, pero la señora no añadió teatro a la situación; estaba claro que aquella debía de ser la consulta más habitual entre sus clientes. Pensó que si había una persona que supiera quiénes habían estado de paso, esa era la señora Boyd, la dueña del hotel. Si al día siguiente no había conseguido más información por su cuenta, le preguntaría a ella por el chico de los Moore. Se haría pasar por su primo. No colaría, pero ya no le quedaban más hilos de los que tirar.

—Gracias, Molly —dijo Frank después que la mujer le explicara como ir.

—De nada. No tiene pérdida.

—No me gustaría perderme en un cementerio con esta niebla.

—Los muertos de ese lugar hace ya mucho tiempo que descansan. No te molestarán —dijo con una media sonrisa.

—Por si acaso les llevaré unas flores —contestó Frank.

Molly rio y dio por terminada la conversación. Frank la observó durante unos instantes más y se preguntó que tendría que hacer que fuera más importante que darle conversación a un cliente. ¿De qué viviría la gente de aquel pueblo? Daba la impresión de que el tiempo no transcurría. Apenas se había cruzado con nadie en la calle, y las pocas personas que se había encontrado no parecían estar demasiado ocupadas. De camino al cementerio vio algunas caras que le parecieron conocidas de la noche anterior. Aparcó en lo que parecía un bosquecillo de árboles bajos, sin hojas. Sobre el fondo neblinoso, el viejo cementerio, muy pequeño, estaba rodeado de troncos ennegrecidos y pelados, como dedos que salieran de la tierra en un rictus de dolor. No se oía un solo pájaro, ni una brisa que moviera aquel espeso manto blanco. A pesar de que era casi mediodía, no había mucha luz; parecía casi un atardecer. El hecho de que aquella vereda estuviera bajo dos pequeñas colinas hacía que tuviera un clima especial, protegido del viento y la luz directa del sol. Musgo oscuro crecía por el suelo, desparramándose por todas las rocas que encontraba, cubriéndolas con un manto vegetal allá donde no las tapaban las hojas amarillentas. Las hojas, húmedas, no crujían bajo los pies de Frank. El musgo actuaba como una moqueta mullida, y salvo su propia respiración, Frank no oía nada. El silencio era total.

No sabía qué buscar, así que se limitó a caminar entre las lápidas. Eran viejas,

tenían más de un siglo y algunas estaban desgastadas. Otras no tenían musgo y parecían cuidadas, Frank pensó que alguien debía limpiarlas con mimo. Todas las lápidas eran del mismo tipo de granito y de tamaños similares, como si toda esa gente hubiera muerto al mismo tiempo. Buscó la tumba del amigo de Poe, Thomas M. Reid. Pero no encontró nada. Ninguno de aquellos nombres le decía nada. Intentó leer cada una de las treinta tumbas que había ahí, pero no sacó nada excepto el inicio de un resfriado. Cuando estaba intentando descifrar el texto de la última tumba, por el rabillo del ojo captó algo que lo alertó.

Giró la cabeza, y ahí, fundido en la oscuridad, subido a una lápida, un gato negro de grandes ojos amarillos lo observaba plácido y sereno. Su corazón empezó a palpar más y más fuerte. Cuando quiso darse cuenta estaba jadeando. Sin embargo, no sentía temor. Aquel gato lo debía de haber seguido desde el pueblo. Se subió al coche y se marchó sin mirar atrás. Ya casi parecía de noche aunque eran poco más de la una de la tarde. Maldito invierno.

Aunque no pasaron más de unos minutos, parecía haber cambiado de continente. Era pleno mediodía, y el brillo del sol sobre las copas de los árboles generaba una luz llena de vida y energía. Se sentía con hambre, así que entró con paso decidido en el bar de Keira dispuesto a enfrentarse a las miradas de todos. Para su sorpresa, Laura estaba conversando en una mesa con Keira, ambas le sonrieron al verlo entrar.

Dudó antes de dirigirse a una mesa libre al lado de ellas. No había mucha gente en el bar, tres o cuatro personas aquí y allá. Tranquilas, leyendo un periódico, o conversando con el de al lado. Olía a café y a comida. Olía bien.

Laura le sonrió al otro lado de la mesa, pero no dijo nada. Keira se levantó y fue a preguntarle.

—Buenos días. ¿Almuerzo?

—Sí. Claro —dudó. En su mirada no había reproche ni celos. Nada, salvo una franca sonrisa.

—¿Te traigo una carta o ya lo sabes?

—¿Qué me recomiendas?

—Hoy tenemos una sopa de calabacín estupenda, también costillas de cerdo asadas y...

—No me digas más. Ponme esas costillas. Y una buena cerveza.

—Claro.

Pasaron los minutos y nada ocurrió. Laura, a su lado, comía como si tal cosa. Keira le trajo la cerveza y la comida, y sus miradas seguían siendo igual de tiernas que cuando la conoció. Era imposible que todo el pueblo no supiera ya que se había ido a casa de la chica de al lado. Algo no encajaba, pensó Frank. Cuando acabó de comer, Laura se levantó y se despidió de todos como si nada, incluido Frank. El local estaba medio vacío, y Keira secaba un vaso con un trapo. Ella lo miraba, esperando a

que él se levantara.

—Este es un pueblo muy raro —afirmó Frank, esperando provocar una reacción. Ella se limitó a sonreír levemente.

—Tú también, Frank.

—Espero que no tanto como yo —contestó en voz baja.

Fue breve, pero el brillo en la mirada de ella y la sonrisa extraña que le mostró por unos instantes hizo que un escalofrío lo despertara de aquel juego.

—¿Ya has encontrado lo que buscabas? —susurró Keira, acercándose al rostro de Frank y dejándolo fuera de juego. No se esperaba un movimiento así. Tragó saliva, intentando entender a que se refería la mujer. Desde tan cerca, la piel de aquel cuello largo y lleno de pecas parecía una fresa de color melocotón. Oía bien.

—Todavía no sé ni lo que busco —contestó. Había sido demasiado sincero. Como si ella tuviera el poder de leerle la mente.

—Te entiendo. Pero si has logrado llegar aquí, lo encontrarás —respondió ella.

—¿Tienes por ahí mi botella? —preguntó Frank para sacarse de encima aquellas preguntas, que eran como un manto pesado que no le dejaba respirar.

Keira le puso la botella delante y dos vasos, y los llenó. Bebieron.

—¿Porqué diablos hay tantos gatos negros por aquí? —preguntó a bocajarro.

—Nos gustan los gatos en este pueblo. Supongo que todos los gatos enfermos del país vienen aquí, los tratamos bien.

Keira ocultaba algo, enterrado en aquellas palabras. Ambos lo sabían.

—Yo diría que las costillas eran de cerdo, pero nunca sabría decir si...

Ella rio, divertida. Eso lo alivió, restándole tensión. Sentía sueño. Una buena siesta le vendría bien.

—¿Y tú qué haces por las noches? Vine ayer noche y no te encontré.

—Me gusta quedarme en casa. No salgo mucho. Ya no.

—A mi me pasa al revés. Ya no me gusta quedarme en casa.

Pensó que no merecía la pena estirar más la cuerda, pese a no poder dejar de buscar algo en su rostro, algo que no acababa de ver, como si se escurriera una y otra vez. Aún así, cada vez le parecía más intrigante.

—El bar de anoche era interesante.

—Sí, Julie sabe cómo crear un ambiente especial.

—Ese es, lo conoces.

—¿Bromeas?, aquí todos nos conocemos. Muy bien, además.

Frank pensó que no lo decía con segundas intenciones, pero aún así la frase salió de sus labios antes de que pudiera repensarlo.

—Laura es buena chica, pero...

—Lo sé. Es buena chica, pero ha sufrido mucho.

—Yo no...

—No te preocupes, ya sabemos que fuiste un caballero.

Frank la miró. No había sorna en su voz. Era otra cosa, algo más allá de eso.

Tampoco había ningún tipo de advertencia, se limitaba a establecer un hecho. Nada cambió en su rostro ni en su media sonrisa. Seguía apoyada en la barra, con los labios a no muchos centímetros del rostro de él.

—Creo que encontrarás lo que buscas, Frank.

Se giró con una última sonrisa y se puso a atender a otro cliente.

Frank se terminó el whisky y se despidió con la mano. Ya en el coche se planteó largarse de aquel lugar, volver a California y asumir la derrota. Sin embargo, había algo en el coche. Podrían ser las botellas vacías en los asientos de atrás, el olor a sudor o las colillas que desbordaban el cenicero. Todo aquello le recordaba lo que le esperaba allí. Recordaba las últimas palabras de aquellos labios carnosos: «Encontrarás lo que buscas, Frank».

Cansado, saludó a la dueña del hotel y subió las escaleras hasta su habitación. Estaba impecable, olía a limpio. Echó las cortinas y se tumbó en la mullida cama, dejando que la fragancia de las sábanas limpias lo llevara hacia el sueño.

Durmió. Sin sueños, o al menos no los recordó. Por primera vez en mucho tiempo no tuvo pesadillas, ni recordó a su hija o a su exmujer. No tuvo esa sensación de mareo al despertar, al saber que la parte feliz de su vida había pasado, muerta, para siempre. Y sin embargo, las lágrimas le humedecían los ojos. Solo por costumbre. Creyó oír los sollozos de una niña pequeña, como ocurría todas las mañanas. Pero, no, esta vez parecían maullidos de gato. Cerró los ojos y tragó saliva. Le temblaban las manos. Necesitaba un trago.

Cuando abrió las cortinas, vio que era casi de noche. Había dormido demasiado, y sin embargo le apetecía volver a meterse en la cama y seguir durmiendo hasta el día siguiente. El maullido lo sacó de aquel círculo vicioso que conocía tan bien. Parecía venir de la habitación de al lado. Pegó la oreja a la pared, pero no oyó nada.

Se lavó la cara y se miró en el espejo. Hacía meses que no tenía tan buen aspecto. Sonrió, y durante algunos instantes pudo ver al hombre que había sido. Risueño y alegre. Echaba de menos a aquel hombre; echaba de menos tantas cosas. Se le empañaron los ojos, y los de aquel hombre desconocido que lo miraba desde el otro lado del espejo se empañaron también.

Bajó y saludó a Molly, que le sonrió con afecto maternal. Entró en el coche y, sin saber muy bien qué hacer hasta la hora de cenar, empezó a dar vueltas por las pocas casas que formaban aquel pueblo. Al lado de la iglesia descubrió un pequeño cine con el cartel iluminado. Ponían una película que había visto hacía muchos años, o eso creía. Aparcó el coche al lado. La acera estaba desierta. En el pequeño mostrador, entre cajas de palomitas y chokolatinas, la peculiar cara asimétrica de Laura le cobró la entrada con una sonrisa. Era un pueblo muy pequeño.

El cine estaba vacío cuando entró. Se sentó en la segunda fila. Cuando iba al cine le gustaba sentir que no existía nada más. Quería sentirse absorbido por la ficción. No recordaba mucho de aquella película; la había visto con Eva, cuando estaba embarazada de Ginny. Lo único que recordaba era el calor de Eva recostada en su hombro y su tripa bajo su mano. Se maldijo en silencio y rompió a llorar.

Notó la mano de alguien que cogía la suya. Era Laura, que se había sentado a su lado. A los pocos minutos, sin decirle nada, se acurrucó junto a él. Frank le paso el brazo por encima y empezó a acariciarle el pelo.

Cuando la película terminó, ella le sonrió y le dio un beso en los labios, corto y seco. Se levantó y desapareció pasillo abajo antes de que los títulos de crédito se desvanecieran de la pantalla. Frank esperó unos instantes, hasta que la luz de la sala volvió, poco a poco. Estaba solo. Durante un momento creyó que Laura había sido una alucinación. Pero el olor de ella estaba todavía en su camisa. Un olor dulce, como de pan recién hecho.

Todavía aturdido, salió del cine. Ya no había nadie en la taquilla. Las cajas de palomitas, en la oscuridad, tenían pinta de muy viejas. Todo tenía pinta de viejo en la oscuridad. Echó un par de ojeadas aquí y allá, buscando a Laura. No la encontró, así que entró en el coche y no lo pensó mucho: fue directo al bar de Julie. Necesitaba un trago.

Llegó pronto. Julie en persona estaba metiendo cajas de cerveza por la puerta. Se ofreció a echar una mano, y la enorme mujer negra se lo agradeció con una sonora carcajada. Juntos llevaron las cajas detrás de la barra. Olía a sudor, a sonido pegado a las paredes, a palabras flotando mezcladas con el polvo y la luz de los focos. Como cromos sellados con cientos de tragos derramados por el suelo. Cientos de noches de sudor, saliva y lágrimas. Añoraba aquellos tiempos.

Había una guitarra apoyada en una columna, al lado de una batería de tres piezas. Era una vieja guitarra acústica, con arañazos de tanto uso. Miró a Julie, y ella, que lo estaba observando, sonrió y asintió.

Frank se sentó en el taburete, bajo la luz de un foco, y cogió una guitarra por primera vez en quince años. Tras unos amagos torpes, sus dedos encontraron las cuerdas, y sin saber muy bien cómo, su mano derecha empezó a saltar; primero con vacilación, y con cada compás, cada vez más fluida. Al principio tímidamente, como un arroyo que avanza entre las piedras secas de una montaña, pero cada vez con más fuerza, hasta que se descubrió lleno de emoción, tocando con más habilidad de la que creía tener. Nadie le dijo nada, así que siguió y siguió. Tardó tiempo en llegar gente, pero cuando entraron, se quedaron escuchando. Sintió que no podía dejar de tocar la

guitarra. Luego vino un tipo y pidió una canción clásica de delta blues. Empezó a tocar y el tipo empezó a cantar con la mejor voz que Frank había escuchado jamás.

Se olvidó de todo. Después de esa vino otra de Lightin Hopkins, y luego otra de Robert Johnson. Todas aquellas voces, aquellos ritmos, habían vuelto a él de pronto. Tocaba mejor que lo había hecho nunca, pese a no haber vuelto a coger una guitarra desde que su hija murió. Volvió a reír como no lo hacía en mucho tiempo. Alguien dejó una botella de whisky a su lado e incluso se atrevió a hacerle los coros a su desconocido cantante.

Pasaron horas. Hasta que tuvo que parar. Estaba agotado. Su compañero le dio un abrazo y las gracias. Frank fue a la barra a agradecerle a Julie la botella.

—Tenías ganas ¿eh? —dijo Julie.

—Ni yo mismo lo sabía. Gracias.

Julie asintió.

Se giró. Entre el público, repartidos en un taburete, una silla vieja y unos barriles, estaban Joe y algunas caras conocidas ya en aquel pueblo. Keira lo observaba desde lo lejos; sus ojos brillaban bajo la luz tenue. Se acercó a ella tambaleándose, mareado por las emociones que bullían en su interior. El rostro de ella estaba radiante, y lo recibió con una enorme sonrisa.

Ella le habló y pareció que le hablara en otro idioma. Estaba aturdido, aunque entendió que su voz suave le decía algo agradable. No respondió y ella se quedó también callada; sin embargo, sus labios cada vez se acercaron más a los de él.

Frank la tomó por la cintura y la atrajo suavemente hacia sí. La besó, y sintió la piel de aquellos labios en su lengua. Siguió besándola y cerró los ojos. Hacía años que no besaba así a una mujer. Se dejó ir. Cuando terminó, estaba abrazándola con fuerza. Con la vista desenfocada, sonrió. Ella le susurró con nitidez al oído:

—Vámonos a mi casa.

Por el camino, sus manos exploraron lo que había bajo la blusa siempre cerrada de Keira, bajo aquella falda. Sus bocas se encontraron una y otra vez. No hablaron, solo se besaron y agarraron de forma frenética. Fueron dando tumbos por los callejones del pueblo, abrazados. Frank no supo como llegó hasta aquella enorme cama. Se quitaron los zapatos, y sin haberse quitado todavía la ropa, se arrastraron a la cama y él la dominó con su peso. Apoyado en los antebrazos, le acarició el pelo a ambos lados de la cabeza. La contempló con los labios a escasos milímetros de su rostro, sintiendo su respiración entrecortada.

—Creo que he encontrado lo que buscaba.

Ella rio. Él dejó de hablar y la besó. Cuando terminaron de hacer el amor, Frank se abrazó a ella y no escuchó nada salvo el susurro de su respiración, ligero y suave, como un leve ronroneo.

6

Los rayos de sol iluminaban la habitación de Keira atravesando las cortinas, proyectando extrañas formas sobre la pared. Un gato negro con una cicatriz sobre el ojo los miraba desde los pies de la cama, ronroneando. Frank se sentía mejor de lo que se había sentido en muchos años. Aquella noche no había soñado con Eva ni con Ginny.

No obstante, pensó que estaba soñando cuando vio a una niña; una personita de pelo alborotado y ojos achinados que apareció por la puerta, dando tumbos, aún dormida y bostezando.

—¿Mamá? —dijo con una voccecita dulce.

—Sube a la cama, pequeña —dijo su madre al lado de Frank.

La pequeña subió y se acurrucó al otro lado de la cama. Frank tembló de emoción y empezó a llorar sin saber por qué.

—¿Estas bien? —preguntó Keira.

Frank no contestó. En su interior, cientos de fibras se estaban desgarrando, dejando entrar la luz en su interior lleno de telarañas y polvo. Pasaron varios minutos, en los que la niña, de unos cuatro años, se durmió al lado de su madre. En silencio, Keira le hizo señas para salir de la habitación. Ya en la cocina, con un café humeante delante, Keira rompió el silencio.

—Es mi hija, Hope.

—Es una preciosidad —dijo Frank, con los ojos todavía húmedos. Keira le cogió la mano. Frank rompió a llorar.

—Yo tenía una hija. Ginny —empezó a decir, entre sollozos—. Murió por accidente, por un estúpido accidente. Se me escurrió de los brazos en el baño y se golpeó la cabeza. Tenía dos años y medio. Eva, mi mujer, nunca me volvió a mirar a los ojos desde entonces.

Keira tomó la mano de Frank y dejó que se calmara. Al cabo de un rato, más tranquilo, se limpió las lágrimas y volvió a mirar los ojos dulces de ella. Keira bebió un poco más de café, observándolo en silencio. El gato pasó un par de veces sobre las piernas de ambos, ronroneando. Frank pensó en que ya no tenía sentido quedarse más tiempo en aquel pueblo; el chico no aparecía y él debía seguir buscándolo, aunque ahora todo le daba igual. Se aferraba a los grandes ojos de color miel de Keira.

—Bueno, volviendo al presente. ¿Ya encontraste lo que buscabas? —preguntó Keira.

—No. Y no creo que lo encuentre.

—¿Qué buscas?

—A un chico, Adam; Adam Moore, se llama.

Frank no esperaba obtener respuesta.

—Habría sido más sencillo que preguntaras por él. Se fue hace pocos días. Estuvo aquí. Un chico muy agradable.

—Vaya.

—Encontró lo que buscaba: una chica, Ana.

—¿Hace mucho que se fue?

—Justo el día antes de que tú llegaras. Parece cosa del destino.

—¿Y dijo adónde iba?

—A casa. Quería presentar a su mujer a su padre.

—¿Se casó?

—Sí. Es una historia muy bonita.

Keira sonrió, dejando que Frank se llenara de preguntas sin respuestas. Pese a todo, Frank estaba descansado y feliz. Tanto como podría estarlo.

—¿Te importa que haga unas llamadas? —preguntó.

La idea de despegarse de la compañía de Keira lo ahogaba. Ella asintió y le señaló el teléfono de la cocina.

Frank tomó el teléfono después de buscar el número en la agenda. Estaba nervioso. Pero confiaba que la noticia alegraría a su cliente.

—¿Señor Moore?

—¿Sí?

—Soy Frank, Frank Waterhouse.

—Ah, usted —dijo una voz gélida al otro lado del teléfono.

—He encontrado a su hijo. Bueno, no lo he visto, pero he tenido noticias de él. Se ha casado con una chica, Ana. Puede que llegue a su casa en las próximas semanas, todo depende lo rápido que viaje.

—¿Es una broma?

—No... No entiendo. —Se produjo un silencio incómodo.

—Adam llegó a casa hace cinco meses, con su esposa —dijo finalmente Arthur Moore—. Llevo muchos meses sin noticias tuyas. Espero que no llame para reclamar cantidad económica alguna, por que ya sería el colmo.

Frank no entendía nada. Había hablado con su cliente hacía menos de cuatro días, si sus cuentas no le fallaban. Cinco a lo sumo. ¿Cuatro meses? No tuvo tiempo de decir más, su ya excliente colgó al otro lado.

Sin pensarlo mucho, la siguiente llamada fue a su amigo John.

—¿John?

—Caramba, Frank, cuanto tiempo sin oírte. ¿Estás bien?

El gato negro pasó entre sus piernas. Estaba suave. Con él venía la hija de Keira, que lo miraba con unos ojillos vivos y juguetones. Sin poder evitarlo, en un gesto

natural, le acarició la pequeña cabeza de pelo alborotado. La niña sonrió y abrazó al gato, que salió corriendo por el pasillo. La niña fue detrás de él.

—¿Frank? —preguntó de nuevo la voz de su amigo.

—Sí, John. Estoy bien, estoy bien. Muy bien.

—Suenas diferente. La última vez que hablé contigo me preocupaste. ¿Encontraste al chico?

—Sí. Parece que ha vuelto a casa, con su padre. Ya no hará falta que sigas rascando por mí en los archivos, me he quedado sin caso.

—No encontré nada. Ese pueblo que me dijiste ni siquiera existe. Unionville, menuda broma. El último censo es casi del siglo pasado, de 1886. ¿Te lo puedes creer? Una epidemia se cargó a todo el pueblo de golpe.

—Sí —dijo Frank, tragando saliva. Otro gato negro pasaba entre sus piernas, era igual de suave que el primero, pero era un animal diferente; este tenía la oreja derecha partida.

—Por cierto, Frank, tu mujer lleva acosándome desde hace meses.

—¿Meses?

—Sí, desde que te fuiste. Dice que le debes cinco meses de pensión.

—Gracias, John; te llamaré.

—Cuídate, Frank.

Frank colgó. Todo seguía igual a su alrededor. A su lado, en silencio, Keira hacía el desayuno y la niña jugaba con una muñeca de trapo en el suelo. Reía y hablaba con sus amiguitos imaginarios, sirviéndoles el desayuno con platos invisibles. Una gata más pequeña apareció y se juntó con la gata mayor y el gato de la oreja partida. La gata pequeña parecía una copia en miniatura de la gata de la cicatriz sobre el ojo.

—Keira... —empezó a decir Frank. Luego se lo pensó, se agachó y miró a aquella niña. Le recordaba mucho a Ginny. Sintió que los ojos se le llenaban de lágrimas y deseó estrecharla entre sus brazos. Deseó más que nada en el mundo que todo aquello fuera real. La niña lo miró con sus enormes ojos claros y sonrió. Saltó a sus brazos y lo abrazó con fuerza sin decir nada. Keira lo miró con dulzura y sonrió también. Para cuando las tortitas estuvieron puestas en la mesa, Frank ya había tomado una decisión.

Las vidas de los gatos son una quinta parte más cortas que las de los seres humanos, pero dicen que los gatos tienen siete vidas. Meses más tarde, dando un paseo, Keira lo llevó de vuelta hasta el cementerio antiguo. Dos tumbas eran recientes, a pesar de que la piedra era antigua, de 1886. Las letras grabadas eran casi

irreconocibles. En una de ellas, Frank creía poder leer un nombre conocido: Adam Moore. En la otra, el suyo propio: Frank Waterhouse. A su lado, un gato negro de mirada triste y bigotes torcidos ronroneaba sonoramente, frotándose contra su pierna, exigiéndole unas caricias. Tenía una oreja partida, como él. Lo acarició y se alejó, no demasiado.

LA LLAMADA

Jugaba con su foto en el móvil. La gente no es consciente de la información que fluye sin control de una simple imagen. Una imagen que queremos dar, al margen de lo que somos. Yo captaba ambas y captaba el mensaje.

No era la primera vez que me ocurría; ni siquiera la más intensa. Pero cada vez me era más difícil justificar mi lucha interior. Siempre era casual: un cruce de miradas, una respiración en dirección equivocada o una excusa mutua. Cuando ocurría, siempre sentía lo mismo: que el tiempo se paraba y que algo en el orden de las cosas estaba equivocado, se deslizaba derrapando sobre el asfalto de mi vida ordenada y perfecta. Y ocurría. Un accidente: dos ojos llenos de curvas en un túnel. Ella nunca era igual, sería fácil si lo fuera. Pero no; a veces era la chica que me encontraba en una reunión; otras, una compañera ocasional de viaje de negocios que me seguía la conversación sin más malicia. Con alcohol era más fácil, porque ni siquiera recordaba el comienzo, solo que me embriagaba del tacto sedoso de sus voces. Una vez, incluso, ocurrió por casualidad, convertido en víctima accesorio de un mal mayor; como un accidente múltiple. Jóvenes, no tan jóvenes. Inocentes o no. No había un patrón. Cuando empezaba a tirar de ese hilo sabía cómo terminaría, pero seguía tirando sin poder parar. Era eso lo que más me gustaba, cuando no sabía si la otra parte estaba jugando a lo mismo. Cuando no sabía si eran imaginaciones mías o de verdad la realidad enmudecida y gris se había convertido en un local atestado de humo y blues y en él solo había una mujer de sonrisa enigmática acompañando el *Death Letter Blues* de Son House. No sabría decir si lo más difícil era el primer sí o el primer no. Todos llevaban a lo mismo, a seguir haciéndome la misma pregunta. ¿Sí o no? En ese punto comenzaba la cuesta abajo. Frenar ya era inútil. Cuanto más tiempo evitase el impacto, más fuerte sería al final. Cuando la pendiente venía a mí, me invadía un vahído de vértigo. Dulce y ácido. Imaginaba sus pupilas dilatándose de pronto y un solo de guitarra tocado únicamente con la sexta cuerda. Tensión sobre negro. Humo y unos labios húmedos.

De momento, Elena estaba tan solo en mi *smartphone*. Un número y una pequeña foto. A pesar de que estaba apagado, notaba como me susurraba en la oscuridad. No podía dormir. Apartaba con argumentos torpes las excusas que revoloteaban en mi cabeza hueca. Excusas que ya había usado, estériles, incapaces de terminar nada porque volvía a sumergirme en ese torrente pretérito de sensaciones: el suave tacto de unos pechos tras una blusa, rozando mi antebrazo; la punta de su nariz sobre mi lóbulo, susurrando; sus pestañas aleteando; su voz. Su urgencia y la mía, nuestras miradas ardiendo en llamas. Y sin embargo, el zumbido de la razón no cesaba, intentaba inútilmente apagar ese incendio. Activé el móvil y miré de nuevo el número. Reimaginé su fotografía. Su imagen volvió a mí, en movimiento, silenciosa,

como un fantasma. El sudor corriendo por su piel y sus pequeños dientes blancos mordiendo mis labios. Mis sentidos, juntos, vencían poco a poco mi última defensa. Como siempre, mi otro yo me atormentaba en mi cabeza, hablándome silencioso a través de mis propios pensamientos, en un susurro inaudible e insidioso.

—¿Por qué no? —me dijo, intenso y poderoso.

—Ya sabes por qué no. Lo de siempre. Y luego ¿qué? —respondí en voz baja, evitando que me oyera mi mujer, que estaba dormida al otro lado de la cama.

—Luego, otra vez.

—No quiero destruir todo lo que he construido —repliqué, derrotado.

—No tienes por qué —me respondió con tono seductor. Mucho más de lo que yo sería jamás.

No tuve fuerzas para replicar. Recordaba la primera vez. Las excusas. Las negaciones. Las terribles y complicadas mentiras. La necesidad de recordar aquel andamio de serpientes y cuerdas. De hacer aquella historia coherente hasta el final, no poder bajar nunca la guardia y tener que recordar todos los detalles inexistentes. Las sonrisas huecas, las largas conversaciones conmigo mismo. La necesidad de sacar aquello de dentro y la absoluta certeza de que nadie podría soportar aquel hedor que ocultaba. Sin embargo, todos aquellos momentos habían merecido la pena. Y era lo que me repelía: saber que lo volvería hacer otra vez por sentir de nuevo. Por eso tomé el *smartphone*, temblando mientras imaginaba sus gemidos y el tacto de sus pechos en mis manos. Empecé aquel baile.

Tras dos semanas, el rastro de sus uñas en mi espalda aún me hacía estremecer. Todavía perduraba el regusto de su sudor, ácido y ahumado. Había merecido la pena. Cada instante. Recordaría siempre aquella mata de cabello rojo entre mis dedos crispados. Su pequeña boca húmeda entre mis piernas. Arrodillada frente a mí, su cuerpo era una playa bañada por algas rojas. Sal, arena y mar. Como su sabor. Como sus gemidos contra las rocas, estrellándose contra lo inevitable. Y la resaca arrancando toda la vida de las orillas, ahogándola en el fondo del mar.

Estaba en el trabajo, en mi despacho, intentando no pensar en nada. El trabajo era un límite que respetaba por encima de todo. Cuando sonó el teléfono lo cogí de manera automática, sin pensar. Vi su nombre en la pantalla y mi mano no respondió, ajena a mí. Era ella. Su número. Imposible. Estaba muerta. Aunque ya había sucedido antes; sabía lo que tenía que hacer. Respiré profundamente un par de veces y contesté sin nerviosismo.

—Sí, ¿dígame?

—¿Esperabas a otra persona? —respondió al otro lado una voz. Un sudor frío me patinó espalda abajo. Era ella. Era su voz.

—¿Elena? —respondí mecánicamente, sin guion.

—¿Te sorprende oír mi voz? ¿Pensabas que no me acordaría de ti? —El timbre de su voz tenía el mismo tono alegre que recordaba.

—Yo... —Apenas podía respirar.

—Lo entiendo; se supone que debía estar muerta, ¿no?

—¿Qué...? ¿Qué broma es esta?

—Te llamo para avisarte. Esta vez has ido demasiado lejos.

—No sé de qué me hablas, creo que te estás equivocando. —Me giré hacia la pared y empecé a recobrar el control de la situación.

—¿Te acuerdas de que tuviste la sensación de haberme visto antes? No me lo dijiste, pero lo pensaste. Mi nariz, mi acento canario. Mi tatuaje.

—Te lo repito, Elena: no sé de qué me hablas.

—Yo tampoco lo sabía. Pero tú tenías que haberlo sospechado. ¿No miraste mi cartera cuando te deshiciste de ella? ¿No te fijaste en la foto que tenía guardada? Esa niña con su madre. La niña era yo, con mi madre, la hermana de tu mujer. Soy tu sobrina Elena. Era.

—¿Qué? —grité nervioso.

—Ya da igual. Estoy muerta.

La pantalla del teléfono, en negro, no daba señales de vida. Ya no estaba en mi despacho; estaba en el cuarto de baño, sentado en el retrete, con la camisa empapada de sudor. Obsesionado en recordar qué había pasado en mi vida esas últimas dos semanas, ignorando qué había ocurrido desde que cogí el teléfono hasta que fui consciente de estar encerrado en el baño. Desesperado por entender por qué aquel rostro tenía algo familiar, sin nombre. Elena. Me vino todo de golpe. La foto de la cartera. Las fotos de mi familia en su casa. Las bragas ensangrentadas enroscadas en su tobillo izquierdo. El tatuaje de una espiga. El recuerdo lejano de una niña de apenas tres años en el columpio, riendo cuando la empujaba. El olor infantil de su pelo limpio. Todo eso que había escondido en algún lugar ajeno de mi memoria.

—No te vengas abajo —me dijo una voz en mi cabeza.

—Oh, Dios mío —me respondí en susurros, intentando llorar.

—Ha sido un error, pero no volverá a suceder —respondió retador. Poderoso.

—No... ¡No! —grité.

—¿Pasa algo? —preguntó alguien al otro lado de la puerta.

—No. No. Estoy hablando por el móvil —dije, peleándome con las palabras, empujando las lágrimas de nuevo hacia dentro. Me mordí la lengua y esperé en el baño. Seguía sin recordar como había llegado ahí. Poco a poco iban apareciendo fragmentos de memoria que había olvidado durante años; había perdido muchos

recuerdos, ignorado muchas lagunas. Sabía que estaban ahí, pero temía afrontarlas. Yo mismo las había escondido tras los muebles de mi vida gris. Salí del baño y me escabullí hasta la escalera donde todos en el edificio fumábamos a escondidas, usando una gran ventana que daba al patio y desde donde se veían todos los tejados de Madrid. Necesitaba respirar. Pensar. Fumé un cigarrillo tras otro, temblándome en los labios. Pasé los minutos esforzándome en no recordar o sentir nada. Buscando silencio y soledad. Una señal, algo.

—¿Hola? ¿Estás bien? —preguntó una suave voz de mujer a mis espaldas.

No la conocía. Sin embargo, aquel tono de voz me hizo volver la vista sin que pudiera evitarlo. Necesitaba mirarla. Por unos instantes sentí que todo volvía a la normalidad. Que nada había pasado. Era joven y guapa. Desprendía vida por todos los poros. Me sostuvo la mirada. Curiosa. Dulce. Frágil. Vulnerable. Fueron los instantes más largos de mi vida; mi hambre era insaciable.

Contuve la respiración y salté por la ventana. Unas notas de blues sonaron de fondo mientras el humo salía de mis pulmones junto a mis gritos de rabia.

DULCE Y MORTAL

En todos mis años como inspector de policía en Londres, jamás habíamos encontrado un asesino que actuara así. La única manera de detener a un asesino es entenderlo, y este era incomprensible. Sus víctimas no tenían nada en común excepto la forma en que habían encontrado la muerte: una pequeña incisión, certera, en el corazón. Lo escalofriante, sin embargo, no era eso; era la expresión de felicidad de los cadáveres. Hasta ahora, todos habían sido niños excepto aquella hermosa joven, y todos aparecieron flotando en el Támesis a primera hora del alba, entre la niebla.

Me estremecía al recordar aquella muchacha, desnuda sobre la mesa metálica de la morgue. Su rostro de mármol húmedo parecía dormir un plácido sueño. Los dos lunares gemelos sobre una ceja eran lo único que la distinguía de un ángel. Su rostro resplandecía de felicidad; había que esforzarse para recordar que aquella muchacha estaba muerta, asesinada. Al verla, todos recordábamos nuestra juventud, de una u otra manera. Terrible o feliz, o ambas cosas. Era la cuarta víctima, sin contar algunos animales domésticos que habían aparecido con anterioridad. Hasta que no empezamos a investigar, nadie se había tomado la molestia de interesarse por las muertes de aquellas mascotas. Las otras víctimas eran dos niñas pequeñas y un bebé. Acostumbrado a ver horror, miseria y desgracia, contemplar aquellos rostros en paz, casi como ángeles durmiendo, era mucho más perturbador que cualquier otra cosa. Las familias de las víctimas no tenían nada en común. No había nada que uniera sus trágicos destinos. Lo único que los muertos compartían era la precisa incisión en el corazón y la paz en sus rostros.

Habían pasado ya semanas desde la aparición del último cadáver, y el alcalde estaba nervioso. A la mayoría de la gente, las prostitutas viejas abiertas en canal bajo un puente no le importaban, ni tampoco los borrachos ahogados que aparecían todos los años para estrenar el año nuevo. Sin embargo, los niños y las jóvenes adolescentes eran algo que partía el cascarón de barro y porquería donde se ocultaban los corazones de los hombres.

Los días pasaron, y el olor del carbón y la mohosa humedad de Londres parecía arrastrar consigo el hedor de la muerte bajo la niebla. Todos esperábamos encontrar el siguiente cadáver, y las tensiones se desataron hasta límites insospechados. Como aquel hombre, un joven estudiante, que se había metido en problemas estúpidos por robar un gato: un gato que, como las putas, los borrachos o los locos, a nadie le importaba. Aquel hombre fue lo único vivo que encontramos con alguna relación con las niñas desaparecidas. Relación tan sutil como vivir cerca de la casa de una de las niñas y haber sido uno de los muchos pretendientes de la última víctima. Indicios demasiado circunstanciales para llevar a algo más. Yo insistí en su inocencia, pero nadie me hizo caso y acabó detenido.

Pasaron algunas semanas antes de que el silencio y el desánimo cayeran de nuevo sobre Londres. Al día siguiente de que el hombre saliera del calabozo, apareció su cadáver flotando en el Támesis. Los que conocíamos la muerte de cerca sabíamos que los cuerpos de los ahogados tardaban días en salir a la superficie, y que tras pasar días bajo el agua, sus rostros estaban hinchados y tumefactos. En este caso, como en el de las otras víctimas, su cuerpo era más bello de lo que fuera en vida. Pálido, hermoso, como la imagen de un ángel con los ojos cerrados, esperando para abrirlos en el cielo, aguardando el momento de su resurrección.

Nuestra última pista se nos desvanecía entre los dedos. Yo llevaba meses sin dormir y mis compañeros me habían dejado por imposible. El inspector jefe me retiró del caso, molesto por tener que darme la razón sobre aquel pobre muchacho. Llevaba años sin mirarme a los ojos, como el resto.

Una corazonada me hizo seguir la pista hasta la casa de aquel joven. No encontré nada de valor; era el típico cuarto de pensión barata de los estudiantes de provincias; sábanas revueltas, botellas de cerveza bajo la cama, libros y papeles emborronados y algunos efectos personales. Sin embargo, encontré algo que me llamó la atención: un bote de mermelada de fresa abierto, ya con algo de moho y un olor demasiado dulzón, a muerte. Aquel aroma flotaba pesadamente por toda la habitación. Familiar, intenso y espeso. Me trajo recuerdos repentinos y cerré la puerta de todo aquello. De mi pasado. Sin embargo, algo se coló. Algo sin nombre, pero de tacto viscoso y frío. Sin poder evitarlo, pesadas lágrimas empezaron a formarse en mis ojos. Las notas de una balada de piano fluyeron entre los pliegues de mis recuerdos de un pasado abandonado y polvoriento. Aquella mermelada. Su mermelada. ¿Qué hacía ahí? Su rostro, ya difuso en mi memoria, volvía hacia mí. Velado por el tiempo, o por mis esfuerzos en olvidar, arañaba por salir a la superficie.

Cerré el bote, casi ahogándome a causa de la intensidad de aquellas emociones. Tuve que respirar profundamente para evitar desvanecerme. Hasta aquel momento no me había dado cuenta de lo cansado que estaba. Todo mi cuerpo temblaba, mis brazos y, sobre todo, mis manos. Tenía la tapa del bote en la mano izquierda. La observé con atención: era la misma. Imposible. Tuve la tentación de arrojarla violentamente por la ventana, junto con el bote lleno de moho; sin embargo, sin saber por qué, cerré el pequeño frasco y lo guardé en mi bolsa. Decidí volver a casa; era tarde y me encontraba mal, probablemente tenía fiebre. Mi situación económica no me permitía lujos como aquel, pero paré a un cochero para que me llevara.

Cuando llegué ya era de noche. Una luna enorme y amarilla jugaba al escondite tras el humo de las chimeneas de Londres. Crucé el umbral, aturdido por el frío que hacía castañetear mis dientes. Ya no quedaba ni un solo cristal en la puerta de la entrada. No quería repararla, prefería que no me recordara lo dichoso que había llegado a ser en aquella casa. Busqué el interruptor de la luz de gas, olvidando que

llevaba meses sin funcionar. La luna continuaba su mezquina danza, acosándome a través de las ventanas rotas, atravesando las cortinas hechas jirones. Las lágrimas brotaron de nuevo, sin explicación, en mis ojos. Apenas fui capaz de llegar al dormitorio, escaleras arriba; todo se hizo oscuro a mi alrededor y mi último recuerdo fue el tenue sonido del colchón al hundirse bajo mi peso.

Los sueños me visitaron de nuevo, como todos estos años. Su voz me acompañaba en aquellas mañanas luminosas, disfrutando del mar y del olor de las naranjas frescas. Risas de niños y de nuevo su voz, llamándome por mi nombre. Vera. Abrí los ojos tras lo que pareció toda una vida. Me sentía descansado, y para mi sorpresa, algunos recuerdos del sueño permanecían todavía vívidos en mi cabeza. Me aferré desesperado a aquellas imágenes, a aquella felicidad. Imaginé de nuevo mi nombre pronunciado por sus labios, su risa cantando, llamándome. Risas, risas de niños. Busqué su rostro, pero se desdibujaba en la bruma. Solo el timbre de su voz permanecía atormentándome, recordándome que ya no estaba conmigo. Por reflejo abrí el armario, lo único suyo que había conservado en más de veinte años. Tiritaba de fiebre, pero tomé una de sus blusas blancas y hundi mi rostro en el tejido, intentando recuperar algo de su olor, arrebatarse de mi memoria su aroma. Los llantos de mi hija pequeña me arrancaron de ese recuerdo. Eran reales. Me estaba volviendo loco. Si no lo estaba ya, desde hacía años. Aquella certeza atravesó mi cabeza como una bala.

Todavía era de noche, pero no sabía si había dormido unas horas o varios días. Hacía veinte años que había destruido todos los relojes de aquella casa. Caminé en la oscuridad, pisando restos de insectos muertos y vidrios rotos. Me era fácil diferenciarlos después de pisarlos durante años; los insectos eran como arena seca, pero los cristales todavía se rompían de vez en cuando con un leve crujido. Iluminados por la luna llena, los cercos en las paredes, testigos invisibles de muebles que ya no estaban, eran ya fantasmas familiares; un vacío que el polvo no se atrevía a mancillar. A través de las ventanas sin cristales, el viento aullaba como un bebé desesperado por su madre. Mi hija lloraba desde el otro lado. Me llamaba desde ese lugar donde había enterrado todos los recuerdos perdidos: el sótano.

Había olvidado que había un sótano en aquella casa; había olvidado muchas cosas. Con la temblorosa luz de una vela como única ayuda, encontré la entrada, una pequeña puerta en la cocina, de donde salían las voces y las risas. En la misma cocina, lo único ordenado y vivo de la casa, había varios botes de mermelada de fresa colocados dentro de un aparador, envasados hacía poco. Tragué saliva con dificultad al recordar su propósito, aquella fórmula que había descubierto tras años de exóticos viajes por África. Años que habían desaparecido de mi cabeza y que ahora resurgían

de pronto, como un recuerdo prestado. Reflejado en el cristal del aparador, un desconocido de pelo cano me devolvía la mirada, que tenía un brillo febril y fanático. Palpé temblorosamente aquel rostro desconocido, aquella nariz enorme, aquella barba, extraña. Era yo. La voz de Vera insistía con más fuerza desde algún lugar del sótano. Abrí aquella puerta cuya existencia había olvidado y caminé por un largo corredor que desaparecía al llegar a unas escaleras descendentes. Sentí un abrazo brusco de humedad y olor a mar, viscoso y caliente. Las voces, nítidas ahora, me seguían llamando. Bajé.

Iluminada por una gran lámpara de gas, una casita de madera ocupaba el centro del sótano. Era una réplica exacta en miniatura de mi casa tal como había sido hacía más de veinte años. En ella me esperaban Vera y los niños, e incluso Malko, Satie y Pinpoe, nuestro perro y nuestros gatos. Oí mi nombre de sus labios, dulces y llenos de vida. Sus rostros se giraron hacia mí, felices por mi llegada. Los observé dichoso a través de las pequeñas ventanitas, al otro lado del hermoso jardín donde Pinpoe correteaba y me derribaba todas las tardes al llegar del trabajo. Vera me esperaba en la cocina, preparando mermelada de fresa y un bizcocho que me hacía la boca agua. Nadia y Nora, en el salón, jugaban con sus muñecas. Metí la mano por la puerta de la entrada y cogí a Vera con cuidado. La sostuve emocionado entre mis dedos. Tan hermosa, tan joven. Sus rizos, su sonrisa, su rostro, eran perfectos, excepto por aquellos dos lunares sobre una ceja. Volví a dejarla con cuidado sobre el césped del jardín, al lado de la pequeña fuente de peces de colores.

Me senté en el suelo. Esa era mi vida, mi familia. Cerré los ojos, llenos de lágrimas, y saqué una pequeña figura de mi maletín, que había encontrado apoyado en un banco de madera. No recordaba como había llegado allí. Era la figurita de un hombre joven y apuesto, de pelo negro y barba cuidada. Tenía ojos de duende y sonreía con seguridad. En su corazón, sabía que había un trozo de carne palpitante. Solo faltaba darle un poco de vida. Lo coloqué con cuidado al lado de Vera y junté sus manos para que cuando volviera a la vida estuviera con ella. Saqué el bote de mermelada del maletín, y llorando de felicidad tomé con mis manos su contenido, dulce y mortal.

ALFIL PEÓN DAMA

Cada vez que me encuentro con ella y nuestras miradas se cruzan me recorre un espasmo que me bloquea. La chica más dulce de aquel extraño lugar, la única que no germina en mí imágenes obscenas y la forzosa necesidad de ir al baño para sacármelas de dentro. Sin embargo, algo dulzón y malsano la ronda, como las moscas negras flotan sobre la fruta podrida. Su perfume me provocaba retorcijones. Náuseas difíciles de controlar. Sé donde llevan sus ojos azucarados de princesa, al final se casa con el tipo al que todos sacuden, del que cualquiera se aprovecha, y ella sufre, y sufre, hasta que ella misma, juega a ese juego. Lo he visto antes. Humo de cigarros, colillas y gritos. Peluches rotos y promesas incumplidas. Ella se mueve por las casillas blancas y yo por las negras. Por eso sonrío cuando me cruzo con ella por el pasillo, con mi café en la mano. Por que sé que no me ve.

Espero, impaciente, sentado sobre la taza del baño de cerámica azul, bendecido con tecnología que permite que excepto la suelas de tus zapatos y tu mierda, nada humano tenga que mancillar su perfección. Es lo mejor de este trabajo, apenas llevo tres meses y mis mejores momentos han sido aquí y en el cuarto de las fotocopias. Relacionándome con mis obsesiones. Sé que si alguien me viera en estos momentos, se moriría de miedo. Sonrío aún más mientras admiro por cuarta vez, la perfecta simetría de los azulejos, extasiado, evitando suspirar, temblando.

Diez y cuarto, siempre llega a esta hora. Fisgo quien entra y quien sale desde una rendija en mi cubículo. Me siento igual que si defecara en una capilla sixtina bastarda, dedicada a los ridículos dioses de la modernidad. Aquello que reptaba de forma casi imperceptible, apenas a cinco centímetros de mí, sobre el soporte de papel higiénico es un precioso y diminuto gusano, infestado de minúsculas patitas de color fecal. Es hermoso. Me estremezco de emoción y me muerdo la lengua, evitando hacer ruido. Lo contemplo mientras reprimo atormentado mi necesidad imperiosa de aplastarlo contra la pared. Recuerdo con cariño todos los animalitos que han conocido mi curiosidad. Tendrá que esperar, porque Marcos acaba de entrar y está orinando, como suele hacer a esta hora. Al terminar, deja su carísimo reloj sobre el inmenso lavabo azul, para lavarse las manos. Yo salgo de mi escondite, tras tirar de la cadena del retrete immaculado. Tengo que volver, necesito comprobar que ya he tirado. Odio hacerlo, pero no soy capaz de evitarlo.

—Que pasa, Marcos —saludo sin ganas.

Su rostro, su forma de mirar, con esos ojos hundidos y tristes, y su manera de andar, de hombros caídos, me traen violentas imágenes de hachas golpeando la carne, casi puedo oír el sonido hueco, como el que hace un coco al caer al suelo y partirse. Me imagino los torpes pasos de un cuerpo sin cabeza escupiendo sangre a chorros que alcanzan el techo. Siento la necesidad de huir de ahí y refugiarme en el baño,

pero no, respiro con esfuerzo y sonrío un poco para devolverle el contacto visual.

—Aquí andamos —responde sin pensar. Apenas me sostiene la mirada, pero sabe quién soy. Debe estar pensando algo agradable sobre sí mismo, reforzando su autoestima. Yo aún sigo viendo sangre salir a borbotones. Mantengo mi sonrisa y observo a mi alrededor. No hay nadie aquí ni tampoco en los retretes. Estamos solos. Evito la baldosa rota y me lavo las manos junto a él.

—Marcos. ¿Has pensado en la muerte alguna vez? —susurro.

—¿Qué?, perdona no te he oído —por la expresión de su rostro, sé que lo ha hecho. Le susurro de nuevo la pregunta, clavando mi mirada en él, sabiendo el efecto que provocan mis ojos negros.

—¿Perdón? —murmura incómodo, esbozando una estúpida sonrisa. Mientras, dejo que el silencio le sepulte un poco más, me lavo las manos despacio, observándole de forma indirecta a través del espejo. Cuando parece que va a salir de su estupefacción, continúo—. A veces me pregunto qué parte del cuerpo prefieren los gusanos al morir. Creo que lo que más les gusta debe ser el cerebro, aunque he leído por ahí que cuando eres un cadáver, se queda seco como una pelota.

—Tío, estás fatal —suspira nervioso y comienza a secarse las manos con prisa. Yo sigo hablando sin mirarle de manera directa.

—Dicen que estamos llenos de gusanos por dentro. Solo es cuestión de palmarla para que empiecen a salir un poco antes —añado. Su cara es un poema.

—Joder tío, estás jodido de cojones —y me esquivo de forma apresurada, sin siquiera abrocharse la bragueta y con la punta de la corbata mojada. Se ha dejado el reloj, sobre el lavabo, tal como pensaba que haría. Me lavo las manos un par de veces más antes de secármelas a fondo. Necesito tranquilizarme para hacer lo que voy a hacer. Con un poco de paciencia, dedos limpios y un pulso firme como el mío se puede lograr cualquier cosa. Cuando acabo, lo dejo dentro del cajón de su mesa sin que me vea, pero estoy seguro de que sabrá que he sido yo.

No espero que venga. Pasan los días, y evita mi mirada. Un día, mientras toma su solitario café de las nueve y media, no puedo evitarlo, cansado de esperar actúo movido por un impulso. Apoyo mi mano en su hombro, reprimiendo mi repugnancia y le sonrío cuando me reconoce.

—Encontré tu reloj en el baño, te lo dejé en el cajón ¿lo viste?

—Si... Si —tarda en contestar, batiendo sus pestañas cual cuervo moribundo, que descubre tarde que ha sido envenenado.

—Es extraño, me pareció ver un gusano dentro —espero. No responde—. Quizás estén empezando a salir, Marcos.

Ríe nervioso. Su cara se transforma frente a mí. Sus globos oculares se descuelgan como alpinistas obscenos por su rostro, reseco y comido por los insectos. Reprimo mi necesidad de ir al baño. Sonrío apretando los músculos de la mandíbula,

tenso. Se levanta y da un par de pasos atrás —estás loco—, susurra, pálido. Por primera vez, sé que me mira de verdad.

—Aléjate de Laura —es lo único que le digo, con una voz ronca, al punto de la náusea.

Parpadea un par de veces sin decir nada, buscando desesperadamente a alguien conocido con la mirada. Murmura algo, casi tropezando al girarse y se va despavorido. Yo voy en búsqueda del baño, lo necesito más que nunca.

LAS PUTAS TAMBIÉN LLORAN

Bunicuță. Era la única palabra que aún no estaba podrida en mi cabeza: Abuelita. Hacía tiempo que llorar había dejado de hacer efecto. Ni las lágrimas ni el agua limpiaban mi vergüenza, ni tampoco diluían el asco y la náusea. Dedos, lenguas. Caras, risas. Gemidos, olores acres y dulzones. Solo el alcohol y las pastillas servían. Me negaba a pronunciar su nombre en el idioma grosero de este país, el único recuerdo puro de mi infancia, y de lo poco que me importaba ya en esta vida. Bunicuță.

Gracias a su última carta reuní valor para huir de aquella pesadilla. Tomé algo de ropa en un pequeño bolso de piel. No me dejaban poseer nada, así que me vestí con las ropas menos llamativas que encontré y metí el poco dinero que había logrado esconder a Alín, no era mucho.

No miré atrás. No quería recordarlo, ni siquiera como despedida. Bajo la luz del alba, los zumbidos y chasquidos de los neones rosas y verdes del Maravillas que dejaba atrás, eran casi lo único que conocía de ese país abrasador y lleno de hombres que solo sabían gemir, gritar y maldecir.

Caminé por la carretera durante horas. Tuve tiempo para pensar en mi futuro, viendo la basura al lado del camino. Latas medio oxidadas, pañuelos de papel arrugados e incluso un oso de peluche sin brazos. Regresar no era una opción. Mi madre fue quien se empeñó en que me casara con Alín, me obligaría a volver junto a él, pasara lo que pasara, doliera lo que doliera, como hizo con mi padre. La familia lo era todo. Es un buen partido, me decía. Y yo también lo creí, pensando que cualquier hombre sería mejor que mi padre. Me equivoqué. Una anónima y descolorida lata rosa se cruzó en mi camino. La pateé.

La penumbra del amanecer había sido ya devorada por el sol cuando llegué a Arjonilla. Pese a ser Agosto tenía frío y los pies hechos trizas. Entré en el primer local que encontré y pedí un café. Moriría por un buen plato de bors, pero era imposible, lo mismo que todo lo demás. El camarero me miró como miran los hombres. Primero con los ojos, y luego con la boca. Vi mi reflejo en el espejo unos segundos antes de enterrar la mirada en el suelo y me senté en una mesa lo más alejada de la barra que pude. Ese olor rancio, aquel bigote. No sabía, ni quería saber si eran familiares. En ese preciso momento, sentí que mi mundo se reducía a la taza de café humeante entre mis manos. Toda mi vida se enfriaba sin remedio. Me negué el azúcar. No quería oler, escuchar o sentir. Tan solo pedía que el mundo entero dejara de existir, y que mi abuela me echara el chal por la espalda, mientras me susurraba palabras bonitas al oído. Sentir el murmullo de los jilgueros y el olor del Danubio, revivir estúpidos sueños acerca de ser modelo. Si cerraba los ojos y me concentraba todo aquello volvía a mí. Sin darme cuenta, una lágrima cayó al café. Y luego otra, en un lento fluir. Temblaba.

—¿Estás bien? —preguntó una voz a mi espalda. La ignoré.

—No quiero molestarte, pero me parece que necesitas ayuda —insistió.

Era una voz joven, con un fuerte y singular acento. No parecía andaluz, eso seguro. Odiaba a los andaluces. Aclaré mis ojos de lágrimas. Me observaba. Era un chico alto, joven, con barba de varios días. Tenía un aro metálico en la oreja y una pequeña melena asomaba entre los hombros. Unos ojos grises me observaban con curiosidad...

—Gracias. Estoy bien —dije.

—No lo parece. —Se sentó.

Sonrió.

—Te vas a meter en problemas —advertí.

Eso le hizo dudar unos instantes, aunque volvió a sonreír.

—Siempre que veo una chica en apuros me ocurre, no te preocupes. —No dejó de mirarme a los ojos mientras lo decía con una sonrisa estúpida.

Estrujé el papel del azucarillo entre mis dedos hasta que el azúcar cayó sobre la mesa. Le clavé mi mirada, esa mirada que sabía que paralizaba a los hombres. Lo hice sin pensar.

—Joder, me vas a dejar muerto en el sitio si me sigues mirando así —dijo con un acento muy gracioso.

Se me escapó una risa. Nunca había oído hablar así a un español.

—Vaya una sonrisa. Sí señor.

Estaba sentado a horcajadas sobre la silla y me miraba de una forma diferente. Hacía tiempo que no me miraban así: sin ansia, sin urgencia. Aún así, no me gustaba que me hablara de esa manera. Sabía lo que quería. Lo de siempre.

—No te molesto más, no quiero que pienses que soy un pesado. Por lo menos te he hecho sonreír.

Se levantó y sin más, se fue de mi vista. No pude, ni quise decir nada. El café ya estaba frío, sin embargo mis manos ya no temblaban.

El autobús a Jaén no pasaba aquel día por ahí, así que tuve que volver a caminar por la carretera hacia Arjona esperando tener mejor suerte. El camarero disfrutó viéndome salir del bar y yo dejándole de ver. Primero Jaén, luego no sabía.

El sol empezaba a ser desagradable, y los vaqueros demasiado apretados. Odiaba los zapatos que llevaba puestos, aunque no tuvieran tacón. Los coches empezaron a pasar a mi lado. Solo eran cuatro kilómetros, y la perspectiva de subirme a uno de ellos me aterraba. Pensar que quizás Alín se habría dado cuenta de mi marcha y había comenzado a buscarme me aterraba. No podría llegar muy lejos con mi calzado y con los ciento ochenta euros que llevaba bajo las bragas. Ni siquiera esas bragas eran mías. Eran de Alín, como yo.

Un coche frenó y se puso a mi lado. Pensé en Alín, pero no era su Audi. Era un coche mucho más pequeño. El chico del bar se asomó con una sonrisa por la ventanilla.

—¿Subes o qué?

Miré alrededor. No había audis, aunque los habría. Entré. Sobre el asiento del copiloto, descansaba una mochila medio abierta. La puse en los asientos de atrás y sin poder evitarlo, fisgué un poco con la mirada en su interior: una enorme cámara de fotos, con varios objetivos colocados en fundas.

—¿Eres fotógrafo? —pregunté por primera vez.

Unai, era de San Sebastián y uno de los mejores fotógrafos de España. Gracias a él, a ese café, y aquel día, ganó el Pulitzer, con una fotografía titulada «Las putas también lloran». Y solo fue la primera de mi carrera, muy lejos de Alín.

MIMOSAS

Era una cueva oscura. Una tenue luz surgía del agua que me llegaba hasta las caderas, dotando a la caverna de juegos de luces y sombras azuladas bailando alrededor mío. El agua estaba templada, casi caliente, y los peces plateados y rojos volaban entre mis rodillas jugando al escondite. Un olor a jazmín flotaba sobre la bruma. Musgo y pequeñas flores, aún tiernas, rodeaban los peñascos que sobresalían. Como un pastor entre los peces, caminé hacia delante, guiándolos por sus propios dominios, paladeando el sabor dulce del vapor. Las paredes de piedra eran suaves al tacto, como algodones pétreos. Una gota de agua cayó sobre mi frente, la cueva entera lloraba en silencio y las gotas que caían aquí y allá, eran el único sonido vivo. El ritmo de las lágrimas y el roce de los pececillos sobre mis piernas me acompañaron un rato, hasta que la oscuridad de la cueva terminó bajo la luz de la Luna que, colgada en el cielo, iluminaba un bosque alrededor del río. La brisa refrescó mi rostro y seguí caminando. El susurro de las hojas de los árboles acompañaba una noche cálida, casi pegajosa.

Al principio pensé que eran pájaros, extrañas aves de plumas de terciopelo. Pronto supe que no lo eran. Escuché palabras. Palabras extrañas, pronunciadas por una voz de niña. Susurros, ecos. Los propios árboles acompañaban aquella canción en completa armonía. En el silencio entre estrofas, ni el viento se atrevía a soplar, como si la naturaleza contuviera el aliento por respeto. Yo mismo dejé de respirar hasta que, de nuevo, la voz vino a mí. Sentí que me llamaba, pese a las palabras incomprensibles. Seguí el río, buscando el origen de aquella voz desconocida y frágil. Los peces trotaban a mi lado, deseando llegar, indicándome el camino. Incluso parecía que las piedras bajo mis pies se aplanaban, haciéndome el paso más fácil. Las estrellas parpadeaban alegres. Su voz se hizo más dulce, más próxima. Estaba cerca. Podía oler el aroma de jazmín, mezclado con otras flores para las que no tenía nombre. Un olor dulce y ligero, huidizo. Se escondía y volvía a aparecer en mi consciencia. Era incapaz de atraparlo, pero cada vez que respiraba estaba ahí, como los peces y las estrellas. Amarillas. Me imaginaba esas flores amarillas y con grandes pétalos carnosos. No vi flores, solo los grandes ojos de una muchacha, casi una niña, que cantaba en un idioma desconocido para mí. Aquella canción se repetía una y otra vez de forma hipnótica. Caminó hacia mí sumergida hasta la cintura, era menuda y delgada. Bajo la luz nocturna resaltaba la palidez de su piel. Su largo cabello fluía sobre sus hombros y sus pequeños pechos. Sus labios me sonrieron sin dejar de cantar. Los peces nos rodearon y ella siguió susurrando aquella canción, aquellas palabras líquidas en mis oídos, cosquillas en algún lugar de mi interior. Parpadeó lánguida, sus pestañas no tenían prisa. La luz de la luna se reflejaba sobre su nariz, iluminando solo la mitad de su rostro. Su ojo izquierdo brillaba, verde y cristalino, como el agua. La contemplé sin prisa, buscando peces que nadaran en aquella inmensidad. Su canto se convirtió en un susurro y se acercó hacia mí muy despacio.

Sentí su aliento sobre mi cuello y el tibio roce de su piel sobre mi brazo. Ella era la flor amarilla. Como un campo de melocotones en verano, su esencia dulce me desbordó. Sus labios rozaron mi oreja y un lento escalofrío bajó nadando por mi espalda. Paró su canción para reír y observarme con curiosidad, apenas a un palmo de distancia. Sus labios volvieron a cantar para mí, en silencio. Se giró hacia el río y sus dedos buscaron los míos. Me indicó que la siguiera, sin palabras. Volvió a cantar aquella canción alegre. Suave, dulce, sin prisa. Suspendido en aquellas hojas amarillas, flotando entre los peces. La seguí. Minutos, horas. Mil latidos mal contados. Cuando se daba la vuelta hacia mí para sonreírme veía su perfil y me estremecía: era el ser más puro que había conocido.

El río se ensanchó, hasta convertirse en un pequeño lago. Allí otras criaturas me esperaban, igual de hermosas, hermanas mellizas de aquella joven que aún me sujetaba la mano. Sus hermanas me dieron la bienvenida con curiosidad. Revoloteando alrededor de mí. Rozando con las yemas de sus dedos mis hombros, mi pelo, mis manos. Pacientes, escuchaban la canción de su hermana, que se balanceaba de forma plácida sobre el agua, flotando cerca de mí. El agua se hizo más profunda de repente y dejé de hacer pie, pero ella me sujetó la mano y me abrazó. Sentí por primera vez el tacto de su cuerpo sobre el mío, de sus manos sobre mi piel desnuda. Entornó los ojos con ternura. Calló. Suspendidos sobre el agua, solo se escuchaba el murmullo de una cascada lejana y las apagadas risas de sus hermanas que habían ido ya a la orilla y nos esperaban fuera del agua. Sin abrir los ojos, sus labios rozaron los míos. Poco a poco nos besamos. Flotando en aquella ingravidez, la humedad de su boca me inundó. Cerré los ojos y me hundí en aquella sensación de pérdida, de total abandono. Abrazado a su piel, encerrado en sus besos, llegamos a la orilla. Sus hermanas nos ayudaron a subir y tras sus manos llegué a sus labios. Ellas también me besaron y recorrieron mi piel húmeda, compartiendo con su hermana aquella intimidad, aquel aroma dulce y fresco. Su piel bajo la mía, sus risas cortas y alegres fluyendo sobre mi cuerpo. Sus cabellos desparramados sobre mis piernas. Lloré de placer, de dicha y me perdí en aquel bosque de gemidos.

Horas. Minutos. Vidas. Mis oídos despertaron, poco a poco, bajo el ronco sonido de otras voces. No recordaba haber cerrado los ojos, los abrí despacio. Seguía siendo de noche, pero ya no había luna. Ya no había cantos en la brisa. Sonidos ronc, gemidos cortos y rotos. A mi lado, otros hombres gemían de placer haciendo el amor con aquellas criaturas. Un picante y dulzón olor ahogaba mis sentidos, olor a sexo y sudor gastados, usados. Sobre mí, ella se balanceaba una y otra vez, pero su canción ya no era un susurro cálido sino un gemido roto y desabrido. Monótono. Su rostro, desfigurado por la tensión, parecía vulgar y malgastado. Sus ojos ya no eran estanques cristalinos, sino pozos turbios. Una mueca burlona reemplazaba su sonrisa. Su inocencia había desaparecido. Intenté moverme, huir. Mi cuerpo no respondía, lánguido e insensible, dominado. Mientras, ella me usaba a su antojo, desbastándome como a una rama de abedul, riendo a carcajadas, ásperas y desagradables.

Desperté jadeando y bañado en sudor frío. Eran las cinco y cuarto de la madrugada. La imagen vívida de aquellos ojos turbios y aquella mueca cínica permaneció en mis retinas sin poder quitármela de la cabeza. A ciegas, fui al baño y me mojé la cara sin atreverme a mirarme al espejo. La imagen poco a poco se desvaneció y las luces de los rascacielos bajo mi ventana la sustituyeron como un pesado manto de luces muertas. Pronto amanecería. Aquel aroma dulce y fresco volvió a mí por unos instantes. Quise llorar, sin saber por qué. Tomé dos dosis de trunk y rogué para que hicieran efecto pronto. Ni siquiera pensar en Joanne me quitó aquella sensación de encima. Algo malo se cernía sobre mí y nadie podía evitarlo.

MARIPOSAS NEGRAS

No llevaba mucho tiempo en Inglaterra. Como una francesita de provincias, lo primero que había hecho era buscar un piso compartido. Mi compañera de piso en Liverpool era una chica rumana muy guapa. Sabía que no era su nombre real, pero a ella le gustaba que la llamaran Mona. Encajaba bien con su carácter y su permanente sonrisa. Era difícil saber si se estaba riendo contigo, de ti o recordando algo gracioso. Tenía una mata preciosa de pelo negro y liso, lo llevaba cortado recto debajo de las orejas y un flequillo justo por encima de los ojos. A pesar de sus ojazos verdes su mirada era fría y de una tristeza lejana. Lo único que la afeaba eran las muecas y las palabrotas que, con su acento, sonaban todavía peor. Le gustaba mucho el alcohol, los porros y las pastillas —nunca faltaban por casa— aunque lo que más le gustaba era el dinero. Le gustaba vivir bien y dos chicas jóvenes y sin familia, como nosotras, lo teníamos complicado. Trabajábamos de profesoras en un colegio pijo como suplentes. Más que profesoras éramos las chicas para todo. Mona se había acostado con algunos profesores pero yo me hacía la loca cuando la veía venir sonriendo como un perro travieso, solo le faltaba mover la cola.

Por las noches y los fines de semana, trabajábamos en un *pub* para complementar nuestro ridículo sueldo del colegio. Era divertido y sacábamos muchas propinas, sobre todo Mona. El trabajo del *pub* lo encontré gracias a ella, por esa época, recién llegada de Francia, me costaba echarle cara a la vida. Un día me lo ofreció después de que, por enésima vez, le tuviera que pedir dinero por adelantado para hacer la compra en el supermercado. Ella siempre tenía dinero extra, no mucho, pero no faltaban caprichos en casa. También hacía trabajos extra de profesora por las tardes, venían a buscarla los padres a casa. Era mejor así, en aquel barrio, todos los hombres miraban siempre a los lados, como si evitaran a alguien.

Mona tenía un novio, era inglés o irlandés. Nunca supe muy bien de donde era exactamente, me parecía igual que todos aquellos ingleses malhablados, grandes como monos y sin afeitar. Se llamaba John algo. Yo le recordaba siempre por sus patillas, sus dientes amarillos y por cómo me guiñaba el ojo cuando me veía, como si fuera una estrella de cine. Le daba igual que estuviera Mona delante, me tiraba los trastos sin pudor. A Mona le divertía, decía que le gustaban los tíos así, muy hombres.

Esto ocurrió hace más o menos seis años, durante el apagón que hubo a causa del atentado en la gran central eléctrica de Manchester, en el 2206. Con la luz se fue el transporte público y las cámaras de vigilancia. La mayoría de los vehículos privados tenían el consumo racionado y nosotras íbamos a perder el trabajo. Los taxis eran carísimos. John era uno de esos tipos enamorados de los coches antiguos y tenía un Wayrhyn del finales del siglo XXI que funcionaba con hidrógeno. Se ofreció a llevarnos al trabajo, a cambio de una cita a ciegas con un amigo suyo, muy interesante, de España. Como yo era francesa, dijo que la cita sería internacional y

muy divertida. Con su acento de Liverpool aún sonaba más asquerosa la palabra «divertida». Pero no tenía más remedio, si perdía aquel trabajo no tenía nada más y no podía volver a casa.

Ya en el viaje de ida al colegio donde trabajaba me arrepentí, en el coche insistió que me sentara delante y el enorme anillo de su mano derecha, que parecía una araña, terminó en mi pierna varias veces. El anillo estaba frío, pero sus manos estaban muy calientes y varias veces se intentaron meter debajo de mis bragas ante la mirada perdida de Mona, que sonreía ajena a mis problemas. Sin embargo, impuse mis normas. La cita sería en nuestra casa. Ahí cada una tenía su habitación. Pensé que jugar en casa sería más seguro. Compartíamos un pequeño apartamento alquilado en un mal barrio de las afueras de Liverpool, donde salir sola de noche era una provocación.

Jesús, el amigo de John, tenía una barba cerrada y un fuerte acento castellano. No era de Barcelona, que era la única ciudad española que conocía, sino de una pequeña ciudad de provincias al norte. Sus ojos grises brillaban con inteligencia y perspicacia cada vez que John decía alguna guarrada estúpida. No tenían nada en común. Le bastaba una palabra o un entrecerrar de ojos para desactivar las paletadas de John. Pronto empezó a animar la fiesta con sus inverosímiles historias. Con su ridículo acento y sus giros inacabados, dejaba fuera de juego a John y a Mona, que no le seguían. Mona y John se pusieron ciegos de coca mientras Jesús contaba sus aventuras. No me gustaba cuando Mona hacía eso, su mirada se volvía turbia. Me sentía mal cuando la veía así, como en el *pub*. Nos lo estábamos pasando bien, hasta que John empezó a besar a Mona. No le importaba que estuviéramos allí delante, le empezó a meter mano debajo del pantalón y Mona se dejó hacer. John se giró y nos animó a imitarles, mientras Mona le lamía la oreja, con aquella sonrisa suya. Me sentí muy violenta. John era capaz de follársela en el sofá sin importarle una mierda. Mona ya tenía la mano dentro del pantalón de John. Miré a Jesús, intentando disimular mi nerviosismo.

—¿Quieres una cerveza? —me preguntó Jesús señalando la cocina.

—Sí —y pensé para mis adentros, «Pero vámonos de aquí».

En la cocina, nerviosa, tardé en encontrar el abrebotellas. Todo en aquella casa era un caos. Jesús no dijo nada, ni siquiera pestañeó cuando me tomé una pastilla rosa con forma de corazón. Eran las favoritas de Mona. Si estaba incómodo no lo parecía, quizás divertido por la situación, pero no incómodo. Le alargué una cerveza fría con la mano. Agradecí que no me dijera «tranquila». Odiaba cuando alguien hacía eso.

—Tu amiga es un poco peculiar —dijo Jesús.

—Tu amigo es un cerdo —dije. Él rio un buen rato ante aquel comentario. Mastiqué la pastilla. Sabía dulce y ácida.

—Es un tipo curioso. Le compré un coche usado y he acabado en esta extraña

fiesta. ¿Qué más puedo decir?, apenas le conozco —dijo, y dio un largo trago a su cerveza.

—Me dijo Mona que eras su socio o algo así.

—Eso pretende él, pero yo paso. No me gustan sus negocios —contestó Jesús y desvió la mirada.

—¿Qué negocios? —quise saber.

—Además de los coches... hay más cosas. Pero no quiero saberlas. Tenía curiosidad por saber cómo sería una fiesta así. No imaginé encontrar a una chica como tú en un sitio como este.

—Vaya cliché más viejo —solté poco amistosa. Estaba mareada, su olor era dulzón e intenso. Sentía la música subir por mis piernas, no podía dejar de menear el culo, incluso apoyada en la encimera.

—Ya, pero ¿qué pinta una chica como tú, en una fiesta organizada por un chulo que vende coches robados y tiene una montaña de coca encima de una mesa de plástico barato llena de mierda?

—Oye, te estás pasando —respondí sin acabar de procesar el torrente de palabras que me había soltado. La cabeza me daba vueltas. La puta música que venía del salón no ayudaba.

—John me invitó a la fiesta prometiéndome una orgía. Hace un rato, cuando fuiste al baño, me dijo que si no te animabas nos podíamos montar un trío con tu amiga Mona. Al principio pensé que era broma, pero ya he visto que iba en serio. Ahora dime que tú lo sabías. Estoy alucinando —a pesar de sus palabras, estaba gozando como un niño con aquella experiencia. Sonreía como un niño grande.

—¡Yo también...! Quiero decir, ¡claro que no lo sabía! —No me podía creer que Mona me hubiera metido en eso—, mientes —añadí de forma áspera. Sus ojos me analizaron unos segundos, brillaban. Se rascó en el cuello la incipiente barba y dio el último trago a su cerveza.

—Mira. No te voy a engañar, me pareces una chica lista, por eso te estoy contando esto. No me quiero complicar más la vida. No quiero nada contigo, pero me ha parecido que debías saberlo.

—Solo eso... ¿no? —pregunté todavía dudando.

—Solo eso —sus ojos brillaban. Mucho. Su mano rozó la mía. Transcurrieron unos segundos y sentí sus labios sobre los míos, fue fugaz. Un beso rápido. Insípido.

—Y esto —agregó con una sonrisa. Estaba borracho, yo también. Me estaba arrepintiéndome de haber tomado las pastillas de Mona. Sonreí y sentí que algo estaba mal. No quería sonreír y, menos aún, acercarme a aquel chico. Sin embargo, esta vez fui yo quien le besó, buscando su lengua con la mía. Era áspero pero muy sensual. Su acento español me hacía cosquillas entre las piernas. Empezó a hablarme en francés al oído. Me puso a mil. Nos besamos frenéticos y pronto sus manos estaban encima de mis tetas. Tenía un culo duro como una roca y pelos por todas partes. Mis manos pasaban por su pecho como un rastrillo por el césped. Hacía mucho que no estaba con

un chico así, me recordaba a Jerome. De repente estaba muy, muy caliente.

Pasamos corriendo por el salón sin mirar demasiado. Mona estaba encima de John, que estaba tumbado en el sofá. Su cadera se deslizaba líquida sobre él, corría sudor sobre sus pechos desnudos. Mona me sonrió con la boca abierta cuando pasé por delante. Nos encerramos en mi habitación y cerré con el pestillo. Una vez allí, Jesús me empujó sobre la cama y se puso encima de mí. Le besé sin contemplaciones, con los ojos cerrados, poseída. Sus manos estaban en todas partes. La imagen de Jerome me vino a la cabeza. Abrí los ojos y vi a aquel chico que no conocía de nada. Me estaba sacando la camiseta sin que yo todavía supiera qué quería. Me notaba húmeda. No recordaba donde estaban mis bragas y noté como sus manos intentaban abrir el sujetador. Cuando ya tenía un corchete fuera le empujé con fuerza.

—¡No! —dije furiosa, sin saber muy bien porqué.

—¿Cómo? —preguntó perplejo, pero aún con una sonrisa de confianza en los labios.

—Que no —bufé rabiosa.

—Pero...

—Te has equivocado conmigo —dije preocupada en abrocharme el corchete suelto de mi sujetador.

—¿Quién ha dicho que...?

—¡Fuera!

—¿Qué?

—¡Fuera he dicho!

—No me jodas, como me vas a dejar así ahora.

—¡Fuera o chillo! —grité nerviosa.

—Vale, vale. ¡Joder! Puta casa de locos —se puso la camisa, que se había quitado en algún momento y se fue cojeando, con un zapato en el pie derecho y un zapato en la mano.

Estaba temblando. «Ese hijo de puta casi me viola», recuerdo que pensé. Dudaba si llamar o no a la policía, y no sabía qué decirles en caso de hacerlo. Me había echado algo en la bebida. Seguro. Fuera, en el salón, Mona gemía de placer. Oí una breve discusión y un portazo. Luego Mona continuó gimiendo. Me tapé con las sábanas y lloré hasta dormirme. Desperté sin bragas y con resaca. El timbre llevaba sonando un buen rato en la puerta. Mona no estaba, así que me armé de valor y abrí. La última vez que llamaron y no abrimos el casero nos cobró la visita del fontanero. La casa estaba hecha mierda, ya no recordaba qué tenía pendiente de arreglar, alguna gotera lo más seguro. No hacía más que llover. Cuando abrí la puerta, no esperaba aquello. Jesús con una rosa en la mano. Cerré la puerta de forma mecánica, casi violenta, como un reflejo. Asustada.

—¡Lo siento! —dijo él al otro lado.

Me eché a llorar. Sin saber por qué.

—Lárgate —dijo Mona en la calle desde lejos— lárgate pero ya —añadió en un

tono de voz frío. Venía a paso rápido. Odiaba el sonido que hacían los tacones de sus botas altas. Cuando las llevaba, junto con la minifalda negra y el top ajustado, parecía una puta.

—¿Por qué? —Oí al otro lado decir a Jesús no muy seguro de sí mismo. Miré por la mirilla. Fuera llovía a cántaros. Jesús sostenía la rosa en la mano derecha y en la otra una bolsa con algo de comida, unos cruasanes o unos donuts, deduje por las manchas de grasa, que se mezclaban con las manchas oscuras que dejaban las gotas de lluvia al caer sobre el papel.

—Si no te piras, John va a venir y te va a partir la cara —dijo Mona.

—¿Por qué? —insistió en preguntar Jesús encarándola. A través de la mirilla podía ver como Mona esgrimía aquella sonrisa como una terrible arma. El silencio tenso se mantuvo durante unos momentos. Luego, ella sacó las llaves y abrió la puerta, apenas tuve tiempo de apartarme de la mirilla. Mona tenía unas marcas en la cara, como arañazos, y el cuello enrojecido, casi morado. Dejó la puerta abierta de par en par para que la viera Jesús y sacó su teléfono del bolso para llamar a John.

—Hijo de puta, te vas a enterar —gritó Mona. Estaba desconocida, parecía un gato acorralado. Jesús estaba lívido. Parpadeó un par de veces sin saber qué hacer. Tiró la rosa al suelo y me miró antes de decir:

—Vete de este lugar antes de que sea demasiado tarde —luego se fue sin mirar atrás.

Mona cerró la puerta y se metió en su habitación. Vi como Jesús bajaba por la calle en el coche que le había comprado a John. No me miró al pasar. En un charco, aplastada bajo las ruedas, estaba la rosa. A su lado había una nota de papel escrita a mano, la tinta azul ya se estaba corriendo. La lluvia seguía cayendo, inexorable.

Hasta el lunes siguiente, de vuelta al trabajo, no volví a ver a Mona. Hizo como si no hubiera pasado nada. Yo pasé el fin de semana sola, reordenando mis ideas, intentando recordar qué había pasado aquella noche. Desde hacía meses, había muchas noches en blanco en mi vida. Muchas lagunas. Muchas mariposas negras en mis sueños. El apartamento estaba poblado de botellas de alcohol vacías y restos de todo tipo dispersos por todas partes. Me miré en el único espejo sano de toda la casa. Aquella chica no era yo. Estaba demacrada. Parecía mucho mayor que la chica tímida y rolliza que vino de Francia.

El lunes el viaje al trabajo fue muy tenso. John no abrió la boca ni intentó nada conmigo. Lo único que me dijo en todo el viaje es que, si volvía a ver a ese tipo, lo mataría. Me quedé preocupada, pensando que me había librado de una buena. John no quería que me preocupara, tenía un amigo en la policía que le debía unos favores y que vendría a casa a vigilar por si aparecía de nuevo aquel cabrón. No lo entendí, pero le seguí la corriente.

Tras terminar la jornada de trabajo en el colegio, ya en el *pub*, cuando estábamos cerrando, descubrí a Mona en el baño, arrodillada sobre el regazo de un desconocido. Fuera, John contaba billetes de diez. Durante meses no había querido ver aquello y de

pronto, todas las piezas encajaron solas. Los espejos rotos, las pastillas en el baño. Las marcas en el cuerpo y en el rostro de Mona, sus idas y venidas en coches de extraños. En aquel momento, todavía con el uniforme del *pub*, quise salir corriendo, pero no tenía cómo. Lavé aquel cuarto de baño, y recogí los condones usados, como tantas noches había hecho. Ya no me giré sonriendo para desviar las chanzas de aquellos desgraciados.

De vuelta a casa, busqué desesperada aquel papel blanco con garabatos azules. Casi ilegible, con la tinta corrida por el agua, contenía un número de teléfono. Me aferré a aquellos trazos imposibles y tras probar decenas de veces, logré hablar con Jesús. Apenas hablé. Me preguntó si estaba bien. Entre lágrimas le dije que sí, que tenía que ayudarme a salir de allí. No hizo preguntas, vino a buscarme de madrugada. Recogí todas mis cosas en una bolsa de lona, la misma que traje cuando llegué a Liverpool. Me fui sin despedirme de Mona. Jesús apenas me miró, ninguno habló durante el trayecto al aeropuerto. Allí gasté todo mi dinero en un vuelo a París, y aún tuvo que darme algo Jesús. Espero que entendiera que en mi silencio y en mi vergüenza, había un agradecimiento infinito. Nunca volví a saber de él.

PAULA

Desperté en un bosque blanco, donde el musgo y la maleza eran sábanas y almohadas, donde las hojas de los árboles eran retazos de sueños, historias. Y me acordé de ti Paula. Recordé nuestras tardes de verano, tu pelo rizado y tu voz infantil. Evoqué tus esperanzas, tus ilusiones de bailarina y aquellas piernas largas, desparramadas por el suelo de la cocina de cuadros blancos y negros, entre risas, volteretas y más risas.

Casi dormido, casi despierto, como cuando venías a buscarme a casa de mi tío Alfonso. Bajo la almohada verde, ya suave de tantos lavados, mi mundo era completo. Solos, tú y yo. Éramos niños, y ni siquiera sabíamos lo que significaba todavía. Podíamos mirarnos a los ojos, reír como tontos y contarnos casi cualquier cosa. Todo menos lo que aún no existía, por que no sabíamos lo que significaban aquellas cosquillas, esas palabras sin letras, los calores sin color. Nuestras manos nunca se encontraron, pero torpes, se topaban con nuestros cuerpecitos casi infantiles. Jugamos a encontrarnos y a rebuscarnos. Juegos de niños, sueños de mayores, fantasías de por vida.

Vencejos locos y tomates maduros. Tardes de siesta en agosto, en la penumbra de casa de tu abuela. Risas y ecos de pisadas que rebotaban en las paredes verdes. Escondidos, nos entregamos a nuestros propios juegos, a tocar y ser tocados, a susurrar y escuchar. Cerrábamos los ojos, y no queríamos abrirlos, respirando aliento dulce bajo las sábanas, siguiendo ese juego, sin reglas, sin nombres, sin un propósito. Juegos de niños. Solo me queda tu nombre, Paula. Ya olvidé tu rostro, tu voz, tu risa infantil. Pero aún perdura dentro de mí, los días de siesta y sombra, bajo la almohada, aquel deseo de ser solo niño, y nada más.

VIVIR

No puedo evitar mover las caderas aunque me mire la vieja de enfrente. Qué sabrá ella. Sonrío y me veo reflejada en el espejo. Me encanta lo que veo, y me encanta cómo me odia la pobre anciana. Estoy por guiñarle un ojo, pero me contengo; esta gente siempre te arruina el día. No puedo dejar de sentir la música que llevo dentro de la cabeza. Saco morritos mientras me pinto los labios y miro de refilón al chico de al lado, que es mucho más agradable de ver. Sé que me quiere sonreír pero no se atreve, lo percibo en el brillo de sus ojos. Salgo del vagón con una energía que me transporta sin que yo lo pueda reprimir. Salto los escalones de dos en dos y me río cuando casi atropello a una chica joven y bajita que lleva a rastras lo que parece ser una guitarra. Tiene una pierna ortopédica, y antes de darme cuenta la estoy ayudando a montar su pequeña puesta en escena. Se llama Alegría y su voz me ha hipnotizado. Pienso en lo fácil que me resulta enamorarme de alguien así. Cuando comienza a tocar, no me arrepiento de haberla ayudado. Tiene una voz preciosa y la canción que toca, una de Agnes Obey, hace que parezca un ángel. No puedo evitar que se me humedezcan los ojos de pura emoción. Cuando acaba la canción y empieza otra soy consciente de que ya llego tarde, así que le dejo un euro en la cesta y me despido con la mano para no interrumpirla.

Salgo del metro; hace un día maravilloso. Me gusta la lluvia, y el cielo gris me trae recuerdos e ideas de planes por hacer. Olores de café y bollos, sabores de besos y promesas. Muchas promesas. Tanto por hacer, y son solo las ocho de la mañana. Roldán, el camarero del bar de debajo de la oficina, me saluda, barbudo, con expresión de niño y brillo en la mirada. Qué buenos ratos hemos pasado mientras me comía un bocadillo en la barra, acompañado de dos cañas. Este tío sí que sabe disfrutar de la vida. Divorciado, cuatro hijos y atado a la barra de un bar que entiende como la extensión de la mesa de la cocina de su casa. Todos sus clientes vamos por él, no por su café ni por las pequeñas cucarachas del diminuto baño. Todos sus clientes sabemos que somos especiales. Cuando no conozco a alguien, o cuando no lo recuerdo, él se encarga de hacer reír a uno hasta que el otro no puede evitar entrar en el juego. A partir de ahí es sencillo porque reconoces algo familiar, una necesidad, la de ser escuchado, la de hablar. Esa sonrisa fácil, esas ganas de oír la anécdota que cuenta Roldán, y entras. Entras. Al final siento que debería dejarle una propina, más como psicólogo, como amigo, que como camarero. La máquina pone el café, y él, el azúcar. Yo solo lo remuevo un poquito y me lo llevo calentito en el estómago hasta la oficina. Hoy no me da tiempo a tomar café, ya he pasado el rato con Alegría, la chica de la guitarra, y llego justa a la entrevista. De hecho, cuando entro en la clínica, Julia me mira de esa forma que significa que hay gente de fuera rondando, esperando. Frunzo la nariz y lo confirmo echando un vistazo rápido; la visita ya está en la sala de espera.

Natalia, creo que se llama. Repaso su ficha de memoria mientras busco su carpeta

en el cajón. Me quito los cascos que aún llevaba puestos y me miro en el espejo. Lista. Me pongo la bata. Entro en la sala y observo a Natalia, 24 años, muy joven. Tiene buen aspecto, un poco pálida si acaso.

—Hola, Natalia. Bienvenida. —Está tensa. Sus manos parecen sarmientos, se aprieta tan fuerte la rodilla que los nudillos se ponen blancos—. Perdona el retraso. Qué bien que una de las dos ha sido puntual —digo intentando romper el hielo—. ¿Quieres un vaso de agua?

—No, gracias —responde con una sonrisa lo más digna que puede.

Intento pensar en cómo animarla para que se encuentre cómoda. La decoración tan impersonal no me lo pone fácil. A ver si logro convencer a la dirección de que esto no ayuda, sino todo lo contrario.

—Bueno, hemos analizado tu caso y creemos que podrías entrar en el programa. El primer paso es esta entrevista, y luego tendrías que pasar una serie de exámenes más.

—¿Más pruebas médicas? —me dice, cansada.

Se derrumba. No puedo evitar posar mi mano sobre la suya y mirarla a los ojos en silencio.

—No. No más médicos. Solo un par de entrevistas para saber si de verdad quieres seguir adelante —le digo en voz baja.

No responde; está más allá de ese punto donde otros se echan a llorar, ya ha pasado por eso. Así que voy al grano.

—¿Por qué quieres morir? Aún te quedan años por delante.

—Si tuviera el valor de hacerlo yo misma, lo haría. Lo he intentado, varias veces. Pero siempre fallo, siempre me arrepiento en el último momento —dice con voz glacial.

—Lo sé. Por eso mismo nosotros debemos estar seguros de que ese es tu deseo —digo sin dejar de mirarle a los ojos.

—¿No va esa incertidumbre incluida en el precio?

El hielo se convierte en ácido corrosivo. Imagino los vómitos que siguen a sus sesiones de quimio. Ahora que me fijo con detalle, lo advierto: lleva una peluca y tiene las venas de las muñecas negras y encogidas. Lleva uñas postizas. Ese tono de piel, esas encías enrojecidas. El dolor jugando al escondite con el cansancio: cáncer.

—Verás, yo seré quien apriete el botón, y necesito saber que lo que deseas es eso y que no hay otra salida, que no existe nada más allá. Si no, no podría hacerlo, no importa cuanto me pagues.

Mis palabras han sonado más duras de lo que pretendía, pero su rostro permanece impasible. Pasa un minuto y por fin se relaja. Lo he conseguido. Adivino una media sonrisa en su rostro cansado.

—Debe de ser un trabajo duro —dice casi en un susurro.

No siente lástima de sí misma, solo cansancio. Lo he visto otras veces.

—Lo es —confirmo.

Le devuelvo la sonrisa.

—¿Lo harás? —pregunta, agarrándome de la mano y clavándome la mirada. Todavía queda vida en ella, queda fuerza. Lo sé, pero me lo guardo. Quizás solo le queda la suficiente para buscar su muerte, algo que ella misma ya no puede lograr. Siempre que llega ese momento me acuerdo de Nacho. Y siempre me pasa lo mismo: se me humedecen los ojos y empiezan a caerme lágrimas saladas por la cara. Regresan los recuerdos de ese interminable peregrinar de hospital en hospital, de los olores, los gritos de angustia y desesperación y las noches en vela, de médico en médico, buscando una cura, y finalmente, anhelando la única salida posible: una muerte digna.

—Sí. —Sonrío y lloramos las dos.

VERA

—Bueno, ¿te vienes o no? —preguntó mi amigo Daniel, insistiendo en que nos fuéramos de la fiesta.

Estaba cansado y el único que tenía ganas de seguir era yo. Y ella, claro. Habían pasado años desde que vi a Vera por última vez, justo antes de entrar en la universidad. Pero ahí estaba, tal como la recordaba: alta, rizos morenos, ojos negros, casi gitana. Llena de vida, con ese cuerpo elástico y sinuoso que recordaba tan bien. Sus ajustados pantalones de cuero habían estado siempre ahí, en el fondo de mis recuerdos.

En diez minutos, que a mi amigo Dani le parecieron eternos, logré hacerla reír. A partir de ese punto solo tuve que escuchar y no dejar de clavar mi mirada en ella. Un roce, un silencio sostenido y una broma mal apagada. Ocurrió. Esquivé su primer beso; por error, o quizás por reflejo.

La pantera sacó las uñas.

—¿Qué pasa?, ¿no quieres besarme? —guaseó Vera. «¿Qué ha pasado?, ¿qué ha pasado?», pensé yo, todavía aturrido por aquel inesperado movimiento.

—No... No ahora —respondí sin más.

Y era cierto, pensé; me gustaría hacerlo, pero a mi manera, no rodeado de ruido y empujones. No turbios de alcohol. No se lo dije; sonreí y aparté sin pensar un rizo de su cara, de sus labios. El contacto de las yemas de mis dedos sobre su rostro enmudeció todo a mi alrededor. Su sorpresa dio paso a la diversión y luego volvió titubeando a la incredulidad.

—Pero, ¿qué pasa? ¿Estás con alguien? —preguntó.

—No. —Saboreé la brevedad de aquella palabra, dulce.

—Entonces ¿qué pasa? ¿No te gusto? —preguntó, espoleada por el orgullo.

—Desde el instituto hasta hoy —contesté al instante.

Era la verdad. Torpe, sin detalles. Rio tapándose la boca con la mano y desviando la mirada. Se transformó de nuevo en la Vera a la que observaba a escondidas en clase.

—Nunca me dijiste nada, no imaginaba que fueras así —tanteó ella.

—Así ¿cómo? —pregunté sin dejar de sonreír.

—Tan... —empezó a decir, acercándose despacio.

Puse un dedo sobre sus labios y sonreí.

—Pero ¿qué te pasa? —preguntó, excitada por aquella negativa continua.

En mi interior se retorcía un revoltijo de emociones. Disfrutaba cada segundo de la expresión de su rostro: sorprendido, cabreado, divertido. No tuve que responder: Dani me cogió del brazo y me dijo que se iba. Podía irme con él o quedarme ahí con ella, colgado, sin forma de volver.

—¿Te vienes? Te acompaño a casa —afirmé sonriendo.

Ella, divertida, dudó unos instantes, pero al final me cogió del brazo y caminamos

juntos detrás de Dani, que maldecía en silencio. Ya en el coche, me senté en el asiento de copiloto y no dejé de observarla por el espejo, dejando que cazara mis miradas. No nos dijimos nada en el trayecto. Dani aportó la cháchara de fondo que necesitaba para hacer lo que mejor se me daba: acechar en silencio, observándola a placer. Tras despedirnos de mi amigo, nos quedamos a oscuras en las escaleras que subían al portal de su casa. A solas. Con mis manos sobre los límites de su cintura, haciendo equilibrios.

—Bésame —ordenó.

—No —repetí.

Bufó. Rio. Pataleó, pero no soltó mi presa. Mis dedos, largos, se deslizaron con suavidad por aquel pantalón.

—¿Me tocas el culo pero no me besas? —exclamó incrédula.

—No —sonreí todo yo, intentando evitar que notara el bulto en mis pantalones.

Las yemas de mis dedos, tímidas, tenían conciencia propia. Ella temblaba. De rabia, de excitación. En aquella penumbra solo podía ver el brillo de sus ojos y de sus labios húmedos. Se encendió otro cigarro. La noche era húmeda, fría. La niebla nos rodeaba y el silencio era total. Podía oír el sonido de cada hebra de tabaco al arder, y sentir como el humo se colaba en sus pulmones cuando aspiraba. Mientras, mis dedos reptaban encima del cuero, avisando a su piel.

—¡Qué me beses! —rogó, a escasos centímetros de mi boca.

Olía a menta. Estaba obsesionada con el sabor del tabaco, según me confió más adelante. Cada chicle que abría era un beso perdido.

—No. No ahora —repetí, devorándola con la mirada.

—Ahora o nunca —amenazó desafiante.

No respondí; las puntas de mis dedos bordeaban la frontera.

—¿No me vas a dar un beso, uno pequeño, un pico? —imploró.

Seguí en silencio. Esperé, parpadeé un par de veces, esperando que terminara de darle aquella última calada. Acerqué mis labios y los rocé con los suyos, lo justo para notar su carne tierna y cálida, casi imperceptible, como una mariposa. Mis manos levantaron el vuelo y bajé un escalón. Sabía a tabaco. Ahora ella era más alta. Desde aquel ángulo, sus rizos oscuros le caían sobre el rostro, ocultándolo. Sus ojos incrédulos y sus labios entreabiertos eran lo único visible. Bajé otro escalón. Tabaco y menta.

—Te llamaré —fue lo único que supe decirle.

Ella se volvió y, sin decir más, entró en el portal y desapareció en la luz, metamorfoseándose de nuevo en ella; la chica del instituto a la que observaba a escondidas. Vera.

EJERCICIO PRÁCTICO

Fácil no va ser, pero ya me he comprometido. No voy a dar marcha atrás. Ella tampoco lo haría, no sería capaz. No sé cuales serán, pero seguro que también ella tiene sus demonios ocultos. Se me ocurren algunos, sucios y morbosos. Lo siento en la humedad de su mirada y en esos párpados que se deslizan sin prisa sobre los enormes ojos negros. Algún día me gustaría preguntárselo, pero quien tiene la correa ahora es ella. Maldita sea, ella y sus ejercicios. Sus tareas, sus buenos propósitos y su maldita paciencia.

Eso, eso, no pienses en ello. Piensa en otra cosa. Empiezo a sudar. Siento un frío húmedo detrás del cuello y una breve náusea que me sube desde el estómago. Trago saliva. Tiemblo. Oh, Dios. La gente me rodea y me aprieta. Mi corazón late tan deprisa que se me nubla la vista. No los mires, sabrán que algo te pasa y te mirarán más. Más aún. No lo pienses, respira despacio. Fija tu mirada en esa morena, cómo me gustan sus pendientes. Y sus labios; no sé si me atrae el color o lo jugosos que parecen. Eso es. Imagínatela a solas, dentro de un armario; ¿no sería mucho más fácil todo? Maldita suerte. ¿Por qué yo? ¿Por qué a mí? No puedo, pero debo. Me lo he propuesto. Respiro, casi en un suspiro, y un chico joven sin afeitarse y en chándal me lanza miradas descaradas con sus ojos marrones. Huelo desde aquí su sudor acre asaltando mis fosas nasales. Las luces me deslumbran y me estoy mareando, con gente acosándome en todas direcciones, sin poder moverme. Mi piel está húmeda y pegajosa. No puedo quitarme la chaqueta y el pañuelo del cuello está empapado. Me quedo sin aire, Dios. El techo; mi única opción es mirar al techo. Me esta dando un ataque de pánico. Lo sé. Otra vez. Respiro despacio. Respiro. No lo soporto, me vuelve a picar el antebrazo. Otra vez esa alergia que todos los médicos dicen que no tengo. Pero me imagino las ronchas rojas debajo de la ropa. Ahora me pica también el hombro, y no puedo ni moverme. Solo pensar que alguien me toque me provoca histeria. Me escurro hasta el único hueco de todo el vagón. No puedo respirar y todavía no ha arrancado el metro. ¿Cómo puede la gente soportar esto todos los días? Mi sudor huele raro, ¿soy yo? Dios mío. Creo que me voy a morir. No puedo respirar. Intento no cerrar los ojos, pero lo hago. No sé cuanto tiempo pasa. Los abro y el mundo sigue ahí.

Oigo que mi parada es la próxima. ¡Por fin! Aire, necesito aire, pero no quiero respirar esta mostaza caliente infecta. Salgo evitando los empujones de la gente y engullo una bocanada de aire viciado. Una vieja me mira como si se me estuviera cayendo la cara a pedazos, pero no me importa; ella está vieja y su piel está hecha mierda, seca, arrugada y llena de manchas. El vagón de metro se mueve detrás de mí como un animal cabreado. Me observo en el cristal del vagón en movimiento, una cascada de luz y metal que fluye hacia un lado, ajeno a mi angustia. Fugaz y vibrante, un retrato clásico en blanco y negro, fundido en sombras. Todos los demás desaparecen por un segundo y durante un breve instante me olvido de que estoy en un

agujero en el submundo. Sonrío y respiro con asco. Casi no tengo fuerzas para subir las escaleras, pero debo hacerlo. Ojalá pudiera desplomarme aquí mismo y acabar en un hospital limpio, luminoso y tranquilo. Pero si me cayera aquí, con toda la roña, con tantos extraños, sería como estar en el infierno. Tengo que salir de esta topera, respirar aire puro, como sea. Solo quedan dos tramos de escalera inhalando este aire ponzoñoso y viciado, infestado de bacterias y gotas microscópicas de las babas de los sacos de carne que me rodean. La cinta de goma de la escalera está pegajosa, lo noto a través del guante de piel de la mano derecha. Me duele el brazo, debo usar más el otro; se me está deformando el codo de tanto usarlo. Sonrío como la perra que soy. Esquivo un par de chicles pegajosos en el suelo y algo que parece un escupitajo. Es repugnante, pero mi mente se entretiene en pensar en la boca del que lo expulsó y lo que comió aquel día. Tengo ganas de vomitar. ¿Por qué me torturo de esa manera?

¿Y mis gafas de sol? ¿No están donde deberían? Oh, Dios; oh, Dios, ¿no me las habré dejado en la consulta? ¡Uf!, no, están aquí, con mi reserva de toallitas higiénicas, dentro del bolso. El mundo es maravilloso teñido de azul. Siento ese frío que activa mi organismo y que se me mete por debajo de las piernas, entre la piel y el cuero. Me excita. Sería feliz si fuera invierno todo el año. Me arreglo el pañuelo del cuello. Esquivo las miradas de dos viejas y un hombre alto y barbudo que me mira con descaro y me deslizo sin tocar la puerta de salida. El segundo escalón, el tercero, y el quinto. Repito el patrón, escuchando el sonido de mis tacones en el cemento. Casi olfateando el jabón de manos de casa, anhelando la crema hidratante tras el baño caliente, casi ardiendo. Quedan dos horas, pero ya ha pasado lo peor. Me echo un poco de perfume y me perfilo los labios en el inmenso ventanal de un restaurante mientras los hombres de dentro me devoran con la mirada. Mi mente se evade, vuelvo a ser yo misma. Tras un corto paseo llego a la dirección, paso ante la portería y entro en el ascensor. Mis guantes de piel crujen cuando pulso el botón de la cuarta planta. Dos hombres maduros, engominados y trajeados me miran de arriba a abajo.

Mi cliente me espera ansioso. Le enseño las esposas y me sonrío con malicia.

EL ABUELO

No puedo ni oír mis pisadas sobre el asfalto, amortiguadas por el crujido de las hojas que el viento arroja, sin valor, por todas partes. Viejas y amarillas, como yo. Recuerdos de una primavera llena de ilusiones. Risas, promesas, pieles tibias, cosquillas. Julia. Ha pasado tanto tiempo que solo recuerdo su olor, y retazos del fuego de mis entrañas, al sentir el tacto de su piel bajo la yema de mis dedos. Mi memoria deshilachada perdió sus risas, y el sabor del café en sus labios. Fue, quizás, mi primera vez, mi primer café. Mi primer beso. Pateo las hojas, dolorido, harto. Hay tantas que no veo el camino. No, me engaño, ya no hay camino, solo hojas. Reminiscencias marchitas que llevan a otras memorias: el olor del pan recién hecho por la mañana, los ojos somnolientos de Nadia y sus besos perezosos. Chopin sonando de fondo, y el aroma de su pelo sin lavar sobre la almohada. Ya no quedan lágrimas en este viejo cuerpo, solo recuerdos. Ya no queda dolor, únicamente tristeza. Retazos de lo que fue, que se mezclan y se pierden, recuerdos que no valen nada, como las hojas amarillas en un anochecer cualquiera. Agacho la cabeza y pienso que es preferible morir ahora, antes de que mi única obsesión sea que alguna vez tuve recuerdos hermosos. La mano nudosa que sujeta el bastón ya no es mi mano, llena de manchas, débil.

...

—Dios, qué viaje más raro —siseó Gabriel al desconectar el reproductor holístico y volver a ver el mundo con sus propios ojos.

—¿Otro concierto rollo? —preguntó Becca.

—No. No. Era un viejo que caminaba por una calle. Sus recuerdos eran —dudó por unos instantes, buscando el adjetivo más apropiado—... intensos, y el viejo, no sé cómo decirlo. Guau. ¡Todavía estoy flipando! —Becca cogió el chip de memoria y lo puso en su reproductor.

—¿Dónde te quedaste? —preguntó Becca a Gabriel, que todavía estaba aturdido.

—No sé —es lo último que oyó Becca antes de iniciar la reproducción en una posición aleatoria.

...

Elia me contempla hundida en la cama, en paz. Sus ojos azules, a pesar de la edad, me parecen ahora tal como eran cuando la conocí: Grandes y apacibles, como si vieran lo que había dentro de mí, como si el tiempo no transcurriera, como si no estuviera muriéndose. Su rostro era otro, surcado de arrugas y bordeado de pelo blanco. Sin prisa, como siempre, me sonrió. Su mano quedó atrapada en la mía, mientras me aferraba al recuerdo de sus risas, al peso de sus abrazos amortiguados a

través de la ropa, de su cabeza bajo la mía, y de la sensación de su cabello enredándose con los pelos de mi barba. Las lágrimas ya no me dejaban ver, solo podía sentir las rodar por mi rostro, rodeando mi barbilla, escurriéndose por mi cuello, diluyéndose, como ella.

...

Becca comenzó a llorar, ahogándose en aquellas emociones ajenas tan poderosas. Su hermano, preocupado, pasó el brazo izquierdo sobre ella, examinó sus enormes ojos color aceituna. Sus lágrimas le conmovieron y aguardó a que ella, entre lloriqueos, le dijera qué estaba pasando.

—Po... po... pobre hombre —balbuceó, sorteando lágrimas, mocos e hipo.

—Déjame un poco más —pidió, y Gabriel tomó el chip de memoria del visor de su hermana.

...

¿Y si algo sale mal? ¿Y si Elia muere en el parto? Oh Dios, ¿por qué le habré hecho caso? Deberíamos estar en un hospital mejor. Está sufriendo mucho, pero ya no hay vuelta atrás. Los médicos saben que está aquí, saben lo que hacen, oh dios, es horrible, es... ¡Dios! ¡Dios, su cabeza! Saca la cabecita. Mierda, ¿por qué está tan blanquita?, ¡qué pequeña es!, ¡oh! ¡Oh! Lloro. Lloro. Está bien, ¡está bien! Malditas lágrimas, siento ganas de llorar y de reír. Elia llora de felicidad, como yo. Lucía. Mi hija. Cojo su mano y lloro sin control, soy feliz.

—Está todo bien Elia, tiene sus cinco deditos —le digo con la sonrisa más grande de mi vida. Me limpio los mocos y sonrío como un tonto al médico que me la acerca sonriendo.

—Felicidades —me dice. Y yo la cojo y miro su preciosa carita. Lucía me coge el dedo índice con su manita y abre los ojitos por primera vez.

...

Ahora el que lloraba era Gabriel. Becca dudó unos instantes, y de nuevo tomó el chip para acceder a otro recuerdo de aquella misteriosa memoria que habían encontrado fisgando en un cajón de su madre. Aquello no era una ficción, ni un recuerdo robado. Era una vida. Una vida increíble.

...

Me voy. Lo sé. Lo deseo, estoy tan cansado que parezca hundirme sobre la nieve, como la rama de un árbol recién cortada. No siento la cama, ni la manita de mi nieta bajo la mía. Tan bonita. Igual que su madre a su edad, con esos ojos grandes y pacíficos, que observan todo con curiosidad e inocencia, arrebatando una sonrisa

espontánea. Mi última sonrisa será para ella. Su rostro infantil, su candor, será mi último recuerdo. Gracias por estar ahí, Rebeca. —Tu abuela me espera al otro lado, no llores por mí— balbuceó. Ya no puedo hablar, pero los pocos recuerdos que todavía hay dentro de mí, me dan el calor que necesito para mi último viaje. Esta ha sido una gran vida. Gracias.

...

Un llanto silencioso, profundo desconsolaba a Becca.

—¿Qué pasa?, ¿qué pasa? —preguntó la madre de ambos, entrando a zancadas en la habitación, preocupada por los llantos de su hija adolescente. Gabriel no supo qué decir, aunque era obvio, porque su hermana sostenía el chip de memoria en sus manos, como si quemara, o tuviera un valor incalculable.

Su madre los miró, y su expresión tensa se relajó. Sonrió con cariño y se agachó, sentándose en el suelo con ellos. Cogió entre sus manos las de su hija y la miró. Sus ojos le recordaban a los suyos, y a los de su madre. Lloraba, y lloraba, hasta que abrazó a su madre, como hacía cuando era pequeña y no podía dormir. Hacía tiempo que su hija no la abrazaba de aquella manera, y Elia lo echaba de menos. Los recuerdos que contenía aquel chip también le hacían llorar a ella, pero sentirlo de vez en cuando le hacía muy feliz, le hacía sentir que no había muerto, que su abuelo y sus padres estaban todavía con ellos.

LÓGICA INVERSA

—¿Qué hacemos ahora? —preguntó Uno.

—Mierda, mierda, mierda, os dije que... —empezó a decir Dos, pero Tres lo fulminó con la mirada.

—Tranquilos —dije yo, intentando que no me temblara la voz.

Nos miramos los cuatro. Los ojos azules de Uno tenían las pupilas dilatadas. Solo pedía que dejara de meterse por un día, maldito imbécil. En qué puto lío me había metido aquel desgraciado. ¿Por qué se me habría ocurrido juntarme con aquellos pringados?

—¿Quién cojones ha pisado la alarma? —gritó Uno a los cuatro vientos.

Las cuatro o cinco personas tumbadas en el suelo nos miraban con pavor. La tipa del mostrador estaba pálida y tenía la blusa azul llena de ronchas de sudor.

—¡Esa! ¡Ha sido esa zorra! —señaló Dos con odio en la voz.

Uno le puso la pistola en la sien y la miró con aquellos ojos de loco que tenía siempre que iba a liarla. Yo ya conocía a qué llevaba esa mirada y aun así estaba aquí. No podía entender por qué.

—Deja a la señorita, gañán.

Pronuncié despacito aquel «gañán» que sabía que odiaba tanto. Prefería distraer su atención antes de que se le fuera el dedo. Como no me hacía caso, me interpuse entre el cañón de la pistola y la mujer. Mal paso. Una vaharada de perfume entró flotando por mis fosas nasales y provocó un torrente de emociones, ansiedad y náusea. Amargos recuerdos del pasado.

—¡Pégale un tiro! —grité—. ¡Y luego a ese gordo cabrón! —Señalé al guardia de seguridad, que hacía lo posible para pasar desapercibido—. ¡Venga, a que esperas, gañán! ¡Reviéntalo!

—Tranqui, tío... Suave, suave —balbuceó Dos.

—Bajad las armas. ¡Ya! —ordenó Tres.

Nos miramos de nuevo. Allí estábamos, con pasamontañas en la cabeza, dos pistolas, una recortada y una porra extensible. Encerrados en una sucursal bancaria de mierda en un pueblo perdido de la sierra. Durante un instante pensé que si Uno no lo hacía, lo haría yo. Odiaba cómo me miraba aquel guardia de seguridad. Odiaba su uniforme. Inspiré. Uno... dos... tres... cuatro... cinco. Expiré.

—Bien. Todavía seguimos vivos. Miradme. Todos.

Seguimos las palabras de Tres hasta llegar a sus ojos. Su mirada era firme, era lo único que nos unía. Era lo único firme en nosotros.

—Cuatro, vigila la puerta sin que te vean desde fuera. Si viene alguien, avisa. Uno, tú te vienes conmigo. Dame esa pipa —ordenó, y sin esperar a que se la ofreciera se la quitó de la mano. La mujer del mostrador respiró aliviada—. Dos, tú vigila a estos tipos. Si alguno se intenta levantar, primero le pegas una patada, y si insiste y no te queda más remedio, le metes un tiro. ¿Estamos?

—Eeeh... —empezó a decir Dos.

—¿Estamos? —volvió a preguntar Tres, abrasándole con la mirada.

—Sí... Sí. Entendido.

—Vamos, Cuatro, a la puerta. Dos, vigila a estos capullos. ¡Vamos, vamos, vamos!

Tan pronto como lo dijo, desapareció con Uno en un cuarto adjunto al despacho de la directora. Empujó de malas maneras a la jefa de la sucursal, que no había dicho nada hasta el momento. La mujer, que no era ninguna niña, aguantaba el tipo con dignidad. Era desagradable verla en aquella situación; la serenidad con que afrontaba la situación era asombrosa, pero peligrosa para ella. Evité la tentación de saber más y me alejé de aquel cuarto; me acerqué con cuidado a la puerta de entrada y entorné las cortinas de la cristalera principal sin dejar de vigilar al gordo de seguridad. No me fiaba de él. Ni de Dos. Ese gilipollas no sabía ni atarse los cordones, mucho menos manejar una recortada. Aquello era un puto desastre. El único lado bueno era que en aquel pueblo de mierda, los nacionales tardarían como poco veinte minutos en llegar. Teníamos que salir pitando antes de ese plazo, y ya había pasado más de la mitad.

—¡Zorra! ¿Cómo que no tienes dinero? —Oí que gritaba Uno en la sala.

Un golpe seco retumbó por toda la oficina, seguido del quejido entrecortado de una mujer. Me estremecí. Pero no podía hacer nada, aunque no me gustara. Las tripas me pedían que saliera corriendo de ahí, pero ya era tarde. Uno de los tipos del suelo tosía sin querer llamar la atención. Yo empezaba a sudar debajo del pasamontañas, y mis dedos acariciaban el tibio metal del gatillo. Aquella M82 me recordaba tiempos mejores. Miré a mi alrededor; solo había tres clientes en el suelo además del gordo. El tío de patillas y coleta, el trajeado y una chica guapa que no paraba de mirarme, nerviosa. Eché un vistazo a través de las cortinas de la cristalera; nada. El coche estaba bien aparcado, no pasaba nadie por la calle. Volví mi atención al interior. El gilipollas de Dos se había puesto a beber un vaso de agua, y el guardia de seguridad se estaba levantando con sigilo; bueno, con tanto sigilo como podría moverse el gato panzón de una abuela acostumbrado a seis comidas al día.

—¡Eh, tú, puto gordo! ¡Al suelo! —grité, apuntándolo con la pistola. Podía ver que el seguro estaba puesto. «Mierda», pensé. Sin chistar, el tipo se dejó caer al suelo. Me acerqué y lo miré. Lo conocía de algo, era una sensación rara. Miraba nervioso a la chica, y yo la observé con descaro. Era extraño; sabía que no la conocía, pero sin embargo me era familiar. Demasiado.

—¿Te conozco, guapa? —le pregunté agachando el cuerpo, casi hasta poner mi cabeza en el suelo, intentando verle el rostro semioculto.

Se le erizó la piel y evitó confrontar su mirada con la mía. Tampoco habló; noté su aliento nervioso y entrecortado. Sin verlos apenas, adiviné que sus labios llevaban un carmín rojo oscuro. En su aterciopelada piel, el vello casi invisible de la cara se movía tenso al compás de su respiración. Casi podía saborearla, dulce y caliente. Un ruido metálico hizo que me levantara, excitado y aturdido. ¿Qué coño me estaba

pasando?

—¡Uno! ¿Cómo vais ahí dentro? —pregunté a gritos.

Giré sobre los talones varias veces para revisar cada rincón de la oficina. Todo el mundo seguía ahí. Menos Dos, que había desaparecido de repente. Oía los latidos de mi corazón bombeando a todo meter.

—Mierda, Uno, ¿cómo vais con el dinero? —volví a preguntar.

Sin respuesta. Se oían unos gemidos débiles en el cuarto de la caja fuerte.

Uno. Dos. Tres. Cuatro. Cinco. Respiré hondo. Sin respuesta. El gordo de seguridad se incorporó muy despacio frente a mí y me sonrió.

—Déjalo. Tus compañeros te han dejado tirado. ¿No lo entiendes? ¿No ves que no tiene sentido?

—¿Estás de coña? ¿Quieres que te reviente ahora mismo? —pregunté, amartillando la pistola y quitándole el seguro.

Una bala sin disparar cayó al suelo. El tintineo duró unos instantes, rompiendo un silencio metálico. El gordo movió lentamente el brazo y señaló el trozo de ventanal por el que aún se veía la calle. Ahí estaban los tres, corriendo hacia el coche con las bolsas de deporte llenas colgadas de la espalda.

—¡Mierda! —exclamé abatido.

Di un par de pasos atrás y topé con la fuente de agua. Hizo amago de caer, y en el momento en que desvié la mirada, el gordo voló hacia mí. No pensé. Intenté golpearlo con la culata pero el cabrón era hábil; me quitó la pistola y me pateó los huevos. Cuando quise darme cuenta me estaba apuntando. Todo el mundo se puso histérico, pero lo único que yo sabía era que ese cabrón iba a pagar por todo, por todos. Pasara lo que pasara.

—Puto mierda. No tienes cojones —grité.

Me levanté hacia él y sonó un disparo. Sus ojos se abrieron de par en par. Sentí un dolor intenso en el costado, como un arañazo profundo. Me había dado; aquel cabrón me había dado. Sin embargo no me miraba a mí, miraba detrás de mí. No esperé a tener otra oportunidad; le arranqué la pistola de la mano derecha y le metí cuatro tiros a quemarropa. No iba a darle otra oportunidad.

No sabía si la sangre que tenía en mi costado era suya o mía, pero me dolía.

Un débil gemido detrás de mí rompió el silencio que había seguido a los disparos. Me giré y vi a la chica en un charco de sangre. De alguna forma, el disparo me había rozado pero la peor parte se la había llevado ella. De su cuello salía a borbotones la sangre roja y brillante. Sin dudar, me lancé al suelo e intenté taponar la herida de la chica, que parpadeaba histérica. Me miraba aterrada con aquellos ojos oscuros abiertos como flores negras. Apenas respiraba, pálida, casi transparente. La vida se le escapaba a cada segundo. Intenté hacer presión con la mano izquierda, pero había demasiada sangre. La aferraba fuerte, casi estrangulándola. Ella lloraba. Yo también. Mis lágrimas caían sobre ella, y las de ambos se mezclaban con la sangre que corría entre mis dedos. Era incapaz de evitar que se desangrara. Grité pidiendo ayuda, pero

nadie se movió. Estaba solo.

—Ayudadme —imploré. Pero nadie respondió—. ¡Ayudadme! —grité.

* * *

El sujeto X-4044 estaba anclado en la camilla, atado de pies y manos. Sus ojos se movían fugazmente bajo los párpados. La cicatriz del costado había sanado hacía meses; sus heridas internas, no. Soñaba. O algo peor.

—¿Creéis que ya está preparado? —preguntó Carl, el director del programa, a sus alumnas, mucho más jóvenes. Todas mujeres.

—No. Sus reacciones sexuales lo delatan, todavía es peligroso —respondió una de las alumnas.

—¿Es peligroso sentir, Ada? —preguntó el profesor.

—Sí, cuando pones en peligro las vidas de otros —respondió la más alta.

—Sin embargo no huyó. Podía haberlo hecho, pero esta vez se quedó a ayudar a la víctima. A sabiendas que no podría salvarla. Visteis como sufrió. ¿Qué habrías hecho vosotras en esa situación? —Ninguna dijo nada, aunque el profesor interpretaba sus rostros y sus gestos a placer—. Conocéis su historia. Exmilitar, estrés postraumático, víctima de un matrimonio difícil, hijo de padres separados, malos tratos, malas compañías y cinco años en prisión. ¿No merece otra oportunidad? Chris, ¿qué opinas?

—Hemos mejorado. Hemos pasado de asesinato múltiple, lesiones graves, agresión sexual y robo a tan solo asesinato y tentativa de robo. Pero no es suficiente. Todos los ajustes que hemos hecho para reforzar una conducta sana no son suficientes.

—Estamos llegando al límite. El propio sujeto empieza a ser consciente de la situación. ¿Lo damos por imposible?

Primero la mujer alta, luego la chica que acababa de hablar, luego el resto. Todas asintieron; una a una, todas clavaron la mirada en el suelo. El profesor, resignado a otro fracaso, se limitó a pulsar unos botones, y el preso, marcado en la frente como X-4044, poco a poco dejó de mover los ojos bajo los párpados. Su respiración se fue pausando hasta que el pulso cesó y entró en parada cardiorrespiratoria.

CONCIENCIA RECICLADA

Son las once pasadas y todavía no están todos en sus cubículos. No soporto esta falta de puntualidad, pero, ¿qué se puede esperar de personas incapaces de seguir las más básicas normas de convivencia? Me miran como si fuera el culpable de su miseria, cuando los que han tirado sus vidas por la borda fueron ellos. Siete, ocho... Faltan dos. Debería haber diez personas en cada bloque y solo hay ocho. Bloque 96A. Compruebo los datos biométricos de los ocho ocupantes. Falta una niña de cinco años y su madre, una mugrosa adicta al trunk que ha vivido de las ayudas sociales toda su vida, Kegeen Swiftörm. Mis sensores térmicos me muestran los pasos de la niña, va descalza. No puede ir muy lejos con esos pasos tan cortos. Los sigo. Sí, ahí está, intentando trepar por la alambrada; casi desnuda, como un animal. La ilumino y le doy el alto. Se da la vuelta e intenta correr. Resbala y cae. Aprovecho y la agarro del pie para que no pueda escapar. Lloro y pataleo. Una menos en mi lista. En su estado no tiene sentido interrogarla sobre el paradero de su madre. La empujo dentro del bloque 96A y cierro la puerta, ignorando su berrinche. Examino su pequeño rostro infantil. Está manchado de sangre, lágrimas y barro, pero no detecto ninguna herida grave. Sus grandes ojos azules me miran desafiantes a través de los barrotes. Sonríe en silencio.

De repente, alguien me ataca por la espalda con una barra de transacero. Por un momento casi pierdo el control, pero mi programa de entrenamiento entra en acción de manera automática: me protejo del siguiente golpe y le quito la barra de metal al atacante, sin poder identificarlo todavía. Lo agarro del cuello y lo inmovilizo contra la pared. Lo sostengo en el aire, sus pies flotan sobre el suelo. Pesa poco. Es la madre de la niña, que me mira furiosa. Es difícil mantenerla sujeta sin romperle la tráquea. Me patea sin piedad. La pequeña grita como una salvaje histérica justo al otro lado de los barrotes. Todo el cubículo jalea a la madre y me lanza insultos terribles mientras golpea los barrotes con cazos metálicos. Son como animales. Llevo cuidando de ellos meses, años, tratándolos siempre con respeto y cumpliendo las normas de manera escrupulosa. Los observo, intentando entenderlos, pero evitan mirarme, como si para ellos no existiera.

Esta mujer cuya vida sostengo entre mis manos me estuvo rogando para que le aumentara la ración estándar de leche a su hija. Lo hice, saltándome las normas, y ahora me mira como una alimaña, sin rastro de humanidad. Nunca entenderé a estas personas. Disfrutan revolcándose en la mierda, regocijándose en rencillas pasadas, recordando una y otra vez hechos triviales que con el tiempo se han convertido en grandes afrentas personales.

Estos pensamientos me han distraído demasiado; lo pago cuando Kegeen me acuchilla la cara. Es rápido e indoloro, pero pierdo la visión en un ojo. Mi brazo y la presa sobre el cuello no se afloja ni un milímetro, pero las normas son claras: el uso de un arma cortante debe ser sancionado, así que la dejo caer al suelo y le hago una

presa de control, inmovilizándola. Grita de dolor. Estoy a punto de partirle el antebrazo, pero no cedo. Sigue gritando con todas sus fuerzas. Al alboroto del bloque 96A se le suman los bloques adyacentes. Cojo el arma empleada, restos de un cazo metálico cortado y transformado en un arma primitiva, y la guardo como prueba.

No para de aullar mientras la llevo al centro de detención. Es la primera vez que uno de mis huéspedes me ataca, y me pregunto qué he hecho mal para ser tan odiado. Entrego a Kegeen al compañero del centro de detención y examino mi magullado rostro en un espejo. El corte pudo haber sido peor, unos centímetros más abajo y me habría seccionado el cuello; voy a necesitar reconstrucción. Ya comienzo a notar los efectos de la visión monocular: desorientación espacial y pérdida de precisión motora. Esa noche, la pequeña no va a dormir con su madre, y no sé si me importa. Inserto mi conector neural y me coloco en la posición de descanso. Ejecuto mi programa de volcado y diagnóstico y me desconecto para que la central examine los datos del día. Init 0.

Las imágenes y el sonido se difuminaron en la inmensa pantalla holográfica de la sala. Tres hombres vestidos con batas blancas, callados hasta ese momento, comenzaron a hablar entre ellos.

—¿Qué opinas? —preguntó el que sujetaba un café en la mano, dirigiéndose a su colega de más edad.

—¿Sobre 189CE-2? Creo que está cerca de adquirir una conciencia de nivel 3, pero las respuestas emocionales aún son bajas. Todavía no hemos dado con la fórmula, pero vamos por buen camino —respondió el otro, un hombre de pelo cano y voz profunda.

—Quizás debimos haberle hecho elegir entre salvar a la niña o detener la agresión; una decisión forzada —replicó el primero. Dio un trago al café.

—Si queremos que este modelo de IA opere como agente de autoridad necesitamos que tenga cierto grado de agresión, no puede ser tan pasivo. El autocontrol es necesario, pero...

—Acuérdate del proyecto 23. Primero el autocontrol, luego la respuesta —dijo el técnico que no había intervenido hasta ahora, un joven pelirrojo.

—Incapaces de distinguir el bien del mal, incapaces de la más mínima holgura moral. Si quisiéramos robots, venderíamos robots —replicó el mayor con autoridad.

—Lo sé, pero esperar que un androide sintético pueda ser niñera, guardián y también soldado quizás es demasiado pedir; la especialización sería mucho más eficiente —añadió el hombre del café.

—¿Pagarías tú por acostarte con una tostadora eficiente? La gente no quiere una máquina; quiere tener a su servicio la réplica perfecta de un humano —zanjó el hombre mayor. Se hizo un silencio en la sala, y el pelirrojo señaló una pantalla.

—¿Qué hacemos con la mugrosa?

—No sé. Recíclala, este mes tenemos excedentes —respondió el hombre del café.

A la mañana siguiente, 189CE-2, ya reparado, llevaba el carro de comida a los prisioneros. La niña le preguntó por su madre. Y él no supo que contestar. A pesar de no estar en su programación, le parecía que el concepto de reciclaje no era adecuado para una niña que acababa de perder a su madre. Aunque fuera nutritivo, había algo erróneo en aquello. Aquel conflicto era irresoluble, así que optó por sonreír a la pequeña mientras le llenaba el abollado cuenco metálico con el compuesto nutritivo que era su comida habitual.

UN LARGO CAMINO

Un largo camino

«Último aviso. Los pasajeros de la nave con destino a la luna Perséfone acudan al muelle de embarque 42B». La megafonía retumba por toda la estación militar terrana Minos-2. Jóvenes uniformados de rostros tensos corren de un lado a otro, conscientes de que la humanidad se juega su futuro. Algunos, al tropezar conmigo, se cuadran y siguen confusos su camino sin dejar de mirar los galones que descansan sobre la pechera de mi uniforme negro de alpha. De lejos, miro a Lia, despidiéndose con lágrimas en los ojos, sabiendo que es la última vez que veré su rostro y, sin embargo, incapaz de sentir nada en absoluto.

Llegaron de forma silenciosa. Una tras otra, las colonias exteriores dejaron de comunicarse con la Tierra. Ya han pasado seis meses y hemos perdido ocho colonias, todas ellas tras el punto de salto de Teegarden. Mandamos naves de exploración a esos sistemas, sin rastro de sus habitantes. Descendimos a la superficie de Kon Aighar y en Topaz: todos los edificios y estructuras habían desaparecido por completo. Tampoco se encontraron cuerpos. Fuera lo que fuera que ocurrió, no dejaron nada. Lo poco que supimos de los invasores fue el punto de salto del que procedían: Deloria, un sistema binario poco explorado y sin planetas habitables. Más allá de ese punto, el universo inexplorado; podían venir de cualquier lugar. Intentamos establecer una línea de defensa al otro lado del punto de salto, pero todos los drones eran destruidos nada más salir del agujero de gusano de Deloria. Al final, sin ideas, comenzamos por lo único que podíamos hacer, darles un nombre: delorianos.

La mayor parte de la armada terrana se ha reagrupado en un lugar secreto para preparar una incursión a gran escala en Deloria. Todavía no me explico mi ascenso ni mi nueva misión en Perséfone, la luna artificial más avanzada de la flota. Disfruto al ver la cara de asombro de los jóvenes oficiales cada vez que se percatan de mi nuevo rango. Es la primera vez que el uniforme negro de un alpha luce en su pecho cuatro estrellas. Apenas han pasado unos minutos y ya me he olvidado de Lia. Las últimas noches juntos me deberían haber servido para entender de una vez por todas quién soy; pero es inútil, como lo ha sido siempre. Lucho contra un muro, contra mi propia naturaleza. Aunque me gustaría, no siento nada más que un pequeño fastidio por no volver a verla. Su compañía era agradable y placentera. Su plácido silencio y su cuerpo cálido eran mi refugio. Cuando embarco en la nave, sé que todo eso ha terminado y no tengo tiempo para pensar en mi existencia. Todo queda atrás, olvidado, guardado en el cajón de mi memoria.

El vuelo a Perséfone es corto, apenas tres saltos en un crucero rápido de transporte, con capacidad para muchas más personas. La nave todavía huele a metal y plástico. La urgencia hace necesario que por unos días nos olvidemos de las restricciones que rigen en la Confederación Terrana. Somos seis pasajeros y nos reconocemos al instante como lo que somos: hay una psíquica, dos enlazadoras, un trisomne y un ermitaño. También hay un tipo que no deja de mirarme con odio, no sé qué tiene de especial, es el único del grupo que parece normal. Las dos enlazadoras me sonrían al unísono. Probablemente saben que soy inmune a ellas, pero no les devuelvo la sonrisa. Nos amarramos a los anclajes de seguridad magnéticos de nuestras botas y nos ceñimos los arneses. El que más me inquieta es el que parece normal, tiene cuatro puntos negros tatuados encima de la ceja izquierda y, si son lo que creo que son, no debería ser capaz de verlos: un creyente. No le quito ojo. Conectamos nuestro *neurolink* y empiezan a llegar informes del alto mando: en las últimas horas ha caído otra colonia y no hay más que malas noticias. Hay desórdenes y revueltas en casi todas partes: pánico y caos. Tendría que sentir frío al saber que el mundo que conozco pronto dejará de existir, al menos tal como lo conozco. Pero no siento nada.

—He conocido muchos alphas, pero nunca imaginé que nadie fuera tan imbécil de darle el rango de general a uno de ellos —dice el tipo de los cuatro puntos negros tatuados sobre la ceja.

Me divierte su tono. Sonrío y espero más tiempo de lo normal para contestar, con intención de ponerle nervioso.

—General Slammon, un placer. Y usted... ¿usted qué es?

—¿De veras no te has dado cuenta ya? —pregunta divertido.

—Todavía no me ha mentido —replico.

—Dejadlo ya —corta el ermitaño, un hombre de aspecto vulgar, pero con la mirada de alguien que ha gastado docenas de vidas en el tiempo que tarda una cerilla en apagarse.

Un viaje de dos minutos puede ser de dos meses o dos años para él. Una maldición que hace posible los viajes entre agujeros de gusano. Pilotos interestelares, productos de una mutación genética. Menos de mil en toda la galaxia. Sus vidas valen mucho más que la de cualquiera de nosotros.

—Si somos lo mejor que tiene la Tierra, estamos jodidos —dice el tatuado, escupiéndole las palabras con desgana.

El trisomne no puede hablar, pero ni siquiera parece habernos oído. Enfrascado en sus pensamientos, como nosotros, intenta soportar el viaje que queda por delante.

Pasan cuatro horas eternas hasta que la nave se aproxima hacia el punto de salto y las alarmas anuncian la entrada en la zona cero. Ni siquiera en ese momento la tensión se alivia. Las gemelas, que aún no han abierto la boca, siguen observando, y la psíquica, encerrada en su mente. El único que devuelve mi interés es el creyente, que me abraza con la mirada. La alarma sonora que advierte de la entrada en agujero de gusano es lo último de lo que soy consciente.

Tras el apagón en mi cabeza, llega esa extraña pérdida, como si los meses que desaparecen de nuestras vidas tuvieran un coste oculto. Callamos mientras se descargan a nuestros cerebros las noticias a través del *neurolink*. Han transcurrido tan solo un mes y tres semanas, pero el mundo ha cambiado rápido. La flota ha sido destruida y cuatro colonias más han dejado de contactar. El alto mando es incapaz de controlar el caos. No obstante, nuestras órdenes no han cambiado. Pienso que quizás se hayan olvidado de nuestra misión. El trisomne abre sus ojos legañosos y me mira con tristeza. Vuelve a cerrarlos despacio.

—Han destruido Minos-2 —informa el ermitaño.

—Lo sé. Yo también he recibido la noticia. —Pienso en Lia. Muerta. No siento nada. Aunque recuerdo su cuerpo cálido bajo las sábanas y el sopor plácido que me invadía cuando me susurraba poesía. Mi memoria la echa de menos. Es lo más cerca que estaré nunca de amar a nadie, pero soy incapaz de sentir su muerte.

—¿Algo que lamentar? —pregunta la psíquica con malicia. Su voz es átona, aunque sé que se está controlando. Siente curiosidad por mí. Todos ellos sienten atracción por los alfas.

—Míralo tú misma. Te doy permiso —le reto.

—Ni aunque fuera una orden, me metería en tu cabeza, alpha —contesta asqueada.

—La raza humana debía estar muy jodida para admitir alphas en la cadena de mando —dice el de la ceja tatuada.

—¿De veras eres un creyente? —pregunto, casi seguro ahora de ver fluctuar su tatuaje psíquico.

—Que un alpha lo sepa me sorprende tanto como encontrar a una psíquica que no lo vea.

—¿Un cuatrop?, ¿aquí? —pregunta la psíquica alterada.

—Algo no cuadra —dice el creyente.

El tatuaje psíquico sobre su ceja que lo identifica como un creyente es evidente ahora para todos después del último comentario. Nos mira a la psíquica y a mí. Después a las gemelas enlazadoras; aunque no dice nada, todos sentimos curiosidad por esos seres extraños.

—Lo sabemos desde hace horas —interrumpen las gemelas enlazadoras, hablando a la vez, con ese extraño efecto que tiene oír dos voces de diferente timbre

hablando de forma sincronizada—, pero no es relevante. Sabíamos de tu existencia, Richard —dicen a dúo. Me ponen los pelos de punta—. Ella ya no quiere oír —dicen señalando a la psíquica—, y él está deseando que todo el mundo sepa lo que es —añaden señalando a Richard.

—No me convence vuestra explicación —replica Richard.

—Nosotras te elegimos —dice la cabeza izquierda de la enlazadora, con una sonrisa que me hiela la sangre. Es de una belleza prístina. Su piel casi reluce, una piel que nunca ha visto la luz del sol.

—Y no nos equivocamos, Richard Yumia —añade la cabeza derecha, riendo con ojos vidriosos. Su rostro es cruel, hermoso pero corrupto, el contrapunto opuesto de la belleza de su hermana.

—Sois repugnantes. Una abominación —susurra Richard. Noto miedo en su voz.

El trisomne, que hasta ahora no ha abierto la boca, abre los párpados y nos mira con sus ojos de pescado y su cara derretida. Aunque su boca deforme no pueda hablar, siento que su poderosa mente está bien despierta. Vuelve a cerrar los ojos con inhumana agonía reflejada en ellos. Las enlazadoras se miran una a la otra, a escasos centímetros, y sonríen. Se besan con lengua mientras la mano izquierda acaricia la mejilla de la cabeza derecha en una postura imposible. Nadie dice nada, pero no podemos dejar de mirar cómo se acaricia y se besa a sí mismo ese ser de dos cabezas y un cuerpo. Una voz nos informa de que vamos a entrar en sueño inducido hasta el próximo punto de salto. Despertaremos en t+2. Desearía que fuera un sistema automático, pero no lo es. No me fío de los humanos.

Despierto con la boca pastosa. Consulto el reloj. Han pasado algo más de cuatro meses en tiempo absoluto. Hemos salido del segundo salto. Miro a mi alrededor, parece que hace rato que mis extraños compañeros de viaje han despertado. Llegan más noticias a través del *neurolink*: el alto mando ha sido destruido. Perséfore ya no existe. Lo que queda de la armada está evacuando las colonias de todos los sistemas exteriores: Teegarden, Epsilon Indi, Ross 128, Gajira y Tau Ceti. Hasta ahora, los delorianos no han atacado ninguna colonia fuera de esos sistemas. Nuestras órdenes siguen intactas. Las coordenadas continúan apuntando a Diella, un sistema detrás del punto de salto de Tau Ceti. Ahora territorio enemigo.

—Nos envían a la muerte —gruñe el ermitaño.

Aunque han pasado horas para nosotros, para él ha pasado casi medio año en tiempo real desde que salimos de Minos-2. Debería estar acostumbrado, pero él ha tenido tiempo, mucho tiempo, para pensar en todo lo que significa este viaje.

—No. Nos envían a ellos —dice la psíquica, evitando el contacto ocular. Lleva guantes, no se los ha quitado desde que entró.

—Entonces la humanidad está acabada —replica Richard.

—Somos mutantes. Y la última esperanza de contactar con los delorianos. Quizás seamos la última esperanza de la Tierra —dice la psíquica. Esta responsabilidad la atormenta, tanto que se refleja en su rostro desde hace mucho.

—¿Y él? —pregunto señalando a Richard—. Él no es un mutante.

—Hermano Richard Yumia —dice la psíquica, fijando su vista en él. Está trabajándolo, noto la tensión que palpita en sus sienes.

—Representante de la última religión de la Tierra —afirma con los ojos brillantes el creyente.

—Un creyente, unos mutantes y... —dice el ermitaño señalando a las enlazadoras.

—Estamos jodidos —replico, intentando copiar el tono de Richard. Sonrío, aunque nadie capta la intención.

Una voz nos vuelve a informar de que entraremos en sueño inducido hasta el punto de salto final. Despertaremos en $t+12$. La voz automática hace que me pregunte por el destino del humano que nos ha traído hasta aquí. Quedan cinco minutos hasta llegar al punto de salto y el terror flota entre nosotros.

—Siento que nos hayamos conocido en estas circunstancias. Soy un alpha, pero estoy aquí por lo mismo que vosotros, para salvar a la humanidad. ¿No es suficiente? —Según lo estoy diciendo, me pregunto por qué lo he hecho.

—No, no lo es —replica Richard. Debería ser incapaz de sentir odio, pero casi parece fluir ingrátido desde su boca hacia mí, como un ácido invisible.

—No, pero por lo menos todavía eres humano —dice la psíquica y su mirada recae en el trisomne que gime en silencio, atrapado en su propia deformidad, eternamente cambiante y confusa. La mandíbula de la psíquica empieza a temblar. No es frío, es miedo. Lo he visto cientos de veces en personas que sabían que iban a morir.

—El humano evolucionado perfecto —susurra envidiosa la enlazadora de la derecha y sus bonitos ojos negros me escrutan, buscando una puerta para entrar dentro de mí. Soy inmune a sus emanaciones psíquicas, mi libido es abstracta y racional. Me pregunto cómo se apaña el ermitaño con una enlazadora. Drogas, sin duda. Igual que los demás. Somos inútiles los unos para los otros. La gemela de rostro angelical llora. Recita poesía en susurros lacrimosos y con voz rota, cualquier humano corriente se habría dejado arrastrar por la melancolía de sus suspiros y su belleza atemporal. Para mí, es una escultura hermosa en movimiento. Sus versos,

palabras y frases, sin sentido.

—Un cuerpo sin alma —concluye Richard.

Pienso en decenas de respuestas. Cómo explicarle que no necesita un alma para nada, pero que sentir algo, aunque sea miedo en estos momentos, sería una liberación para mí. Recuerdo a Lía no por quién era, sino por la suavidad de su cuerpo, por el sabor de sus labios. Y no puedo sentir nada, apenas recordar las sensaciones, como amar un papel descolorido, sin tan solo el consuelo de las lágrimas. Ni siquiera con estos recuerdos y el odio de aquel hombre siento dolor. ¿Debo sentirme dichoso?

La mirada de la psíquica se transforma. En silencio, se quita el guante derecho y me toma de la mano sin decir nada. Le sonrío y cojo su mano con suavidad. Deja de temblar y por primera vez desde que he llegado me siento un poco más humano, aunque eso sea únicamente fruto de un proceso racional en mi cerebro. Richard comienza a rezar y besa en la frente a la gemela que llora. Toma la mano de ella entre las suyas y luego cierra los ojos, repitiendo un mantra en voz baja. Los demás se encierran en sí mismos.

Despierto, no estoy en la nave y tampoco estoy conectado al *neurolink*. Estoy tumbado en el suelo. A mi alrededor todo es de un blanco brillante y cegador, sin formas. Tumbado a mi lado está Richard. No hay paredes, pero algo informe y nebuloso nos rodea, como una cúpula. Estamos aislados. Richard comienza a despertar y me observa. En ese momento, la niebla se disipa y un hombre cruza el umbral de una difusa abertura elíptica. Va vestido con un mono gris, similar al nuestro. Parece joven, pero su mirada es inhumana. Todos mis sentidos me advierten de que no es lo que parece.

Un latigazo de hielo me pone en alerta, su mirada es gélida. Nunca he visto una frialdad inhumana como esta, ni en el alpha más cínico.

—¿Quién eres? —pregunta Richard. No percibo ansiedad en su voz. Pese a todo, no siento miedo. Estoy impresionado.

—Vosotros me llamáis deloriano. Tú eres Richard Yumia, representante de la última fe de la Tierra, y tú Eric Slammon, un alpha Evolucionado, un humano sin empatía y de una inteligencia superior.

—¿Por qué estamos aquí?, ¿qué ha sido de nuestros compañeros? —pregunta Richard.

—Vuestros compañeros están tullidos. No representan a la raza humana. Hemos buscado una manera de comprenderos, de juzgaros. Sois una especie ciega y perdida, pero vosotros dos tenéis una visión clara y completa, aunque muy diferente. Debéis ayudarme a entender si la raza humana merece seguir existiendo.

—¿Él? —pregunta Richard—. Es lo peor de la humanidad; un hombre sin sentimientos, sin piedad.

—Gracias a gente como yo la humanidad ha progresado —respondo, fingiendo

humildad.

—Creando monstruos, eliminando culturas enteras, destruyendo a los débiles o asimilándolos.

—Evitando guerras, repartiendo recursos, siendo justos... —replico.

—Feroces, implacables... sin piedad.

—Somos justos. Vosotros instigáis el rencor, la violencia, la rebelión. Vosotros provocáis la muerte, no nosotros —añado mientras pienso que esa misma discusión la he tenido cientos de veces y que nunca ha llevado a nada más que a perpetuar esas posiciones irreconciliables.

—¿Qué ocurrió con la psíquica? —pregunto, ignorando la réplica de Richard.

—Atendimos su petición y la integramos de nuevo en vuestra comunidad, acallando su poder mental.

—¿Y el trisomne?

—Paramos su mente y le permitimos dormir.

—¿Y el resto? —pregunta Richard, pero sin esperar respuesta. No la hay.

—¿Qué pasará con nosotros? —pregunto yo, rompiendo el silencio.

—Dependerá de vuestra respuesta. ¿Qué creéis que merece la humanidad?

Es una pregunta que me he hecho una y otra vez a lo largo de mi vida. Y siempre he tenido la misma respuesta. Richard y yo nos miramos, a pesar de las diferencias, sé que él también tiene una respuesta clara a esa pregunta desde hace mucho tiempo. Entiendo que hemos llegado al final del camino, donde nuestra existencia cumple su propósito. Siento una desagradable sensación de júbilo al entender cómo se cierra el círculo.

—Esperanza —ruge Richard.

—Razón —susurro.

Cuando abro los ojos de nuevo, estoy flotando, incorpóreo. Lo veo todo. La humanidad entera es un patio de arena, lleno de mocosos que se gritan los unos a los otros por un cubo de colores. Alrededor, miles de estrellas, de sistemas habitados por culturas alienígenas crecen en armonía. Yo soy parte de ellos ahora. Ya no sufro por ser parte de algo que no soy capaz de entender. Siempre he sido un extraño entre los hombres; ahora los veo desde el otro lado y entiendo porqué no deben crecer, porqué no deben salir de su jaula. Su evolución será un interesante experimento.

CIBERDIOS

No sabía por qué lo hacía, tan solo que necesitaba hacerlo. Hablar con un amigo no era suficiente, siempre me daba la impresión de escuchar lo que quería oír, y decir parte de lo que el otro esperaba oír, y al final siempre eran mis problemas de mis propios labios, que sonaban extraños. Después de todo, una idea tan estúpida como esa, seguro que no era ni siquiera original. Escribirle un *e-mail* a Dios contándole mis penas y pidiéndole consejo ¿por qué no?, era una forma de rezar al fin y al cabo, y creía en Dios; bueno, al menos un poquito.

Tampoco tenía demasiada idea de como empezar ¿señor Dios?, ¿mi querido y amado Dios?, ¿Dios mío?, ¿Dios Padre? Bueno, lo dejé en un simple y convencional «¡Hola Dios!». Luego me quedé un tiempo pensando en como seguir, lo más seguro es que Dios se conociera al dedillo todos mis problemas, supuse que sí, pero así podría contestarme punto por punto. Solventado ese problema, intenté ser lo más franco posible. Recuerdo que la primera línea era: «Estoy jodido, lo sabes muy bien, por que tú tienes la culpa». Tras esa línea, siguieron otras muchas, en las que contaba todos mis problemas, paso a paso. Casi ni me di cuenta de la longitud del mensaje, pero se alargó hasta pasados varios cientos de párrafos. «Total, que más da», pensé; no lo iba a leer nadie.

Una vez acabado el mensaje, lo revisé por encima, tampoco era cuestión de enviarle un mensaje a Dios con faltas de ortografía. En ocasiones me surgía el problema de tratarlo de tú o de usted, que solucioné imaginando que le escribía una carta a mi abuelo pidiéndole dinero. Tampoco sabía si era ella, él o ello, así que procuré evitar las expresiones que exigieran un género concreto. Lo que no pude solucionar tan fácilmente fue la dirección de destino. Al final tras mucho pensar, llegué a la conclusión de que si el mensaje estaba en castellano, debería ir a un dominio en español, por tanto, al final escogí como destinatario la dirección «dios@cielo.es».

Ya estaba hecho, una vez escrito, me había liberado de una carga muy pesada, y había conseguido olvidar mis problemas con toda aquella farsa. Ahora solo quedaba intentar mandar el mensaje y olvidarme del tema cuando el servidor me rechazara el *e-mail* con el típico error de «Dirección no válida». Pero no fue así. ¿Sorpresa?, ¿miedo?, ¿incredulidad?, nada de eso: risa, mucha risa. Pero después de la risa, tras los días sin respuesta «Dios esta muy ocupado» me decía para mis adentros, la cosa se hacía cada vez más intrigante, llegándome a preguntar si de verdad el mensaje habría llegado a alguna parte.

Fue un gris día de Octubre cuando salí de dudas: al mirar el correo había un *e-mail* de un tal «Dios del cielo.es». Impaciente, marqué directamente el mensaje para leerlo ahí mismo. ¿Sería posible? Como si de un sueño se tratara, mis ojos no podían creer lo que leían, pero aun así, lo leían:

Mi querido hijo,

Después de leer tus penas y sufrimientos, que no me son ajenas en absoluto, no me cabe duda que tienes una gran fe en mi para compartir tamañas desdichas, más no está en mi mano solucionar tus problemas, pues como ya sabes, la libertad del hombre es ley divina, que ni yo mismo puedo quebrantar sin alzar la voz sobre las almas de los muertos y los Santos. Solo te puedo dar algunos consejos:

Tendrás miles de fotos de chicas, animaciones y un extenso catálogo de películas eróticas en www.cielo.es. Ahora hay una oferta de promoción... dedos sesiones de nuestro espectáculo único «On Line Hot Girl!», ¡¡¡TOTALMENTE GRATIS!!!

¡No te lo pienses y navega hacia el cielo!

Un cordial saludo.

Dios

DEFECTO DE FÁBRICA

No tenía ni un 0,1% de posibilidades, pero le tocó. Había pasado las navidades aguardando ansioso el desenlace: abrir el paquete y ver con sus propios ojos lo que llevaba esperando seis meses; quizás más si teníamos en cuenta la intensidad con la que había vivido esa espera. Había trabajado duro, a fondo, sin coger ninguna baja. Soportando el fétido aliento de su jefe, aguantando sus interminables diatribas en la comida, sufriendo ese café de mierda. Todo para llegar a ese momento. Abrirlo, poseerlo. Sentirse el puto amo. Aquel día se duchó largamente y sin prisa, luego se afeitó con esmero y se pasó el peine por el pelo largo y moreno, con cariño, de manera especial, acorde al momento. Delante del espejo, con su mejor traje, esparció unas estratégicas gotas de colonia; la de los sábados, y no todos. Se sintió guapo. Elegante, especial. Ahí estaba: seis de Enero a las ocho de la mañana, en mitad del salón, justo encima del único par de zapatos de la casa: un paquete blanco rematado por un lacito negro. Se acercó como quien se acerca a una chica guapa, con decisión y sin prisa, disfrutando el contacto inminente entre ambos. Se lo había ganado, se lo merecía. Ya se imaginaba con él en la calle, mostrándolo sin pudor, llevándolo casualmente en la mano, o al sacarlo de la chaqueta mientras tomaba unas cervezas con los amigos. Ya anticipaba el peso que tendría en el bolsillo del pantalón y su tacto caliente. Su corazón, pese a que pudiera parecer excesivo, latía atropellado. Se torturaba por placer y eso le gustaba, pero era ya la hora de dejar las fantasías de lado y enfrentarse a su destino. Así que avanzó un paso y se plantó ante el paquete, lo tomó delicadamente entre las manos y se sentó en el sofá. Respiró una vez para deshacerse de la tensión y desató el lazo, que cayó lánguido sobre sus piernas. No tuvo que romper el papel; estaba doblado de tal forma que el contenido se mostró desnudo ante él, casi con voluptuosidad. Un iPhone 6 Plus. Su belleza era de otro mundo.

Había pasado casi diez minutos deleitándose con cada elemento de la caja. Podía tirarse horas, así que se decidió por fin a encenderlo. La manzanita lo saludó, y siguió el proceso de bienvenida. Todavía enamorado, se dejó llevar hasta el final. Cuando abrió el navegador para comprobar la velocidad de su manzanita, el corazón casi se le paró en seco, derrapando en el proceso.

—¿Qué es eso? —se preguntó.

—Na', será una mota de polvo —se respondió a sí mismo.

—No jodas... —susurró, mordiéndose la uña del pulgar de forma compulsiva, sujetando con la otra mano su preciada posesión.

—Que no, que es una mota de polvo. Puta mierda de autopista, siempre llenando todo de polvo en esta casa de mierda.

—Que asco de casa —reafirmó.

No se atrevía a pasar el dedo por la pantalla. ¿Y si la mancha seguía ahí? No quería ni pensarlo. Estuvo evitando el tema, sin atreverse a tocar la pantalla durante

un buen rato, hasta que de forma inconsciente, en un acto reflejo, pasó el dedo pulgar sobre el cristal. La mancha no se fue. Continuaba en el mismo lugar. Era casi inapreciable, pero en el blanco perfecto del fondo, un leve gris delataba aquella imperfección. Acercó la vista. Era casi inapreciable gracias a la resolución casi divina de aquella maravilla, pero ya no podía dejar de verlo; mirara donde mirara estaba, cada vez más evidente. Volvió al menú, y ahí, sobre el icono del navegador, cerca de la esquina inferior derecha, se notaba una pequeña imperfección, una mácula, un cáncer, un error. Un píxel muerto.

—¡Dios! —gritó.

—¡Me cago en Dios! —gimió con más fuerza aún. Estuvo tentado de estamparlo contra la pared, pero se contuvo en el último segundo. Las manos le temblaban de frío, o de rabia. Observó con desesperación todos los elementos de la caja a su alrededor, ordenados con meticulosidad y dispuestos para la foto de bautizo de su iPhone. Solo el hueco para el teléfono faltaba por completar. Con un alarido desgarrador, pisó todo aquello sin poder evitarlo. Lo pateó por el salón. Las lágrimas de rabia no lo cegaron lo suficiente y fue testigo de aquella obscenidad: las pegatinas de la manzana mancilladas por un pisotón, el cargador rebotando herido de muerte tras impactar a velocidad absurda contra el radiador. Aunque lo peor vino después, cuando descubrió al gato mascando el cable USB con impasible placer bajo el sofá, entre las pelusas.

Acababa de terminar la carnicería cuando se dejó caer en el sofá sosteniendo aquella desgracia entre las manos. Lloraba de rabia con el iPhone apretado contra el pecho, sabía que nunca se lo cambiarían por otro, ni podría esperar tres meses. Eso en el caso de que le aceptaran la caja aplastada, por no hablar del resto. Era imposible, y menos por un píxel muerto. Su cabeza se encerró en un bucle sin salida, buscando posibles soluciones al dilema. Su mente guardaba años de conversaciones en los foros sobre el servicio postventa de Apple. Conocía todas alternativas posibles, pero aun sin llegar al fondo, tenía la fría certeza de que estaba ante un callejón sin salida. Sin saber muy bien cómo, amaneció a la mañana siguiente, con la boca pastosa, preguntándose cuándo se había quedado dormido con el traje y los zapatos puestos. Dejó el iPhone en el sofá y fue al baño a aclararse la cara y lavarse los dientes. Vio su rostro en el espejo («vaya cara de gilipollas tengo», pensó), pero... ¿qué era aquello? Le pareció que le había salido un lunar nuevo en la cara. Acercó el rostro al espejo y lo examinó con detalle. No era un lunar; era una pequeña mancha que se movía en su campo de visión. Parpadeó y volvió a mirar al espejo. No tenía nada, no le molestaba el ojo, pero ahí seguía esa mancha. Se frotó los ojos y parpadeó varias veces, daba igual que cerrara un ojo u otro, ahí seguía el punto negro, en el mismo sitio, abajo a la derecha. Tuvo una corazonada; dejó caer el cepillo de dientes en el lavabo y voló hacia el sofá. Tomó su iPhone, abrió el navegador y confirmó que el píxel muerto ya no estaba ahí. Su iPhone ahora sí era perfecto. Ya se sentía completo.

TRAICIÓN

Atado a un poste esperaba mi fusilamiento, contemplando la lucha incansable de la lluvia contra el cemento gris del patio. Ninguno cedía, hay combates que no se pueden ganar. Batallas perdidas de antemano, destinos que solo cabe aceptar. Perder siempre fue parte del juego; rendirme, jamás. Solo, herido y mojado hasta los huesos. Despojados de mi uniforme, de mis galones, del respeto que me había ganado con sangre propia y ajena. No importaba; la ropa que llevaba sería incinerada en unas horas, al igual que mi cuerpo. Siempre pertenecí al fuego y a él debía volver. Con él viví y con él moriría. Diez fusiles, diez hombres. Unas pocas balas terminarían esa guerra, acabarían lo que ninguno pudo. Tenían miedo que no muriera a la primera, pero nadie quería pasar a la historia como el hombre que acabó conmigo.

—¿Alguna última voluntad, Depreet? —preguntó el teniente, rígido como un palo. Sus ojos se clavaron en los míos, y su mano derecha se aferró por instinto a la pistola. Era un niño.

—¡Viva la madre patria! —grité, desafiando sus rostros esquivos. Me miraron, vaya que si me miraron. Sabía que eso los forzaría a dejar de evitarme.

Un soldado moreno escupió al suelo y me devolvió la mirada, una mirada bruja y oscura. Como las de aquellas mujeres bárbaras y gritonas. Estúpidas. Sus costumbres, decían. Su historia. Mierda, basura. Sanguijuelas, gusanos, buitres, bandidos. Sus muertos eran buenos muertos, enterrados se parecían a los seres humanos verdaderos. Recordé las perfectas filas de cruces blancas sobre las colinas verdes de Beerk, pulcras, ordenadas, uniéndose en el horizonte con armonía, como en una postal. Belleza y orden, algo que nunca mostraron en vida. Otro soldado lloraba, patético, barbudo, con el pelo largo. Reconocí a los de su clase. Imposible que nos ganaran ellos, fueron los malditos aviones y las bombas de sus aliados yanquis. Sus brazos eran incapaces de sujetar un fusil ni de defender a sus amantes sodomitas y sus chorradas modernas. Si me arrepentía de algo, era de no haber sido capaz de acabar con todos ellos. Le escupí, pero las gotas de lluvia me impidieron alcanzarlo, como una multitud anónima separándome de una pelea que sabía que tenía ganada. Me revolví en mis ataduras. Cobardes, se escondían en la multitud, como el resto de aquellos mal llamados soldados, reclutados a la fuerza para defender lo que era suyo por derecho, su herencia, su clase, su lugar. Me miraban como quien mira a una sombra, a algo irreal.

Las mismas miradas que presencié en el cuartel, cuando el general Haartz recibió la orden de guardar las armas en el arsenal y entregarnos sin lucha al cuarto regimiento. Cobardes. Veían la vida pasar, no actuaban. Solo esperaban su oportunidad. Afinaban las miras, contaban los segundos para entrar en la historia, una historia a la que renunciaron. Haartz estaría contento, ahí, en el infierno, con mi

cuchillo atravesado en el cuello, preguntándose todavía como pudo ser tan estúpido para darme la espalda. Espérame Haartz, voy a sacártelo y a limpiarlo en tu casaca. Podremos hablar de ello con calma mientras te acuchillo una y otra vez, sucia rata, maldito cobarde. Por tu culpa y tu falta de agallas perdimos; por tu culpa, las tropas de montaña no llegaron a tiempo y perdimos Saalböck. Bastardo, esta guerra ha terminado con nuestra historia, ya no somos nada. Trozos del pasado, desperdigados en inventos políticos.

Aquello no eran reflexiones nuevas; llevaban años rondando mis vísceras, sin querer salir. En ese momento, atado al poste de ejecución, se agolpaban en mi cabeza, como si quisiera estallar llevándomelos a todos por delante.

—Peter Depreet, ha sido condenado a muerte por un tribunal de guerra. Ha sido declarado culpable de traición y responsable de la masacre de Beerk, de la matanza de la minoría Saalvackti de Saalböck, de la violación y asesinato de cientos de mujeres de Sllöveno, de torturas a prisioneros de guerra, y otros crímenes de guerra; la lista es demasiado larga para enumerarlos uno a uno. Que Dios lo perdone, el pueblo de Slävian no puede —dijo el teniente, leyendo esas palabras de un papel que se empapaba por instantes bajo la lluvia.

—¿Traición? ¿Cómo os atrevéis, gusanos? Vosotros, que habéis destruido nuestra historia, que habéis pisado la memoria de nuestros padres y humillado a nuestras madres con vuestros vicios. Prefiero morir a seguir escuchando vuestras mentiras. ¡Disparad ya, mierdas! —bramé con furia, barriéndolos con la vista, sin que uno solo me mirara a la cara, excepto el moreno de piel.

El teniente tenía fiebre, estaba enfermo. Había visto muchas veces esa mirada hueca, esos ojos poseídos de muñeco. Levantó el brazo y los fusiles me apuntaron. Dudó. Cobarde de mierda; su brazo temblaba, lo mismo que su mandíbula. Quizás era la lluvia, pero diría que lloraba. Mientras, yo esperaba a la muerte, quería abrazarla bien fuerte y romper sus huesos. El gitano masculló una frase en su lengua hedionda y mordió algo con salvajismo. Me sonrió y vi sangre entre sus dientes. Por fin, el teniente dejó caer el brazo.

Tuve la impresión de que las gotas de lluvia ralentizaban su caída. El mundo pareció congelarse en mi último suspiro, y diez disparos detonaron en una sucesión desordenada, como una salva de honor improvisada. Alcé mi rostro hacia el agua y esperé a la muerte. Cerré los ojos y sentí las últimas gotas de lluvia sobre mi rostro.

Hasta hoy. Han pasado semanas, meses, quizás años. No siento hambre ni frío. Cuando abrí los párpados de nuevo, las gotas de lluvia estaban suspendidas en el aire y las balas flotaban delante de mí, todavía envueltas en el foganazo de los cañones. Debía estar muerto, pero la vieja parca me había olvidado. Todo cesó de pronto, excepto aquellos hombres apuntándome, congelados e inmóviles como yo. Solo puedo mirarlos a ellos o cerrar los ojos y volver a mis recuerdos, que se activan automáticamente al ver los rostros de los hombres que tengo delante. Recordé a esa gitana joven que gemía mientras mis hombres la destrozaban por dentro y por fuera,

humillada por sus desprecios y sus manos sucias. Por alguna razón no podía quitarme de la cabeza aquellos ojos negros, bañados en lágrimas, ni su piel rasgada a cuchilladas. Los soldados enfrente de mí no me quitan ojo y cada uno de ellos me recuerda momentos de esa guerra, esa guerra que no empecé y que ya no recuerdo sino entre caras, explosiones y gritos. Cierro los ojos y veo con claridad cada instante, cada muerte, cada lamento. Pegados a mí, fríos, incapaz de sacudírmelos. Me aturde el olor de su terror, sus llantos y las lágrimas mudas de los que quedaron. Rotos, grises y rojos. Hombres vivos que parecían muertos, hombres muertos que siguen gritando en mi cabeza. Sus gritos lo llenan todo. Sin escapatoria. Pero yo no puedo gritar, ni llorar. Solo puedo revivir una y otra vez todas aquellas muertes sin sentido, aquella violencia que no deja de gotear sobre mí, incansable, infinita.

La muerte, al final, también me ha traicionado.

MÁQUINAS DEFECTUOSAS

Con aquel flequillo y ese pelo corto parecía un chico, aunque sus curvas la delataban, parecía muy joven, pero una mujer al fin y al cabo. Apenas levantaba la mirada del suelo, avergonzada, insegura. En sus grandes ojos de color miel, las lágrimas desbordaban el dique negro de sus pestañas. Babas dulces caían de sus labios, hinchados como fruta madura, húmedos debido a la violencia a la que la habían sometido. Arrodillada frente a él, su cuerpo casi adolescente temblaba encerrado en un vestido ceñido.

—Por favor, no me hagas daño —imploraba una vocecita que sonaba a niña tímida.

—Cállate —zanjó él, tirándola del pelo con firmeza.

—Tumbate, puta —ordenó.

Ella, obediente, se tumbó boca arriba en la cama, aunque no pudo reprimir los sollozos. Ocultó su rostro angelical con sus manos mientras dejaba el resto de su cuerpo sobre la cama, vulnerable e indefenso. Sus piernas, quedaban entreabiertas bajo el vestido negro. Él se arrodilló y le quitó los zapatos de tacón con cuidado, dejándolos encima de la moqueta, recreándose en aquella fragancia familiar. Controlando a duras penas su ansia, recorrió con las yemas de sus dedos el tacto de sus piernas, fundiendo en su mente el acto de tocar y ser tocado. Tobillos, rodillas. La cara interna de aquellos muslos largos, que se ocultaban vagamente bajo la ropa. Los lloriqueos fueron en aumento al sentir los dedos de él rozar su vello púbico. El perfume de ella le volvía loco, casi tanto como sus lamentos.

—No por favor, no... —susurraba ella, sorbiéndose los mocos, víctima de la impotencia.

Tarde, sus dedos ya habían asaltado la frontera. Tras unos instantes de respiraciones densas y entrecortadas, de gemidos y de miradas turbias, le arrancó la ropa interior y trepó sobre ella, sujetando sus manos, y contemplando con placer como las lágrimas rodaban por sus mejillas. Ella hipaba, entre lloro y lloro, con los labios húmedos y salados. Sus miradas tenían una conversación propia, ajena a sus cuerpos.

—No lo puedes evitar. Lo sabes —dijo él, despacio, sonriendo, disfrutando cada sílaba, aplastándola bajo su peso, inmovilizándola, a unos centímetros de su rostro. Sus alientos entrecortados se mezclaban, húmedos y calientes.

—Nnnn... no, por favor —gemía ella, rota, arqueándose hacia él para escapar de sí misma, pero él la empujó de nuevo sobre la cama y le bajó la parte superior de su vestido, mostrando sus hombros desnudos y su pecho, protegido tan solo por un sujetador negro.

—¿Quieres que siga? —Rugió él, ebrio de emociones.

Ella movió la cabeza de lado a lado mientras lloraba, sin dejar de mirarle. Sin dejar de disfrutar cada centímetro de su piel, le soltó el sujetador sin miramientos,

dejando sus pequeños pechos al aire. Él aferró su delicado cuello con la mano izquierda y empezó a apretar. Ella gimió, primero de ansiedad, y al fin, de placer. Él no quiso esperar más, la besó con furia, perdiendo la poca paciencia que le quedaba. Se quitó los pantalones con la mano libre y mientras la asfixiaba, la poseyó sin piedad, ignorando sus gemidos o las uñas clavadas en su espalda. Sus dos bocas se devoraban entre lloros, gruñidos y lágrimas, haciendo añicos todo rastro de sus máscaras humanas.

...

Hacía un frío del demonio aquella mañana y Alberto esperaba sentado en un banco a que su jefe llegara para abrir la sucursal. Mientras, se mordía las uñas y miraba de forma compulsiva su teléfono móvil. Buscaba algún comentario sobre la última historia que había publicado en el foro. Gracias a ese sitio de internet se había sacudido sus demonios, ya no se veía sí mismo como un enfermo, tan solo otra persona diferente más. Antes de aquello, los pocos que habían atisbado a su interior, pensaban que era un sádico. La gente, como siempre, simple y corta de miras, era incapaz de entenderle. Pero no, todavía no tenía ningún comentario. Desde que se animó a contar sus experiencias sexuales sin tapujos, sin ocultar nada, se sentía mucho más seguro. Hasta que no dio con aquel lugar de encuentro, no había disfrutado de verdad con el sexo. Ninguna de sus parejas estaban dispuestas a ser humilladas o a llorar mientras follaban. La única, Eva, era demasiado pasiva, y se llegó a sentir una mala persona. Fue gracias a la psicóloga, quien le sugirió buscar personas que tuvieran una mente tan retorcida como la suya. Como Nadia, con ella todo parecía fácil. Lo único que pedía era que la ahogara, casi hasta matarla. Llorar y soportar la humillación no dejaba de ser el postre, acostumbrada a un marido incapaz de llevarle la contraria. Nadia y él eran las piezas sueltas de una máquina que alguien perdió en el diseño y descubrieron que encajaban a la perfección. Nadia parecía una lolita, aunque había pasado tiempo desde que fuera una adolescente. Él aprendió rápido a amarla, asfixiándola con las manos cuando le hacía el amor. Nadie podría entender aquello, ni siquiera él. Solo sabía que haría cualquier cosa por ella. Sufría cada vez que la asfixiaba, sufría cada vez que la pegaba, o la forzaba de maneras inconfesables, violentas y sucias. Cuanto más sufría, más la amaba. Siempre en silencio. Sabía de que si ella se enteraba de lo que sentía por ella, dejarían de verse. Esa había sido la única regla de Nadia. Sus vidas simulaban normalidad: ella estaba casada, y trabajaba como directora de recursos humanos de una consultora de prestigio, todo aquello bajo la máscara de la otra Nadia, vetada para él.

Carlos, su jefe, llegó en un coche, que se detuvo apenas unos instantes tras dejarle al otro lado de la calle. Vino caminando despacio hasta la oficina, como tantas veces, sin prisa, disfrutando de su propia presencia. Ni siquiera saludó, pasó a abrumarle con sus grandiosos planes, sus miles de tareas pendientes y quejas amargas sobre sus

compañeros. Alberto no soportaba la idea de esperar al fin de semana para quizás poder ver a Nadia. Estaba levantando la persiana del cierre cuando al girarse, se la encontró de frente. Era ella, con otras ropas y diferente peinado. Fría, fuerte, otra Nadia. Pero le había reconocido, y una sombra de miedo llenó sus ojos, llenándolos de vida por unos instantes. El aire se congeló, mientras un parpadeo perezoso, precedía a la explosión.

—Gracias cariño —dijo Carlos dándole un beso breve en los labios—, pensé que me lo había dejado en casa —añadió, y cogió su maletín de cuero de manos de ella. Su Nadia.

—No sé que haría sin Lorena —dijo Carlos con una sonrisa estúpida.

Ella se fue sin mirar atrás. Alberto no pudo evitar temblar un poco al ver sus caderas poseídas por aquella funda humana, atractiva, y extraña. «Lorena, que nombre tan espantoso». Pensó para sí mismo.

—Va a ser una gran semana —dijo Alberto con una gran sonrisa.

—¿Tú optimista? —preguntó su jefe divertido.

—Ya lo creo. No sabes lo que he gozado este fin de semana —respondió.

Ya estaba pensando en como terminar el relato de su última noche. Este relato.

MALAS PERSONAS

ACTO 1

Devoraba hipnóticas rayas amarillas bajo la luz de mis faros. Rectas sin límite. El *country* perezoso pintaba de nicotina mis ojos y mi lengua. Las colillas hacía tiempo que no cabían en el cenicero del coche y el tintineo de las botellas de whisky del suelo era inconfundible: todas vacías. La luz se reflejaba en cientos de variaciones sobre las manchas de suciedad y grasa de los cristales de mi viejo cacharro. Miré por el retrovisor. En las sombras, mi amigo el de los ojos inyectados en sangre me sonreía con desgana. Le hice una mueca y, por unos instantes, el olor de aquella chica pelirroja me vino de nuevo. Salado y dulce. ¿Cómo se llamaba? A mi cabeza llena de agujeros le daba igual no recordarlo. Ni su nombre ni qué pasó con ella. Estaba bien buena. Qué pena. Cerré los párpados y di una cabezada. Estuve a punto de salirme de la carretera y pegué un frenazo en el arcén derecho. No quería parar, pero debía hacerlo; llevaba dos días enteros conduciendo sin detenerme más que para mear, sin dejar de mirar por ese maldito retrovisor todo el tiempo. Me froté los ojos y la cara con fuerza. Bostecé. Me obligué a pensar en otra cosa que no fuera Oregón, para perderme en aquellos bosques que conocía tan bien. Tal vez en la montaña dejara de hacer tantas estupideces.

«¿Qué mierda?», pensé. Aquella rubia canija se había creído que paraba para recogerla. La chica corrió hacia mi lado y tamborileó sus uñas contra el cristal. Bajé la ventanilla, fastidiado.

—¿Dónde vas? —pregunté.

Parecía tímida y parecía no estar segura de si quería hablar conmigo. Era una puta cría. Bajo la tela, su pecho subía y bajaba. Firme y tentador.

—A Fresno. ¿Y tú? —respondió.

Seguro que era mentira, dijo eso como podía haber dicho París.

—Estupendo; te llevo. Deja tus bultos detrás y sube aquí conmigo —dije intentando ser amable, sin dejar de pensar si aquellas tetas eran de verdad o tendría unos calcetines de relleno debajo. Esperaba que al menos fueran blancos. Me gustaban las niñas de calcetines blancos que daban grititos cortos. Sus ojitos dulces de ratón parpadearon un par de veces y sus labios de color chicle gastado no dijeron nada. Bomboncito.

—Gracias, pero no; me lo he pensado mejor —susurró.

—Tú te lo pierdes, nena. Suerte en la carretera. Cuidado con los coyotes. —Arranqué, perdiéndome la cara de miedo de la cría.

Por el retrovisor la miré de nuevo. Era una niña. ¿En qué coño pensaban sus padres dejándola salir así de casa? Sus pantalones cortos enseñaban medio culo y llevaba toda la tripa al aire. No podía dejarla ahí. Eché marcha atrás con la furgoneta y busqué su mirada.

—Te he dicho que no, gracias —dijo ella, claramente asustada. Me ponía a mil ver aquel cuello palpitando de tensión.

—No vas a recibir una oferta mejor. Yo te llevo. —La afónica voz de mi conciencia me decía a gritos que era una niña. Pero el movimiento de aquellas formas bajo la camiseta era hipnótico.

—No tengo prisa, de verdad —dijo evitando mirarme a la cara.

—¿Por qué no quieres subir conmigo? ¿No te gusto?

—No es eso. Es que... —empezó a decir.

A estas alturas, ya estaba tan excitado que me daba con el volante. Ella lo vio y echó a correr carretera arriba. La perseguí marcha atrás. Habíamos pasado el pueblo más cercano hacía varios minutos. Mi amigo del asiento trasero me jaleaba, susurrándome cosas guarras al oído. Me ardía todo el cuerpo, el fuego me quemaba las pelotas. Necesitaba arrancarle aquellos pantalones. Sacarle la ropa y hacerla gritar.

No había relleno bajo la camiseta, y chillaba demasiado. No fui capaz de soportar aquel tono agudo y la asfixié mientras me la follaba por detrás contra el capó. Sin demasiadas prisas. Me arrepentí de haberla matado tan pronto: cuando se quedaban tías era aburrido. Me deshice de ella y eché de menos un trago, ya no quedaba bebida. Solo pude meterme una raya. Todavía me dolía la polla. Rebusqué en sus cosas y no encontré nada útil. Me limpié con un jersey rosa. Si lo hubiera llevado puesto no me hubiera fijado en ella. Putilla. La muy estúpida llevaba condones en el bolso. Me reí por lo absurdo del asunto. ¿Miedo al sida? Bromeé con el cabrón que me atormentaba que hacía chistes sobre las pecas de sus tetas, ya frías.

Al final me quedé dormido con el olor de su sexo en mi inconsciente. El claxon del camión me despertó un instante antes de que me estrellara a más de setenta millas por hora contra un tráiler de cuarenta toneladas.

ACTO 2

El traqueteo del tren me despertó. Cuando abrí los ojos estaba tumbado en el suelo, sobre unos cartones viejos, en un vagón antiguo de madera. Muy antiguo. Olía a moho y a meados de perro. La luz se filtraba entre las tablas. La locomotora silbaba. Miré por la ventana. Fuera, al otro lado del vagón, no había más que paredes grises y las bases de edificios tan grandes que era imposible reconocerlos desde tan cerca. El tren se metió en un túnel. Exceptuando una bombilla, no había más luz. Me rugían las tripas de hambre. Pasaron varios minutos en los que lo único que hice fue pasar revista a las mismas ropas que llevaba la noche anterior, que incluso olían todavía a tabaco. No llevaba nada en los bolsillos ni recordaba nada después del susto con el camión. La cabeza me iba a estallar. Había dormido unas cuantas horas a juzgar por los temblores que tenía ya, necesitaba un trago.

Al poco rato, el tren empezó a detenerse con un chirriar de frenos prolongado, hasta que quedó inmóvil por completo. Miré por la ventana. Un andén desolado parecía esperar a que me apease. No tenía número ni nombre y no parecía haber nadie; tampoco vi que saliera ningún pasajero. Las puertas, con un crujido, se abrieron de par en par. Me asomé. Todo seguía desierto, así que bajé de un salto hasta el andén. Notaba algo extraño. Algo que faltaba a mi alrededor, como si el dolor de muelas que siempre me acompañaba hubiera dejado de estar ahí. Pero no, las muelas seguían doliéndome, lo mismo que los pies y el estómago. De hambre o de la ponzoña que tenía dentro, pero aquel dolor no se iba. Eso me tranquilizó.

Subí por unas escaleras llenas de polvo y papeles viejos. No había nadie a la vista. Seguí subiendo.

Poco a poco, un rumor lejano se materializó en forma de personas. Oficinistas, mujeres jóvenes y bonitas, niños con gorras de rapero. Ruido. Humanidad. Escotes. Culos. Miradas. Sonreí confiado, todo volvía a la normalidad. Continué por el corredor al que había llegado desde mi andén y llegué a una sala muy grande. Ya había estado en ese lugar: Central Station, Nueva York. ¿Qué cojones hacía ahí? El último pueblo que había pasado estaba casi en la frontera con Oregón. Seguí haciéndome aquellas preguntas hasta que me percaté que la gente me ignoraba. Incluso la clase de mujeres que me solían mirar como si fuera un trozo de comida podrida a medio masticar. Al principio me hizo gracia. Putas pijas de ciudad. Luego ya no. Al tocarle el culo a una estirada, mi mano atravesó su cuerpo. No sentí nada y ella no se giró ni gritó. Grité. Tampoco ocurrió nada. Golpeé la pared y gemí de dolor. Podía sentirla, dura y rasposa. Y mis nudillos pelados y a punto de sangrar, también. Pero nadie parecía verme. Ni siquiera yo podía: al mirar a un espejo, algo esencial faltaba en su interior: mi propia imagen.

Aturdido, desesperado, los segundos pasaban sin que nada cambiara a mi

alrededor, como si yo no existiera. Como si estuviera muerto para todos aquellos bastardos. Busqué con la mirada a mi alrededor. Algo, algo que tuviera sentido. Pasaron los minutos; un movimiento furtivo y una cabeza que se giraba fue todo lo que percibí. Corrí hacia ese movimiento furtivo, aunque no supiera quién me había mirado, ni siquiera si eran solo imaginaciones mías. Atravesaba a la gente como si fueran humo de colores. Mis pies me estaban matando y al cabo de unos segundos tuve que parar, tosiendo como si me fuera a morir ahí mismo. Tuve que arrodillarme, todo mi cuerpo se convulsionaba. Y no tenía nada para compensarlo. Miré en torno. Nada. No existía. Lancé la mano intentando agarrar del hombro a cualquiera de los que me rodeaban. No sentía nada. Desesperado, empecé a dar manotazos a hombres, mujeres, niños y jovencitas. Nada. Ni mis golpes, ni mis gritos. Nada.

De pronto, sin siquiera saber cómo ni por qué, sentí frío en la mano al atravesar la cara de un tipo calvo, con gafas y cara de llevar prisa. Por un momento miró a su alrededor, pero de inmediato prosiguió su camino dando pasos cortos sin despegar los ojos del suelo, como si su corbata pesara una tonelada. Llevaba un maletín de cuero blanco y negro, a cuadros, y zapatos caros. Gotas de sudor perlaban su cabeza brillante. Algo me hizo seguirlo hasta el baño. Se encerró en un retrete, pero eso no me detuvo. Antes de que pudiera cerrar la puerta, metí el pie y me colé dentro. Eso lo asustó. Por su forma de mirar, aun sin verme, sabía que algo pasaba, que no estaba solo. Abrió la tapa del retrete y sin dejar de mirar por las rendijas de las mamparas empezó a sacar fotos del maletín y a hacerlas pedazos. Niños. Niños desnudos. Era un puto pederasta. Le escupí y él hizo amago de limpiarse allí donde el escupitajo atravesó su cara, sin percatarse siquiera. Tenía muchas fotografías, algunas muy antiguas. Temblando, sin dejar de mirar a su alrededor y de pararse de vez en cuando para escuchar si había alguien, continuó destruyendo sus asquerosas fotografías y arrojándolas al retrete. Alguien entró en el baño dando un portazo.

—Policía. Salgan de las cabinas.

El tipo, que sudaba como un cerdo, aceleró su tarea. Qué asco me daba. Intenté sujetarlo, pero mis manos seguían atravesándolo. Sentía frío y asco. Él empezó a gimotear de forma histérica. Eché mano al taco de fotos y lo agarré fuerte. Él lo soltó y abrió espantado los ojos. Lancé las repugnantes fotografías por encima de la mampara y no paré de reír. Debió oír mi voz, porque cayó fulminado al suelo, desmayado. Pálido como un pez muerto.

ACTO 3

Había seguido al pederasta hasta los calabozos de la comisaría. El hambre y el frío no se despegaban de mí. La sed era ya una obsesión y los picores habían vuelto; sin whisky, pronto empezaría a encontrarme mucho peor. Había intentando comerme la comida de aquel hijo de puta, pero aunque la podía sujetar con las manos e incluso llegaba a saborearla, se caía en el camino de mi boca al estómago, como si hubiera un agujero en alguna parte; salivaba y masticaba en vano. Al final, la comida acabó en el retrete. Tampoco podía saciar mi sed, ya que pasaba lo mismo. Pero sí podía dormir. Tuve un agradable sueño con la rubia que me tiré en la playa, cerca de Trinidad. Qué guapa era y qué bien lloraba. Me levanté empalmado como un conejo, pero tampoco podía aliviarme. Ahí abajo tampoco sentía nada. El hambre y la ausencia de whisky martilleaban mis sentidos. Al seguir a aquel desgraciado había terminado encerrado en la celda con él. Igual de atrapado, igual de solo. Cada vez tenía más claro que aquel mamón podía sentirme. De vez en cuando dirigía su feo rostro hacia donde estaba yo, como si supiera donde me encontraba.

Empecé a oír voces.

—Háblale. Te oírás si lo que dices tiene suficiente odio.

—¿Es a mí? —pregunté incrédulo, mirando al lugar de donde venía aquella voz. No parecía haber nadie.

—Si, pequeño diablo. Es a ti. ¿O crees que estás tú solo en el infierno?

No contesté. Estaba cagado de miedo. Sin embargo, la voz parecía la de un tío que me estaba vacilando, no la del mismísimo diablo. Decidí probar.

—Hijo de puta. Follaniños. Vas a ir al infierno y ahí no hay niños. Lo sabes, ¿verdad, cabronazo?

—¿Qui... quién habla? —respondió el calvo pederasta.

—Soy Satán. He venido a por ti —susurré.

Era divertido. Lancé la bandeja hacia él. Se rodeó con los brazos y empezó a rezar en voz baja. No oía lo que decía, podía estar llorando o maldiciendo. Daba igual.

—Puedes patearlo —dijo la voz.

—¿Puedes tú? Yo no, ya he probado.

Sentí una patada en el culo bastante real. Dolor incluido.

—Solo necesitas ponerle ganas de verdad —sugirió la voz.

—¡Hijo de puta! —grité, deseando matar al tipo que estaba jugando conmigo.

—Bien. Ahora prueba con él —dijo.

Me acerqué, y pensando en el asco que me daba aquel pijo pervertido, le pateé la cara con todas mis ganas. Pronto empezó a sangrar por la nariz y a gimotear. Continué dándole patadas sin piedad, una y otra vez, hasta hacerle pedazos la cara. Gritaba y lloraba. No tardó en estar cubierto de mocos, lágrimas y mis propios escupitajos aderezados con risas y maldiciones. La voz misteriosa me animaba. Pensé que podía matarlo. Paré. Algo en mi interior me dijo que parara. Una voz, diferente

de la otra. Ni siquiera una voz; una certeza.

—¿Qué pasa si lo mato? —pregunté.

—Nada. Puedes hacer lo que quieras con él. Lo merece.

Dudé y le pateé un poco más las pelotas, pero con suavidad. No quería matarlo.

—No te voy a matar, cerdo. Jugaré contigo toda la eternidad —susurré al oído de aquel desgraciado.

ACTO 4

Cuando los guardias entraron, pensaron que había intentado suicidarse. Se lo llevaron corriendo a un hospital y lo esposaron a la camilla, haciendo aún más fácil mi trabajo. Durante un tiempo estuve hablándole en sueños, soplándole en la cara, pellizcándole las heridas y mordiéndole los dedos de los pies. Compartiendo con él las voces de mis víctimas y los cuerpos sometidos que una y otra vez me tentaban en sueños. Los gritos de auxilio se mezclaban en mi vigilia y en mis pesadillas. Habría preferido una mujer, pero tenía a mi calvo; torturarlo día tras día era lo único que podía hacer para no volverme más loco. Cada día que pasaba tenía más hambre y más sed. Notaba que mi cuerpo había sido reemplazado por un ser esquelético que no dejaba de tiritar. Creía ver marcas de sangre en el suelo, dejadas por mis pies desnudos. Me dolían como si el hueso, en contacto con la piedra, rasgara la piel de mis pies con un dolor infinito. Aquellas marcas de sangre negra solo eran perceptibles para mis ojos. Como las cucarachas que sorprendía aquí y allá, fisgando. Cucarachas que se subían encima de mi calvo y que yo me afanaba en espantar. Le hablaban, como yo, en susurros, pero no entendía que decían. Hablaban bajito y en un idioma desconocido. Mi calvito tiritaba sin parar, lo mismo que yo, aunque las drogas lo mantenían calmado la mayor parte del tiempo. Por eso empecé a racionarlas, para que estuviera más tiempo conmigo.

—¿Quieres otra cucaracha, Calvito?

—No existes. No existes. No voy a hablar contigo.

Yo cogía una cucaracha que subía por su espalda y la estrujaba entre mis manos. Se la metía en la boca; él se atragantaba.

—Si no existo, Calvito, ¿por qué hay una cucaracha en tu boca ahora mismo?

La enfermera lo conocía y no le tenía ningún aprecio. Sabía quién era y siempre tardaba en venir cuando Calvito lograba aferrarse al botón de llamada. Aunque pocas veces le servía para algo, porque yo cortaba el cable con los dientes o lo arrancaba de la pared. Una vez tardaron horas en llegar mientras yo le metía cucarachas dentro del pijama. Al final sus alaridos atraían a las enfermeras, que acababan por inflarlo a morfina hasta que se quedaba babeando y con los ojos vidriosos. Aun así, sabía que me podía oír.

Yo veía pasar a las enfermeras y sentía espasmos incontrolables. Mi cuerpo entero me chillaba desde dentro, incapaz, pero deseando con rabia algo que ya era imposible. Mi cuerpo no me pertenecía, pero sus tormentos sí. Temblaba al ver sus piernas, las curvas de sus caderas y sus escotes cuando se inclinaban. Salivaba al escuchar sus risas tiernas, especialmente con las enfermeras del turno de noche, siempre más novatas. Habría muerto por tirarme a una de ellas, tan solo una vez. Pero ya estaba muerto.

De vez en cuando, la voz me visitaba. Me decía cosas que me hacían volver a mi vida anterior y sentir de nuevo aquellos momentos de dicha, aquellos cuerpos

mullidos, aquellos gemidos. Una mañana me levanté convencido de que alguien estaba leyendo mis pensamientos. Alguien que sabía lo que estaba pasando y que disfrutaba con todo aquello. Ese alguien se sentía a salvo, pensando que era imposible que me diera cuenta que existía. Alguien como tú.

Aquella certeza fue demasiado para mí. Eran cinco plantas, lo suficiente para romperme muchos huesos y escuchar mi cuerpo entero reduciéndose a astillas. El dolor me paralizaba, no podía respirar ni gritar. Mientras, la voz se reía a mi costa. Pasé así horas, días. No podía mover la cabeza, tenía el cuello roto. Solo veía el cielo. Se iluminaba por la mañana y el sol se ponía por la noche. A veces veía pasar gente; gente que venía a ver a sus enfermos, a sus parientes. Algún coche pasó por encima de mí, pero era imposible sentir más dolor. Ya no intentaba respirar. Solo dolor continuo. Eterno. La voz tardó mucho en volver, y cuando lo hizo fue breve.

—Enhorabuena, mira arriba —dijo.

Calvito sacaba la cabeza por la ventana. Luego el cuerpo. Cayó justo a mi lado. Al impactar contra el suelo, su cabeza sonó como un huevo al caer de lo alto de una nevera. El cráneo reventado esparció sesos y sangre alrededor. Intenté apartarme de ellos, pero su sangre enturbió mi vista. El dolor seguía ahí. Todo seguía igual. El tiempo se congeló en una noche sin estrellas gobernada por una enorme luna llena amarilla que no dejaba de reírse cruelmente de mí.

Primero llegó una. Luego dos. Las cucarachas empezaron a comerse el cadáver y todo lo que había a su alrededor: las farolas, los coches, incluso las casas. Cada vez había más cucarachas y su rumor apagaba todos los demás sonidos. Bajo la luz de la luna, sus brillantes caparazones se movían frenéticos, devorando todo lo que me rodeaba hasta que solo quedamos ellas y yo. Entonces empezaron a devorarme a mí, y sentí cada una de sus diminutas mandíbulas rascando mis huesos astillados. Sus patitas trepando por mi espalda, por mi cuello, pugnando por entrar en mis oídos y en mi boca. Con arcadas y ciego, creí morir por segunda vez.

ACTO 5

Cuando desperté, lo hice de hambre. Mis tripas, aunque no estaban ahí, me recordaban esa urgencia. Tampoco mis ojos secos y escocidos podían llorar. Mis fosas nasales únicamente olían a muerte, a carne podrida: la mía. Miles de voces de personas me rodeaban. Podía oírlas a todas: flotaba sobre ellas. Ahora podía volar. Me sentía como una gran nube flotante. Tampoco podía tocarlos; ni siquiera podía tocar el mundo sólido que nos rodeaba.

De nuevo estaba en Central Station, en Nueva York. Ahora podía atravesar paredes y escuchar todos los pensamientos de quienes me rodeaban, como una conversación bulliciosa donde cada persona hablaba consigo misma: «Llegaré tarde, otra vez», murmuraba una mujer que pasaba justo por debajo de mí. «Hija de puta. La odio, tengo que separarme», pensaba alguien a quien ni siquiera veía. «Cabrón», «lo mataré», «me la follaré», «ni se enteró», era un bombardeo ácido que fluía a borbotones de la gente y me atravesaba como lágrimas de hielo. Aunque no respiraba, aquella fétida turbulencia de pensamientos me ahogaba.

Además de aquellas conversaciones ajenas, estaban mis propias voces; salían de mi cabeza como vapores pútridos. Eran voces mucho más cercanas, pastosas. Embotaban mis sentidos. Sentía a mis víctimas sufriendo una y otra vez. El olor de su sexo violado, sus cuerpos rotos, sus gritos y sus uñas quebradas contra el suelo. Todo junto se frotaba dentro de mi inexistente cuerpo intentando salir. Cada palabra y cada pensamiento de los de fuera animaban a mis propias voces. El ruido era ensordecedor, y el dolor, imposible de describir. Ni siquiera podía cerrar los ojos o taparme los oídos. Flotaba con una agonía creciente, incapaz de hacer otra cosa que mirar a mi alrededor y llenarme de pensamientos odiosos. Deseando vomitar todo aquello y vaciarme. Pero cada arcada sacaba más recuerdos y más gritos.

Una mujer llamó mi atención. Atravesaba a los hombres y las mujeres de la estación. Parecía asustada y me recordó a mí mismo hacía unos días. La observé durante horas, absorbiendo su desesperación, su terror. Era como alimento para mí. Al cabo de un rato estaba saciado y supe que podría oírme. Ahora era yo la voz.

—Estúpida. No te sienten —grité.

—¿Quién habla? —respondió.

Me podía oír. Deseé acercarme. Y me moví sin esfuerzo, flotando. Deseé palmear su trasero. Estaba gorda y aún así, demacrada, pero me daba igual. No sentí nada pero ella pegó un respingo.

—¡No me toques! —gritó.

Deseé violarla contra la columna. Sin esfuerzo, vi como algo la sujetaba contra la pared y le bajaba las bragas. No sentí nada. Pero ella empezó a gritar furiosa. Seguí así un rato, aburrido, hasta que me cansé. Lloraba. De rabia.

—Eres mía —susurré en su oído derecho, rozando su oreja con mi inexistente boca.

—¿Eres el diablo? —susurró.

—Ponme tú el nombre. Seré tu demonio favorito.

—¿Dónde estoy? —preguntó de nuevo, al borde de la histeria. Sus labios temblaban. Sus ojos secos e inyectados en sangre ya no necesitaban lágrimas.

—¿No es evidente? En el infierno —me regodeé.

Empezó a llorar de nuevo, sin lágrimas. Esta vez no era rabia, sino miedo. El miedo verdadero y puro que tanto me gustaba. Sentía su olor, subía entre sus piernas, pegado a su piel, hasta mí, como una serpiente de humo negro. Una sensación de placer me inundó desde los tobillos. Un pequeño orgasmo fluyó líquido por mi cuerpo, como agua helada, durante unos breves segundos. Miró en mi dirección, aunque no podía verme.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó de nuevo, temblando de forma incontrolable.

—Lo que queda de tu alma —respondí.

Las palabras venían a mi cabeza como por arte de magia. Solo me limitaba a repetir las y a añadir alguna risotada macabra.

Volví a violarla. Esta vez de todas las maneras posibles. Ella lloraba y lloraba. Yo cada vez sentía más placer. Era casi como si me la estuviera follando de verdad. A veces las voces de mis víctimas me animaban. A veces sentía que algo en mi interior quería salir y me rasgaba desde dentro, pero en cada empujón que le daba a mi gordita, mi piel se volvía más resistente y gruesa, y lo que había dentro se quedaba más y más atrapado. Por primera vez en mucho tiempo no sentía dolor. El hambre, el dolor, fueron tapados por una placidez turbia y tibia. Pasaron horas, muchas. Cuando me acordé de ella, estaba muerta. Fría.

Su cuerpo, invisible para todos, yacía debajo de mí. Había muerto igual que todas mis víctimas, con las bragas en los tobillos y el cuello roto. Lo único que se me ocurrió fue reír. Reí durante minutos, hasta que otras risas, en algún lugar, acompañaron mi monótona alegría. El sopor me invadió y, de alguna manera, mi mente se desconectó.

ACTO 6

Cuando desperté, estaba atado a una camilla. A pesar de la confusión de mi cabeza, me sentía vivo. Era extraño, como si mi cuerpo no fuera del todo mío, como si tuviera su propia vida independiente. Me habían drogado, conocía la sensación. Lo disfrutaba, era refrescante, pero la realidad se impuso poco a poco. Estaba solo, en una sala con una gran ventana y repleta de aparatos médicos. Un médico me miraba con desinterés. Al otro lado del cristal, unas veinte personas me observaban. Entre toda la multitud, una cara me resultaba más familiar. Se parecía mucho a la hermana de la chica de la playa, la que había conseguido huir después de que la atizara con una botella y la diera por muerta mientras me encargaba de su hermana. Había cambiado, era mucho más mayor. Su mirada era fría, aunque temblaba de emoción contenida. Yo tiritaba de frío y de dolor. Mis viejos dolores fueron llegando uno tras otro, según se pasaba el efecto de la droga. Era capaz de ver mis feos pies al otro lado de la camilla. Diablos, podía ver mi reflejo en el cristal. Unos tubos a mi espalda se empezaron a mover con un sonido mecánico. El tipo con bata se giró hacia mí y me pinchó en el brazo sin mirarme siquiera a los ojos. Los zumbidos y pitidos de las máquinas me advirtieron de que la inyección letal estaba empezando a activarse. Fuera, algunas personas hablaban. Yo solo oía un siseo eléctrico. El tipo se fue de la sala y me quedé solo, esperando. Miré a mi alrededor. Una cucaracha me observaba desde el borde de la camilla. Pronto empezaron a subir decenas de ellas sobre mi cuerpo. Empecé a reír.

—No me arrepiento, hijos de puta. ¡Lo volveré hacer, una y mil veces!

La cucaracha más grande rio conmigo mientras mis ojos se cerraban y escuchaba el traquetear de un tren que se acercaba desde la lejanía.

¿Y AHORA QUÉ?

Veinte historias y algunos retazos de lo que hay dentro de la cabeza de un escritor. Puede que quieras más, al fin y al cabo ninguna de las «histerias» deja de ser una historia corta. Si te gusta la textura de mis histerias puede que tengas curiosidad por probar una historia larga, una historia desarrollada hasta el final. En ese caso, deberías probar mi novela de ciencia ficción cyberpunk «**11,4 sueños luz**». Esta sería una breve sinopsis de lo que puedes encontrar en ella:

«11,4 sueños luz» es una novela de ciencia ficción cyberpunk: implantes, mundos virtuales, inteligencia artificial, metacorporaciones, mentiras, drogas y un París oscuro y decadente. De fondo, un macabro thriller en mitad de la mayor empresa humana jamás llevada a cabo: la colonización de un nuevo mundo en otro sistema solar a 11,4 años luz.

Puedes encontrar más información sobre ella en mi blog:
<http://nicholasavedon.com/114-suenos-luz/>

Quién sabe, igual te gustaría preguntarme algo sobre alguno de los relatos. Muchos de los finales son abiertos ¿no te gustaría conocer la intención? No solo estoy a tiro de twitter, si no que estaré encantado de hablar sobre mis histerias y compartir contigo cualquier curiosidad que tengas. Los escritores nos alimentamos con comentarios de nuestros lectores, por que necesitamos saber que lo que escribimos apela a vuestra imaginación y os hace vivir las historias que creamos.

Da igual si has leído este libro en papel, en electrónico o en PDF, lo has comprado en Amazon, te lo ha dejado un amigo o te lo has bajado de internet de forma *alternativa*. Solo te pido que si te ha gustado dejes una reseña en Amazon y/o Goodreads, la web de reseñas de libros más conocida de todo internet. Estaré más que encantado de recibir cualquier duda, comentario y por supuesto, críticas en mi blog personal. Puedes encontrar mi perfil de Facebook y Twitter en mi blog, donde publico regularmente sobre temas relacionados con la ciencia ficción, en especial del género Ciberpunk.

Blog de Nicholas Avedon:

<http://www.nicholasAvedon.com/>

Reseñas en Amazon:

<https://www.amazon.es/Histerias-ficticias-Nicholas-Avedon-ebook/dp/B01N5DRGQT>

Reseñas en Goodreads (la web esta en inglés, pero puedes dejar la reseña en Español). Es una WEB que permite conocer muchos libros buenos relacionado con otros que has leído previamente. Una web imprescindible si no la conocías.

<https://www.goodreads.com/book/show/33381990-histerias-ficticias>

Gracias por leerme
Madrid, 20 Diciembre, 2016

Nicholas Avedon